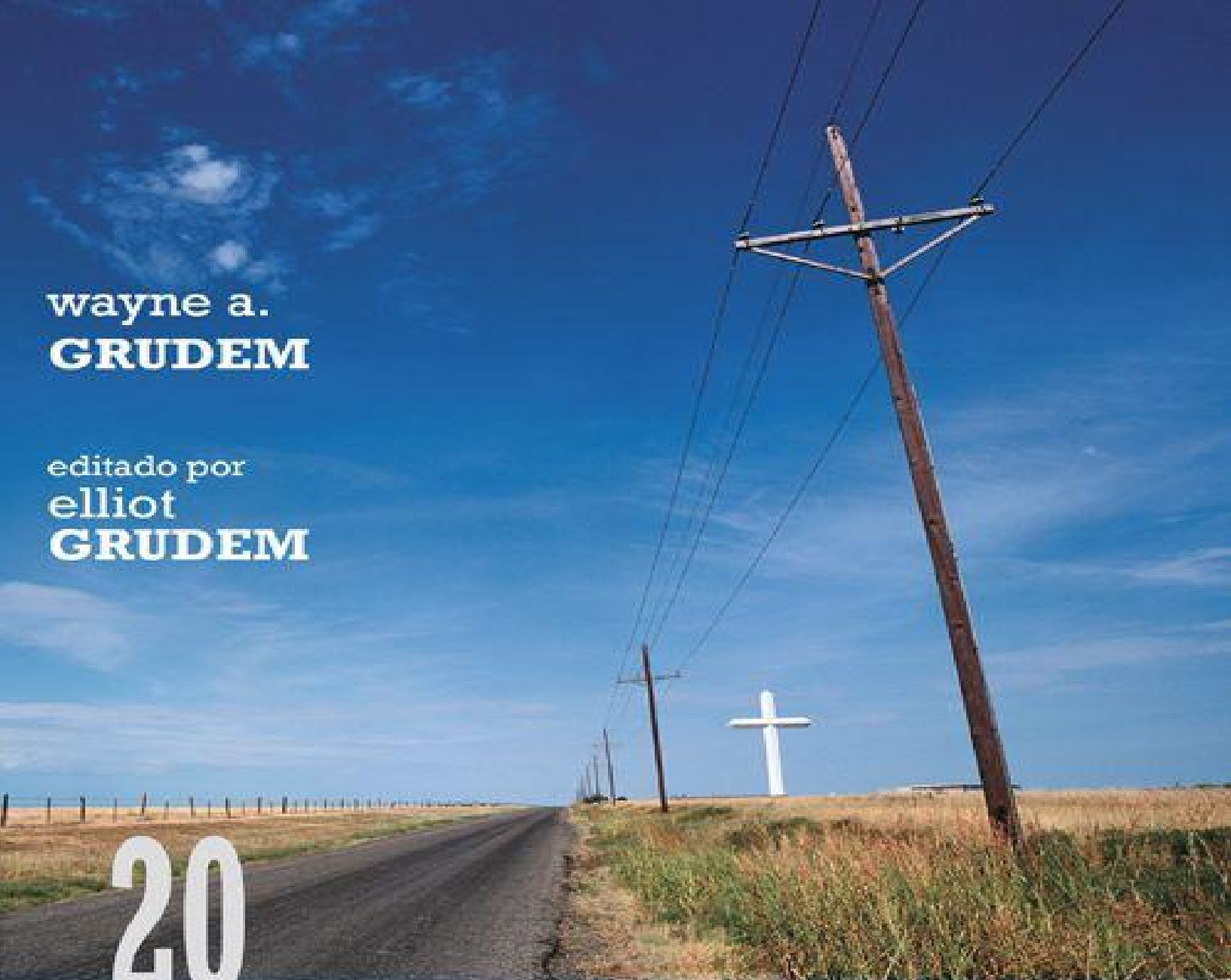




wayne a.
GRUDEM

editado por
elliot
GRUDEM

20

Veinte puntos básicos que todo cristiano debe conocer

DOCTRINA CRISTIANA

 Editorial Vida

DOCTRINA CRISTIANA

**wayne a.
GRUDEM**

editado por
**elliot
GRUDEM**

 **ZONDERVAN®**

**Con agradecimiento a Dios por la memoria de
Rachael R. Freeman Grudem.
Nació el 2 de junio de 1982,
se casó con Alexander Grudem
el 3 de abril del 2005,
y murió el 9 de julio del 2005**

Entonces [Job] dijo: «El SEÑOR ha dado; el SEÑOR ha quitado.
¡Bendito sea el nombre del SEÑOR!»

(Job 1:21)

«Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito».

(Ro 8:28)

«Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir».

(Ap 21:4)

Tabla de contenido

Cover

Title Page

Epigraph

Prefacio

Abreviaturas de los Libros de la Biblia

1. ¿Qué es la Biblia?
2. ¿Cómo es Dios?
3. ¿Qué es la Trinidad?
4. ¿Qué es la creación?
5. ¿Qué es la oración?
6. ¿Quiénes son los ángeles, Satanás y los demonios?
7. ¿Qué es el hombre?
8. ¿Qué es el pecado?
9. ¿Quién es Cristo?
10. ¿Qué es la expiación?
11. ¿Qué es la resurrección?
12. ¿Qué es la elección?
13. ¿Qué quiere decir convertirse en cristiano?
14. ¿Qué es la justificación y qué es la adopción?
15. ¿Qué es la santificación y qué es la perseverancia?
16. ¿Qué es la muerte?
17. ¿Qué es la iglesia?
18. ¿Qué sucederá cuando Cristo vuelva?
19. ¿Qué es el juicio final?
20. ¿Qué es el cielo?

Apéndice 1:

Confesiones históricas de fe

Apéndice 2:

Libros para consultar más sobre la Teología Sistemática

About the Authors

Praise

Copyright

About the Publisher

Prefacio

Este libro es un sumario de veinte doctrinas básicas que todo cristiano debe saber.

Es una versión condensada de mi libro Doctrina Bíblica (528 páginas), que a su vez es una versión condensada de mi Teología Sistemática (1290 páginas). Mi hijo, Elliot Grudem, graduado en teología del Seminario Teológico Reformado (Reformed Theological Seminary) en Orlando, Florida, ha hecho un excelente trabajo al conservar las secciones más esenciales de esos libros anteriores, condensando largas explicaciones en una o dos oraciones clave, y revisando algo de la redacción para hacerlo entendible, incluso para personas que son completamente nuevas en la fe cristiana. Luego de editar ligeramente el manuscrito, la responsabilidad final del contenido es mía.

Espero que este libro más breve sea útil para los nuevos cristianos, para clases de nuevos miembros en las iglesias, para grupos de estudio bíblico en el hogar y en la universidad, e incluso, para clases de Escuela Dominical de niños de trece años en adelante. También será útil para los que no son cristianos y están buscando un breve sumario de las enseñanzas cristianas básicas.

Los dos comentarios que con mayor frecuencia escucho de personas que han leído Teología Sistemática o Doctrina Bíblica, son: «Gracias por escribir un libro de teología que puedo entender», y «Este libro es útil para mi vida cristiana». Hemos intentado preservar también en este libro condensado estas dos cualidades: claridad y aplicación a la vida.

A su vez, hemos mantenido un enfoque fundamental en la Biblia como la fuente de lo que los cristianos creen. En lugar de simplemente referenciar versículos bíblicos,

frecuentemente los hemos citado en rigor, porque la misma «palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb 4:12). Las palabras de la Biblia nos nutren espiritualmente, porque Pablo dice que es la Palabra de Dios la que «tiene poder para edificarlos» (Hch 20:32), además, porque Jesús enseñó que «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». (Mt 4:4).

Saber y entender las creencias cristianas básicas es importante para todo cristiano. Los que no saben lo que la Biblia enseña no tienen la capacidad para distinguir entre la verdad y el error; serán como «niños, zarandeados por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de enseñanza y por la astucia y los artificios de quienes emplean artimañas engañosas» (Ef 4:14). Pero los cristianos que tienen un cimiento sólido serán más maduros, no se dejarán descarriar fácilmente, tendrán mejor juicio, y obtendrán «la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, pues han ejercitado su facultad de percepción espiritual». (Heb 5:14).

Hemos dedicado este libro a la memoria de Rachael Grudem, que murió instantáneamente en un trágico accidente vehicular en St. Paul, Minnesota, el 9 de julio de 2005. Ella constantemente irradiaba gozo y fe en el SEÑOR Jesucristo, y amó a su esposo (con quien duro casada por tres meses), Alexander Grudem, que es hijo de Wayne y Hermano de Elliot. En medio de la tristeza de la familia, Dios ha ahondado nuestra fe en las doctrinas que consideramos en este libro, especialmente en la seguridad de que él es bueno y sabio, que Rachael está en el cielo regocijándose, y que un día estaremos con ella en la presencia de Dios para siempre.

Wayne Grudem, Scottsdale, Arizona
Elliot Grudem, Raleigh, Carolina del Norte
27 de julio de 2005

Abreviaturas de los Libros de la Biblia

Antiguo Testamento

Génesis	Gn
Éxodo	Éx
Levítico	Lv
Números	Nm
Deuteronomio	Dt
Josué	Jos
Jueces	Jue
Rut	Rt
1 Samuel	1 S
2 Samuel	2 S
1 Reyes	1 R
2 Reyes	2 R
1 Crónicas	1 Cr
2 Crónicas	2 Cr
Esdras	Esd
Nehemías	Neh
Ester	Est
Job	Job

Salmos	Sal
Proverbios	Pr
Eclesiastés	Ec
Cantares	Cnt
Isaías	Is
Jeremías	Jer
Lamentaciones	Lm
Ezequiel	Ez
Daniel	Dn
Oseas	Os
Joel	Jl
Amós	Am
Abdías	Abd
Jonás	Jon
Miqueas	Mi
Nahum	Nah
Habacuc	Hab
Sofonías	Sof
Hageo	Hag
Zacarías	Zac
Malaquías	Mal

Nuevo Testamento

Mateo	Mt
-------	----

Marcos	Mr
Lucas	Lc
Juan	Jn
Hechos	Hch
Romanos	Ro
1 Corintios	1 Co
2 Corintios	2 Co
Gálatas	Gá
Efesios	Ef
Filipenses	Fil
Colosenses	Col
1 Tesalonicenses	1 Ts
2 Tesalonicenses	2 Ts
1 Timoteo	1 Ti
2 Timoteo	2 Ti
Tito	Tit
Filemón	Flm
Hebreos	Heb
Santiago	Stg
1 Pedro	1 P
2 Pedro	2 P
1 Juan	1 Jn
2 Juan	2 Jn

3 Juan

3 Jn

Judas

Jud

Apocalipsis

Ap

1

¿Qué es la Biblia?

Todo vistazo a una doctrina cristiana en particular se debe basar en lo que Dios dice sobre ese tema. Por consiguiente, al mirar una serie de doctrinas cristianas básicas, tiene sentido empezar con la base para estas creencias: la Palabra de Dios o la Biblia. Un tema que esta cubre abundantemente es ella misma; es decir, la Biblia nos dice lo que Dios piensa de sus propias palabras. La opinión de Dios respecto a sus palabras se puede dividir en cuatro categorías en general: autoridad, claridad, necesidad y suficiencia.

La autoridad de la Biblia

Todas las palabras de la Biblia son de Dios. Por consiguiente, no creerlas o desobedecerlas es no creer o desobedecer a Dios mismo. A menudo se introducen pasajes del Antiguo Testamento con la frase: «Así dice el SEÑOR» (cf. Éx 4:22; Jos 24.; 1 S 10:18; Is 10:24; Dt 18:18-20 y Jer 1:9). Esta frase, que se entiende que es como el mandato de un rey, indicaba que lo que seguía debía ser obedecido sin desafío o cuestionario. Incluso las palabras del Antiguo Testamento que no se atribuyen como citas directas de Dios, se consideran palabras de Dios. Pablo, en 2 Timoteo 3:16, enseña esto claramente cuando escribe que «Toda la Escritura es inspirada por Dios».

El Nuevo Testamento también afirma que sus palabras son las mismas de Dios. En 2 Pedro 3:16, el apóstol se refiere a todas las cartas de Pablo como parte de las *Escrituras*. Esto quiere decir que Pedro y la iglesia inicial consideraban los escritos de Pablo en la misma categoría de los libros del Antiguo Testamento. Por consiguiente, consideraban lo escrito por Pablo como la misma Palabra de Dios.

Además, el apóstol en 1 Timoteo 5:18 escribe que «la Escritura dice: “No le pongas bozal al buey mientras esté trillando” y “El trabajador merece que se le pague su salario”». La primera cita en cuanto al buey, viene del Antiguo Testamento: se halla en Deuteronomio 25:4. La segunda viene del Nuevo Testamento, se halla en Lucas 10:7. Pablo, sin ninguna vacilación, cita tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, llamándolos a ambos «Escrituras». Por consiguiente, una vez más las palabras del Nuevo Testamento se consideraban la misma Palabra de Dios. Por eso el apóstol pudo escribir: «esto que les escribo es mandato del SEÑOR» (1 Co 14:37).

Puesto que tanto los escritos del Antiguo como del Nuevo

Testamento se consideran Escrituras, hay razón para decir que ambos, en las palabras de 2 Timoteo. 3:16, son *inspirados por Dios*. Esto tiene sentido cuando consideramos la promesa de Jesús de que el Espíritu Santo *les hará* a los discípulos *recordar* todo lo que Jesús les había dicho (cf. Jn 14:26). Fue conforme los discípulos escribían que el Espíritu les inspiraba, que libros como Mateo, Juan o 1 y 2 Pedro fueran escritos.

La Biblia dice que hubo «varias maneras» (Heb 1:1) en que las palabras reales de la Biblia fueron escritas. A veces Dios le habló directamente al autor, que simplemente anotó lo que oyó (cf. Ap 2:1,8,12). Otras veces basó mucho de sus escritos en entrevistas e investigación (cf. Lc 1:1-3). Y en otras oportunidades el Espíritu Santo trajo a la mente cosas que Jesús enseñó (cf. Jn 14:26). Sin que importe la manera en que las palabras vinieron a los autores, lo que escribieron fue una extensión de ellos: sus personalidades, habilidades, trasfondos y educación. Pero también fueron exactamente las palabras que Dios quería que escribieran; las mismas que Dios dice que son suyas.

Si Dios afirma que las palabras de las Escrituras son suyas, entonces no hay, en última instancia, autoridad más alta a la que uno puede apelar como prueba de esta afirmación que la misma Biblia. Porque, ¿qué autoridad podría ser más alta que Dios? Así, las Escrituras en última instancia adquieren su autoridad de sí mismas. Pero las afirmaciones de la Biblia llegan a ser convicciones personales mediante la obra del Espíritu Santo en el corazón del individuo.

El Espíritu Santo no cambia las palabras de la Escritura de ninguna manera; no las convierte sobrenaturalmente en las palabras de Dios (porque siempre lo han sido). Lo que sí hace, no obstante, es cambiar al que lee la Biblia. El Espíritu Santo hace que los lectores se den cuenta que la Biblia es diferente de todo otro libro que jamás hayan leído. Mediante la lectura, los lectores creen que las palabras de la Biblia son

las mismas palabras de Dios. Es como Jesús dijo en Juan 10:27: «Mis ovejas oyen mi voz... y ellas me siguen». Argumentos de otra clase (tales como la confiabilidad histórica, consistencia interna, profecías cumplidas, influencia en otros, y la majestuosa hermosura y sabiduría del contenido) pueden ser útiles para ayudarnos a ver lo razonable de las afirmaciones de la Biblia.

Como las mismas palabras de Dios, las palabras de la Biblia son más que simplemente verdad: son verdad en sí mismas (cf. Jn 17:17). Son la medida final por la que se debe medir toda supuesta verdad. Por consiguiente, lo que se conforma a la Biblia es verdad; y lo que no, no lo es. Nueva información científica e histórica puede hacernos reexaminar nuestra interpretación de la Biblia, pero nunca podrán contradecir directamente a las Escrituras.

La verdad de las Escrituras no exige que informe de sucesos con detalles exactos y científicos (aunque todos los detalles que en efecto informa son verdad). Tampoco exige que la Biblia nos diga todo lo que necesitamos saber o alguna vez podríamos saber sobre un tema. Nunca hace tales reclamos. Además, debido a que fue escrita por hombres ordinarios en lenguaje ordinario y con estilo ordinario, en efecto contiene citas libres o aproximadas y algunas formas de gramática o de letreo inusual. Pero esto no es asunto de veracidad. La Biblia, en su forma original, no afirma nada que sea contrario a los hechos.

Si la Biblia en efecto afirmara algo contrario a los hechos, no sería confiable. Y si no se puede confiar en la Biblia, entonces no se puede confiar en Dios. Creer que la Biblia afirma algo falso sería no creer en Dios. No creer en él es colocarse como autoridad más alta, con un entendimiento más profundo y más desarrollado sobre un tema.

Por consiguiente, puesto que la Biblia afirma que es la misma Palabra de Dios, debemos procurar entenderla, porque al hacerlo estamos entendiendo a Dios mismo. De igual forma

debemos procurar confiar en ella, porque al hacerlo estamos confiando en Dios. Finalmente, debemos procurar obedecerla, porque al hacerlo estamos obedeciendo al mismo Dios.

La claridad de la Biblia

Al leer la Biblia y procurar entenderla, descubrimos que algunos pasajes son más fáciles de entender que otros. Aunque algunos al principio pueden parecer difíciles de captar, la Biblia está escrita de manera tal que todas las cosas necesarias para llegar a ser cristiano, vivir y crecer como cristiano, son claras.

Hay algunos misterios en la Biblia, pero no deben abrumarnos en nuestra lectura; porque: «El mandato del SEÑOR es digno de confianza: da sabiduría al sencillo» (Sal 19:7), y «la exposición» de las palabras de Dios «nos da luz, y da entendimiento al sencillo» (Sal 119:130). La palabra de Dios es tan entendible que incluso los sencillos (personas que carecen de juicio sano) pueden llegar a ser sabios a través de ella.

Puesto que las cosas de Dios *hay que discernirlas espiritualmente* (cf. 1 Co 2:14), una comprensión apropiada de la Biblia a menudo es más el resultado de la condición espiritual del individuo que de su capacidad intelectual. A menudo la verdad de la Biblia parecerá *locura* a los que han rechazado las afirmaciones de Jesús.

Esto no quiere decir, sin embargo, que todo mal entendido relativo a la Biblia se debe a la condición espiritual de la persona. Hay muchas personas buenas, muchos cristianos consagrados que han mal entendido grandemente alguna parte de las Escrituras. A menudo los discípulos entendieron mal lo que Jesús estaba diciendo (cf.. Mt 15:16, p.e). A veces se debió a sus corazones endurecidos (cf. Lc 24:25); y otras a que necesitaban esperar sucesos futuros y más entendimiento (cf. Jn 12:16). Además, los miembros de la iglesia inicial no siempre concordaron respecto al significado de lo que estaba escrito en las Escrituras (cf. p.e, Hch 15 y Gá 2:11-15).

Cuando los individuos discrepan sobre la interpretación

apropiada de un pasaje bíblico, el problema no está en las Escrituras, porque Dios guió su composición para que se pudiera entender. Más bien el problema está en nosotros; pues a veces, como resultado de nuestras limitaciones, no entendemos debidamente lo que la Biblia enseña. Incluso así, debemos leer la Biblia con oración, pidiéndole al SEÑOR que nos revele la verdad de sus palabras.

La necesidad de la Biblia

Es verdad que la Biblia nos presenta claramente todas las cosas necesarias para llegar a ser, vivir y crecer como un cristiano. Es cierto también que sin ella no podríamos saber estas cosas. Necesitar las Escrituras quiere decir que es preciso leerlas o que alguien nos las dé a entender con el fin de conocer a Dios personalmente, que nuestros pecados sean perdonados, y saber con certeza lo que él quiere que hagamos.

Pablo enseña esto cuando pregunta cómo alguien puede oír cómo llegar a ser cristiano «si no hay quien les predique» (Ro 10:14); porque «la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo» (Ro 10:17). Si nadie predica la palabra de Cristo, dice Pablo, las personas no alcanzarán la salvación. Y esa palabra viene de las Escrituras. Así que a fin de saber cómo llegar a ser cristiano, lo primero que uno debe hacer es leer al respecto en la Biblia o que alguna otra persona se lo explique. Como Pablo le dijo a Timoteo: «las Sagradas Escrituras ... pueden darte la sabiduría necesaria para la salvación mediante la fe en Cristo Jesús» (2 Ti 3:15).

Pero la vida cristiana no solo empieza con la Biblia, también prospera mediante ella. Jesús dijo en Mateo 4:4: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Así como nuestro cuerpo recibe su sustento del alimento físico, así también el espíritu mediante la alimentación diaria de la Palabra de Dios. Descuidar la lectura regular de la misma es perjudicial para la salud de nuestras almas.

Además, la Biblia es nuestra única fuente de afirmación clara y definitiva en cuanto a la voluntad de Dios. Y debido que él no nos ha revelado todos los aspectos de su voluntad, porque «lo secreto le pertenece al SEÑOR nuestro Dios», hay

muchos aspectos de su voluntad que nos son revelados mediante las Escrituras, «para que obedezcamos todas las palabras de esta ley» (Dt 29:29). El amor a Dios se demuestra al guardar «sus mandamientos» (1 Jn 5:3); y estos se encuentran en las páginas de las Sagradas Escrituras.

La Biblia es necesaria para conocer el carácter de Dios y sus leyes morales, sin embargo, no se requiere para saber otras, porque «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal 19:1). Pablo incluso afirma que para el no cristiano, «lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente ... pues él mismo se lo ha revelado» (Ro 1:19). Y no solamente es evidente esto, sino que también tienen en sus entendimientos y conciencias alguna comprensión de las leyes morales de Dios (Ro 1:32; 2:14-15).

Por consiguiente, esta «revelación general» sobre la existencia, carácter y ley moral de Dios es dada a toda persona; ha sido evidenciada mediante la naturaleza, sus obras en la historia, y un sentido interno que ha puesto en todo ser humano. Se llama «revelación general» porque es dada a todo ser humano en general; es diferente a la de la Biblia. En contraste, la «revelación especial» es la que Dios da a personas específicas. La Biblia entera es revelación especial: son los mensajes directos de Dios a los profetas y otros, según quedó escrito en las narraciones históricas de la Biblia.

La suficiencia de la Biblia

Aunque los que vivieron durante el período del Antiguo Testamento no tuvieron el beneficio de la revelación completa de Dios que se perfeccionó en el Nuevo, sí accedieron a todas las palabras que él quería que tuvieran durante sus vidas. Hoy, la Biblia contiene todas las palabras de Dios que una persona necesita para llegar a ser cristiano, y para vivir y crecer como tal. A fin de ser *intachables* ante Dios, necesitamos simplemente obedecer su palabra: «Dichosos los que van por caminos perfectos, los que andan conforme a la ley del SEÑOR» (Sal 119:1). En la Biblia él nos ha dado instrucciones que quiere que cumplamos para equiparnos para «toda buena obra» (2 Ti 3:17). Todo esto quiere decir que la Biblia es «suficiente».

Consecuentemente, es únicamente en la Biblia que podemos buscar la Palabra de Dios para nosotros. Allí; con el tiempo, llegamos a regocijarnos con lo que encontramos. La suficiencia de la Biblia debe estimularnos a examinarla para tratar de hallar lo que Dios quiere que pensemos en cuanto a cierto asunto o hagamos en determinada situación. De esta manera, lo que Dios quiere decirle a su pueblo para todo el tiempo en cuanto a cierto asunto o situación, se hallará en sus páginas. Sin embargo, aunque la Biblia no responda directamente toda pregunta que podamos pensar, porque: «Lo secreto le pertenece al SEÑOR nuestro Dios» (Dt 29:29), sí nos proveerá de la dirección que necesitamos para «toda buena obra» (2 Ti 3:17).

Cuando no hallamos en la Biblia una respuesta que corresponda a una pregunta específica, no quiere decir entonces que seamos libres para añadirle palabras a sus mandamientos. Es ciertamente posible que Dios nos dé dirección específica en situaciones particulares de la cotidianidad, pero no tenemos licencia para poner a la par de

las Escrituras alguna revelación, dirección, u otras formas de guía moderna que pensamos que vienen de Dios. Tampoco debemos jamás tratar de imponer tal dirección sobre otros cristianos o personas de nuestras iglesias, puesto que podemos estar equivocados en cuanto a tal dirección. En este sentido, Dios nunca quiere que le demos a este tipo de pensamientos propios la calidad de sus palabras.

Hay asuntos y situaciones para los que Dios no ha provisto la dirección o reglas precisas que a veces queremos. Pero debido a que la Biblia es suficiente, no tenemos el derecho de añadirle nada a sus mandamientos o enseñanzas. Por ejemplo, en tanto que puede ser apropiado para una iglesia que se reúna a una cierta hora el domingo en la mañana, puede ser completamente inapropiado para otra, porque la Biblia no habla directamente sobre el asunto de las horas de cultos los domingos. Si una iglesia le dice a otra que necesitan reunirse a cierta hora, la primera iglesia estaría en pecado y no estaría demostrando una creencia en la suficiencia de la Biblia.

Esto también se aplica respecto a vivir la vida cristiana; la suficiencia de la Biblia nos recuerda que nada es pecado si no está prohibido por la Biblia, bien sea explícitamente o por implicación. Por consiguiente, no debemos añadir prohibiciones en lo que no estamos seguros que la Biblia es lo suficientemente precisa. De tiempo en tiempo, por ejemplo, puede haber situaciones en donde es inapropiado que un cristiano beba cafeína, asista a un cine o coma carne ofrecida a los ídolos (cf. 1 Co 8-10). Pero puesto que no hay ninguna enseñanza específica o algún principio general de la Biblia que prohíba estas acciones para todos los cristianos todo el tiempo, estas actividades en sí mismas no son pecado.

Por consiguiente, en nuestras enseñanzas y creencias doctrinales, éticas y morales debemos contentarnos con lo que Dios nos ha dicho en las Escrituras. Dios ha revelado exactamente lo que él sabe que es preciso para nosotros.

Muchas diferencias han dividido a iglesias y denominaciones con asuntos que la Biblia pone escaso énfasis. Muchas conclusiones de individuos sobre asuntos como la forma apropiada de gobierno de la iglesia, la naturaleza exacta de la presencia de Cristo en la Cena del SEÑOR, o la naturaleza y orden exacto de los sucesos que rodean el regreso de Cristo, se derivan más por deducción ingeniosa que por afirmaciones directas de la Biblia. Uno debe, por consiguiente, tomar una actitud renuente pero humilde en cuanto a los énfasis que colocan a estos asuntos y que la Biblia ciertamente no hace.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué es importante que la Biblia sea la base de nuestras creencias?
2. ¿Responderá la Biblia definitivamente a toda pregunta que le presentemos? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Cuál es un asunto respecto al cual la Biblia habla claramente? ¿Cuál es un asunto sobre el cual no? ¿Cómo afecta esto al énfasis que uno debe poner sobre estos asuntos?

2

¿Cómo es Dios?

Así como la Biblia es la fuente más alta de información en cuanto a sí misma, Dios es la fuente más alta de información respecto a sí mismo. Eso tiene sentido; porque si existiera una fuente más alta de información en cuanto a él, entonces él no sería Dios. Por consiguiente, es importante que cualquier estudio de Dios mire a lo que él dice en cuanto a sí mismo, y eso se halla justamente en las páginas de la Biblia.

Dios existe

La Biblia simplemente da por cierto que Dios existe. El primer versículo de la Biblia: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra» (Gn 1:1), lo presenta clara y diáfananamente como el Creador sin ninguna prueba para su existencia o acciones.

La Biblia también nos dice que todas las personas en todas partes tienen un sentido profundo, interno, que Dios existe, que ellos son sus criaturas y que él es su creador. En Romanos 1:19, Pablo escribe que incluso para los no cristianos este sentido «es evidente ... pues él mismo se los ha revelado». Aunque muchos hoy no reconocen que Dios existe, Pablo dice que esto se debe a que «Cambiaron la verdad de Dios por la mentira» (Ro 1:25). Por consiguiente han rechazado activamente y a propósito alguna verdad en cuanto al carácter y existencia de Dios que originalmente sabían. En esencia, se convencen a sí mismos no dando «lugar a Dios en sus pensamientos» (Sal 10:4).

El conocimiento de Dios al que Pablo se refiere «se percibe claramente a través de lo que él creó» (Ro 1:20). Todo ser da evidencia de Dios y su carácter. Pero los creados a su imagen lo reiteran aún más.

Por tanto, creer en Dios no es alguna «fe ciega»; se basa en la evidencia que se halla tanto en la Biblia como en el mundo natural.

Dios es conocible

No solo Dios existe, sino que lo hace de tal manera que podemos saber cosas en cuanto a él y llegar a conocerlo personalmente.

Sin embargo, nunca conoceremos plenamente a Dios. Él es infinito, y nosotros no; «su grandeza es insondable» (Sal 145:3), demasiado para conocerla por completo. Conocerle es tan *maravilloso para nosotros que rebasa toda comprensión*; es «tan sublime ... que no puedo entenderlo» (Sal 139:6), y si pudiéramos contar sus pensamientos, hallaríamos que son más numerosos que la arena de la tierra (cf. Sal 139:17-18).

En tanto que nunca conoceremos por completo a Dios, si podemos conocerle *personalmente*. Jesús dijo que la vida eterna se halla en conocerle a él y en conocer al «único Dios verdadero» (Jn 17:3) que lo envió a nosotros. Esto es mucho mejor que simplemente saber algo acerca de Dios. De hecho, en Jer 9:24 Dios dice: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe de conocerme».

Además de conocer que él existe, podemos saber de Dios lo que nos dice de sí mismo en su Palabra. Por ejemplo, la Biblia nos dice que Dios es amor (cf. 1 Jn 4:8); que es luz (cf. 1 Jn 1:5), que es espíritu (cf. Jn 4:24) y que es justo (cf. Ro 3:26). Algunos de los atributos de Dios serán más fáciles de entender porque los comparte con nosotros; otros sin embargo no tanto porque no somos partícipes de estos. Debido a que somos creaciones finitas de un Creador infinito, nunca comprenderemos plenamente todo lo que hay que entender en cuanto a alguno de los atributos de Dios. Incluso así, hay tremendo valor en aprender sobre los atributos de Dios, porque en ellos hallamos las cosas verdaderas en cuanto a Dios que él quiere que sepamos. De modo que como personas creadas para la gloria de Dios (cf. Is 43:7), podemos darle gloria al imitarle exhibiendo semejanza de sus

atributos.

Dios es independiente

La independencia de Dios quiere decir que en realidad él no nos *necesita* ni a ninguna otra cosa creada; Él no nos creó debido a que se sentía solo y necesitaba comunión con otras personas. Dios siempre ha sido perfecta y completamente feliz, y satisfecho en su existencia personal. Pablo dice en Hechos 17:24-25: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él ... No vive en templos contruidos por hombres, ni se deja servir por manos humanas, *como si necesitara de algo*. Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas».

Dios siempre fue; él no fue creado, nunca llegó a existir. El salmista escribe: «Desde antes que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, tú eres Dios» (Sal 90:2). Por consiguiente, Dios no depende de nadie ni de nada; más bien su creación entera es y debe ser dependiente de él. «Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él» (Ro 11:36).

Sin embargo, aunque Dios es completamente independiente, también *escoge* darnos valor y significado. ¡Nos permite ser importantes para él! En verdad, toda la creación le glorifica y le da gozo. Como dice en Isaías 43:7: «Trae a todo el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado para mi gloria». Y uno de sus profetas dice que él «se deleitará en (nosotros) con gozo (y) se alegrará por (nosotros) con cantos» (Sof 3:17). Aunque Dios no nos necesita, nos permite darle gozo a su corazón. ¡Gozo que resulta en canto fuerte! Esa es una señal de verdadera significación.

Dios es inmutable

Dios es inmutable, pero no en toda manera que podamos pensar que lo es. Más bien, es inmutable solo en la manera en que la Biblia nos dice que no cambia: Él es inmutable en su *ser, atributos, propósitos y promesas*. El salmista alaba a Dios por ser el mismo (cf. Sal 102:27). Dios afirma esto cuando, en referencia a sus atributos, dice que no cambia: «Yo, el SEÑOR, no cambio» (Mal 3:6). Mientras Dios sigue siendo el mismo en su ser y atributos, nosotros, en contraste, cambiamos en nuestro ser y atributos. Dios, por otro lado, seguirá siendo el mismo para siempre.

Además, Dios es inmutable en sus propósitos. Una vez que ha determinado realizar algo, lo realizará. Porque «los planes del SEÑOR quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos.» (Sal 33:11). Sus planes individuales para la eternidad (tales como los que se hallan en Mateo 25:34 y Efesios 1:4,11) se realizarán.

Dios también es inmutable en sus promesas. Como está escrito en Números 23:19: «Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer. ¿Acaso no cumple lo que promete ni lleva a cabo lo que dice?»

Incluso así, hay lugares en la Biblia que parecen contradecir la inmutabilidad de Dios; especialmente los relacionados a sus propósitos y promesas. Por ejemplo, Dios no castigó a Nínive como había prometido cuando el pueblo se arrepintió (cf. Jon 3:4,10 y p.e, Éx 32:9-14 e Is 38:1-6). Pero estas instancias se deben entender como verdaderas expresiones de la actitud o intención *presente* de Dios relativa a *la situación específica*. Conforme la situación cambia, la actitud o expresión de Dios de una intención también cambiará.

La inmutabilidad de Dios no quiere decir que no actuará o sentirá en forma diferente en respuesta a situaciones

diferentes (porque él difícilmente sería bueno y justo si no respondiera en forma diferente al pecado que al arrepentimiento y a la justicia). Tampoco la inmutabilidad de Dios quiere decir que él no actúa o siente emociones. En verdad, una de las maneras en que Dios demuestra que *es Dios y no hombre* es al no ejecutar su *ira ardiente* destruyendo a una persona; más bien su «corazón (le) da vuelcos y se ... conmueven (sus) entrañas». En este sentido, Dios retiene su juicio y dice: «no daré rienda suelta a mi ira» (Os 11:8-9).

Dios es eterno

Dios, siendo eterno, no tiene ni principio ni fin ni sucesión de eventos en su propio Ser. Esto lo afirma el Salmo 90:2: «Desde antes que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, tú eres Dios». Él ha estado obrando desde «antes de la creación del mundo» (Ef 1:4). Siempre ha existido. Es el primero y el último, el principio y el fin, «el Alfa y la Omega ... el que es y que era y que ha de venir» (Ap 1:8). Judas nos dice que «la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad ... (eran de Dios) antes de todos los siglos (y lo serán) ahora y para siempre» (Jud 25).

Debido a que Dios es eterno, su noción del tiempo es radicalmente diferente de la nuestra. Por ejemplo «Mil años (son para él) como el día de ayer, que ya pasó; son como unas cuantas horas de la noche» (Sal 90:4). Por consiguiente, toda la historia pasada es para Dios como si acabara de suceder. Pedro afirma esto cuando escribe «que para el SEÑOR un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3:8).

Tomadas en conjunto, estas dos perspectivas nos permiten saber que Dios mira toda la amplitud de la historia tan vívidamente como si fuera apenas un breve evento que acabara de suceder. Pero también ve un breve suceso como si durara para siempre. Dios ve y conoce todos los sucesos pasados, presentes y futuros con igual claridad. Aunque no tiene sucesión de movimientos, ve la progresión de eventos desde diferentes puntos del tiempo. Y como creador y gobernador del mismo, él lo usa para sus propios propósitos.

Dios es omnipresente

Así como Dios es ilimitado respecto al tiempo, también lo es con respecto al espacio. Él es omnipresente. No tiene tamaño o dimensiones espaciales; está presente en todo punto del espacio con todo su Ser. No puede estar limitado por el espacio material por qué él lo creó (cf. Gn 1:1).

Dios también está presente en toda parte del espacio; está en todas partes y llena los cielos y la tierra (cf. Jer 23:23-24). Como David escribió: «¿A dónde podría alejarme de tu Espíritu? ¿A dónde podría huir de tu presencia? Si subiera al cielo, allí estás tú; si tendiera mi lecho en el fondo del abismo, también estás allí. Si me elevara sobre las alas del alba, o me estableciera en los extremos del mar, aun allí tu mano me guiaría, ¡me sostendría tu mano derecha!» (Sal 139:7-10). Dios está presente en toda parte del espacio, pero su Ser es tal que «los cielos, por altos que sean, no pueden contener(le)» (1 R 8:27).

Aunque Dios está en todas partes, actúa de maneras diferentes en los distintos lugares. A menudo Dios está presente para bendecir, como se describe en el Salmo 16:11: «me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha». En otros tiempos y lugares, como el infierno, por ejemplo, Dios estará presente no para mostrar alguna bendición sino solo para castigar y por consiguiente manifestar su justicia (cf. Am 9:1-4).

Otras veces está presente no para castigar ni para bendecir, sino más bien para mantener el universo existiendo y funcionando de la manera que lo propuso. En Cristo «todas las cosas ... forman un todo coherente» (Col 1:17). Cristo continuamente sostiene «todas las cosas con su palabra poderosa» (Heb 1:3).

Dios es Espíritu

Jesús afirmó que Dios de ninguna manera está limitado a una ubicación espacial: «Dios es espíritu» (Jn 4:24). Dios existe de tal manera que su Ser no está constituido de materia. Él no tiene partes, ni tamaño, ni dimensiones. Nuestros sentidos corporales no son capaces de percibirlo. Pensar acerca de su Ser en términos de alguna otra cosa en el universo creado, sería una interpretación equivocada, porque él es mucho más excelente que cualquiera otra clase de existencia.

Sin embargo, Dios ha decidido hacernos, en nuestra naturaleza espiritual, de alguna manera semejante a él. Nos ha dotado con espíritus con los cuales debemos adorarle (cf. Jn 4:24). Pablo nos dice que el «que se une al SEÑOR se hace uno con él en espíritu» (1 Co 6:17). Como un espíritu con Dios, su Espíritu Santo en nosotros da testimonio de nuestra situación como sus hijos adoptivos (cf. Ro 8:16). Cuando morimos, si estamos unidos a él, nuestro espíritu volverá «a Dios que es quien lo dio» (Ec 12:7).

Dios es invisible

Debido a que Dios es espíritu, también es invisible. «A Dios nadie lo ha visto nunca» (Jn 1:18). De igual manera, nadie jamás podrá ver la esencia de él o todo su Ser.

La Biblia, sin embargo, registra momentos cuando algunas personas han visto manifestaciones externas de Dios. Isaías nos dice que vio «al SEÑOR excelso y sublime, sentado en un trono» (Is 6:1). «El SEÑOR se le apareció a Abraham junto al encinar de Mamré» (Gn 18:1); y Jacob dijo que vio «a Dios cara a cara» (Gn 32:30). En estos y otros instantes similares, él tomó una forma visible para mostrarse a algunas personas. Una manifestación visible mucho mayor de Dios se halla en la persona de Jesucristo. Como Jesús dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14:9).

Aunque nadie puede ver la esencia total de Dios, que es invisible, Dios a veces ha escogido mostrar algo de sí mismo a algunos individuos mediante cosas visibles y creadas, especialmente mediante la persona de Jesucristo.

Dios es omnisciente

Dios «lo sabe todo» (1 Jn 3:20). En un solo acto sencillo y eterno, él se conoce plenamente y sabe todas las cosas reales o posibles. Él sabe todas las cosas que existen y todo lo que ha sucedido. «Ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está al descubierto, expuesto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas» (Heb 4:13). Puesto que él se conoce plenamente (cf. 1 Co 2:10-11), conoce de esta forma todas las cosas que pudo haber hecho pero que no hizo y todas las cosas que pudiera haber creado pero que no creó. También conoce todo los eventos posibles que en realidad no pasaron, y los acontecimientos que pudieran haber resultado si algunos otros sucesos hubieran pasado de manera diferente en la historia (cf., p.e, Mt 11:21).

Dios, en todo momento, está plenamente consciente de todo. Su conocimiento nunca cambia ni crece. Nada le sorprende; nada le es oculto. Desde la eternidad ha sabido todas las cosas que pudieran haber sucedido y todas las que quiso hacer.

Dios es sabio

Dios no es solo todo sapiente sino también todo sabio. Esto quiere decir que siempre escoge las mejores metas y los mejores medios posibles para alcanzar esas metas. Él es el «único sabio Dios» (Ro 16:27). «Él es sabio de corazón» (Job 9:4, RVR) y con él «están la sabiduría y el poder; suyos son el consejo y el entendimiento» (Job 12:13).

Su sabiduría se manifiesta en muchos aspectos. Por ejemplo, a través de esta él creó todas las cosas (cf. Sal 104:24). Su sabiduría también se muestra por las vidas de «quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» Para esas personas, debido a su sabiduría, «Dios dispone todas las cosas para el bien» (Ro 8:28).

Dios concede esta sabiduría a sus hijos. Con esto en mente, Santiago anima a sus lectores a pedirle a Dios sabiduría «Si a alguno ... le falta ... él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie» (Stg 1:5). La sabiduría de Dios, la calidad de carácter que se halla al vivir una vida que le agrada, se descubre al leer y obedecer la palabra de Dios. «El mandato del SEÑOR es digno de confianza: da sabiduría al sencillo» (Sal 19:7).

Incluso así, nunca participaremos plenamente de la sabiduría de Dios. Debido a lo «profundas (que) son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios (sus juicios son) indescifrables ... e impenetrables sus caminos» (Ro 11:33). A veces él nos permite comprender las razones por las que suceden las cosas; en otras ocasiones no podemos entender plenamente por qué las cosas son como son o suceden como suceden. En esos tiempos difíciles debemos, a la larga, «confia(r) en el SEÑOR de todo corazón y no en (nuestra) propia inteligencia» (Pr 3:5).

Dios es veraz

«El SEÑOR es el Dios verdadero» (Jer 10:10). Todo su conocimiento y todas sus palabras son a la vez verdad y la norma final de verdad. Una vez que dice algo, podemos contar con que lo hará; podemos contar con que será fiel para siempre a sus promesas (cf. Nm 23:19). Es más, la esencia de la verdadera fe es tomar a Dios en su Palabra y confiar que hará lo que ha prometido.

Podemos imitar la veracidad de Dios, en parte, procurando tener verdadero conocimiento de él y de su Palabra. También podemos imitarlo siendo veraces en todo lo que decimos y hacemos (cf. Col 3:9-10).

Dios es bueno

Jesús dijo: «Nadie es bueno sino solo Dios» (Lc 18:19). Por consiguiente, Dios es la norma final de lo bueno y todo lo que es y hace es bueno y digno de aprobación. No hay norma más alta de lo bueno que el propio carácter de Dios y su aprobación de lo que sea que es consistente con su carácter. Por ejemplo, su bondad y aprobación de lo bueno se ve en su creación: «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno» (Gn 1:31).

Debido a que Dios es la norma culminativa de lo bueno, también es la fuente última de todo lo bueno. Santiago nos dice: «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes» (Stg 1:17). Él es el que concede todo don bueno a sus hijos. Además, promete no escatimar bendición para «los que se conducen sin tacha» (Sal 84:11). Jesús lo confirma cuando dice que Dios «dará cosas buenas a los que le pidan» (Mt 7:11). Incluso la disciplina es una manifestación de su bondad y amor (cf. Heb 12:10). Por consiguiente, todo lo bueno que procuramos, en última instancia, se halla en Dios mismo. El salmista se dio cuenta de esto cuando escribió: «Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra» (Sal 73:25).

La bondad de Dios a menudo se puede ver mediante su misericordia y gracia. Su misericordia es su bondad hacia los que están en desdicha y aflicción. Su gracia es su bondad hacia los que merecen solo castigo. Los que reciben la bondad de Dios, mediante su misericordia y gracia, son llamados a demostrar esa bondad a otros. Como Pablo dice en Gálatas 6:10: «Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe».

Dios es amor

Como ya mencionamos antes, «Dios es amor» (1 Jn 4:8). Dios eternamente da de Sí mismo para el bien de otros. Jesús nos dice que este atributo de dar de sí mismo, el amor de Dios, estaba activo desde «antes de la fundación del mundo» (Jn 17:24). Fue evidente en el amor que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo tenían el uno por el otro (cf. Jn 17:24; 14:31).

Este amor eterno halla su expresión en el amor de Dios que da de Sí mismo hacia sus hijos. Juan nos dice: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados» (1 Jn 4:10). Pablo escribe: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5:8).

Debido a que Dios nos ha amado y nos amará por toda la eternidad, podemos dar generosamente de ese amor a otros. Es más, Jesús resumió nuestra responsabilidad hacia Dios cuando dijo: «Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente ... (y) Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22:37,39). Y como el amor de Dios, el nuestro debe entregarse por nuestros hermanos (cf. 1 Jn 3:16-17), y no debe ser «de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad» (1 Jn 3:18).

Dios es Santo

«¡Santo es el SEÑOR nuestro Dios!» (Sal 99:9). Eso quiere decir que está separado del pecado y dedicado a buscar su propio honor. A menudo a Dios se le llama el «Santo de Israel» (Sal 71:22, p.e). Los serafines (criaturas aladas) alrededor del trono continuamente exclaman: «Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso» (Is 6:3).

La santidad de Dios provee el patrón que sus hijos deben imitar. Como dice él en Levítico 19:2: «Sean santos, porque yo, el SEÑOR su Dios, soy santo». Por el poder del Espíritu Santo debemos «bus(ar) ... la santidad, sin la cual nadie verá al SEÑOR» (Heb 12:14). El autor de Hebreos nos dice que Dios disciplina a sus hijos «a fin de que participemos de su santidad» (Heb 12:10). Conforme somos hechos santos, individualmente y como miembros de la iglesia (cf. Ef 5:26-27), esperamos el día cuando todas las cosas en el cielo y en la tierra sean separadas del mal, purificadas del pecado, y dedicadas solamente para procurar el honor de Dios con verdadera pureza moral (cf. Zac 14:20-21).

Dios es justo y recto

Moisés dijo de Dios: «todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4). También afirmó que Dios siempre actúa de acuerdo a lo que es recto, porque él mismo es la norma final de lo que es recto. Como juez del mundo, él hará lo que es recto (cf. Gn 18:25). Él dice la verdad y declara «lo que es recto» (Is 45:19). Así, al procurar hacer lo que es justo y lo que es recto, al procurar en nosotros lo que debemos hacer, debemos de igual forma hacer lo que está en línea con su carácter moral, porque eso es la norma máxima de rectitud.

Debido a que Dios es recto y justo, debe tratar a los seres humanos como se merecen. Por consiguiente, él debe castigar lo que está en su contra; es decir, el pecado. Sin embargo, a veces perdona a las personas y no las castiga por su pecado. ¿Cómo puede hacerlo si es justo? Él puede perdonar a las personas porque Cristo murió para llevar sobre sí mismo el castigo de Dios por el pecado. De esta manera, Jesús demostró «la justicia de Dios», porque, anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús» (Ro 3:25-26).

Debido a que Dios es todopoderoso, a la larga todas las cosas serán hechas rectas. Él impondrá justicia. Como beneficiarios de su rectitud y justicia, debemos unirnos al Juez del mundo entero para hacer lo que es recto. Siempre debemos procurar hacer lo que es recto y hacer justicia a favor de los que no la están recibiendo. Como Proverbios 21:3 nos dice: «Practicar la justicia y el derecho lo prefiere el SEÑOR a los sacrificios».

Dios es celoso

Al explicar el primero de los Diez Mandamientos, Dios dice: «Yo, el SEÑOR tu Dios, soy un Dios celoso» (Éx 20:5). En sus celos, continuamente procura proteger su propio honor. Desea que se le rinda adoración solo a él y no a ningún otro ni a ninguna otra cosa. No es incorrecto que Dios busque continuamente su propio honor, porque es un honor que solo él, como Dios, merece. Por eso puede decir correctamente: «¡No cederé mi gloria a ningún otro!» (Is 48:11).

Dios tiene ira contra el pecado

Dios aborrece intensamente todo pecado. La ira de Dios arde contra el pecado, y esta, a la larga, consumirá a los que rechazan a Jesús y continúan en su pecado. Como Jesús dijo: «el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida, sino que permanecerá bajo el castigo de Dios» (Jn 3:36). Es la «ira de Dios», dice Pablo, que «viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos» (Ro 1:18).

Por consiguiente, la ira es un atributo por el que debemos agradecer y alabar a Dios. Si Dios se deleitara o no lo fastidiara el pecado, no sería digno de nuestra adoración y alabanza. El pecado merece nuestro aborrecimiento. Es más, el ejemplo de Cristo nos anima a aborrecer el pecado y la maldad (cf. Heb 1:9). Aunque no debemos alegrarnos ni regocijarnos por la ruina de otros sino que debemos amarlos y orar para que ellos se arrepientan de sus obras malas, también es correcto regocijarnos por el castigo justo de las acciones malas. A la larga, debemos orar que los malhechores se arrepientan y confíen en Cristo pidiendo perdón. En el caso de los que confían en él, la ira de Dios queda satisfecha debido a que el castigo justo cayó sobre Cristo en la cruz (cf. Ro 3:25; 5:8-9). Así, la ira de Dios no es algo que los que creen en Cristo deban temer. La ira que merecíamos fue aplicada por completo sobre Jesús que, mediante su muerte y resurrección, «nos libra del castigo venidero» (1 Ts 1:10). Pero, para los que rechazan a Jesús, la ira de Dios es algo que deben temer, porque permanece por completo sobre ellos (cf. Jn 3:36).

Dios hará lo que quiere

Dios continuamente «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). La voluntad de él es la razón última para todo lo que sucede. Es la manera en que Dios aprueba y determina realizar toda acción necesaria para la existencia y actividad de sí mismo y de toda su creación. La voluntad de Dios es como él escoge hacer lo que hace o no hace.

Por ejemplo, todas las cosas fueron creadas por la voluntad de Dios (cf. Ap 4:11), los gobiernos humanos tienen su poder conforme a la voluntad de Dios (cf. Ro 13:1) y, a veces, es la voluntad de Dios que sus hijos sufran (cf. 1 P 3:17). Todos los acontecimientos de nuestra vida están sujetos a la voluntad de Dios. Por eso Santiago nos anima a no decir que haremos esto o aquello, sino que más bien digamos: «Si el SEÑOR quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (Stg 4:15).

Incluso la muerte de Cristo y todos los acontecimientos alrededor de la misma tuvieron lugar conforme a la voluntad de Dios. Lucas nos dice en Hechos 4:27-28 que los que participaron en la muerte de Cristo hicieron todo lo que la mano de Dios y sus planes «habían determinado que sucediera».

A veces la voluntad de Dios se revela claramente como, por ejemplo, cuando por la Biblia sabemos claramente lo que debemos hacer o lo que Dios específicamente nos ha ordenado que hagamos. Es a esto que se refiere cuando Jesús nos dijo que oremos: «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10).

En otras ocasiones la Biblia no nos da dirección clara en cuanto a lo que debemos hacer o cómo debemos actuar. Es en momentos como estos que nuestra actitud debe ser de confianza humilde en Dios y su control soberano sobre los sucesos de nuestra vida. Debemos planear nuestros pasos,

como Santiago nos anima a hacerlo, diciendo: «Si el SEÑOR quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (Stg 4:15).

Por consiguiente, debemos ejercer mucha cautela, especialmente en medio de situaciones difíciles, cuando decimos con algún grado de certeza que es la voluntad del SEÑOR, y la verdad es que esto no es claro bíblicamente. Por ejemplo, es peligroso hablar de acontecimientos de maldad como si estos sucedieran conforme a la voluntad de Dios, aun cuando se hallen referencias en donde la Biblia hable de esta manera. Cuando explicamos el mal como resultado de la voluntad de Dios, puede sonar como si él tuviera la culpa por el mal y el pecado, o como si lo implicásemos como si se deleitara en tal mal. Pero este no es el caso. En la Biblia, los seres humanos y los ángeles pecadores (demonios) siempre tienen la culpa por actuar mal y pecar; nunca se le echa la culpa a Dios. Incluso la muerte de Cristo, que la Biblia claramente indica que sucedió «según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios (fue realizada) por medio de gente malvada» (Hch 2:23).

No hay que echarle a Dios la culpa, ni pensar que es responsable por el pecado y las cosas malas. La relación exacta entre su voluntad y el mal no es algo que ha escogido revelarnos por completo. Por consiguiente, debemos conformarnos con el hecho de que «Lo secreto le pertenece al SEÑOR nuestro Dios» (Dt 29:29).

Dios tiene libertad

El Salmo 115.03 dice: «Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca». Nada impide que Dios haga su voluntad. Él no está limitado por algo fuera de Sí mismo; es completamente libre de hacer lo que quiera. No está bajo ninguna autoridad o restricción; no hay ninguna persona o fuerza que pueda dictarle lo que debe hacer o lo que hará.

Aunque podemos imitar a Dios en su libertad cuando ejercemos nuestra voluntad y tomamos decisiones, todas estas están, en última instancia, sujetas a su voluntad. Como Pr 16:9 nos dice: «El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor». Incluso «En las manos del SEÑOR el corazón del rey es como un río: sigue el curso que el SEÑOR le ha trazado» (Pr 21:1).

Dios es omnipotente

«¿Acaso hay algo imposible para el SEÑOR?...» se pregunta en Génesis 18:14. Aunque la pregunta recibe respuesta muchas veces en toda la Biblia, una respuesta clara se halla cuando Jeremías le dijo a Dios: «Para ti no hay nada imposible» (Jer 32:17).

Dios es omnipotente. Es todopoderoso. Puede hacer todo de su santa voluntad. No hay límites en lo que decida hacer. Dice el apóstol Pablo que Dios «puede hacer muchísimo más que todo lo que podemos imaginarnos o pedir» (Ef 3:20). Como Jesús dice: «para Dios todo es posible» (Mt 19:26). El poder de Dios es infinito.

Pero hay algunas cosas que Dios no puede hacer. No puede ni hará nada que niegue su propio carácter. Por ejemplo, él no puede mentir (cf. Tit 1:2); no puede ser tentado por el mal (cf. Stg 1:13); y no puede negarse a sí mismo (cf. 2 Ti 2:13). Por consiguiente, el uso de Dios de su poder infinito queda calificado por sus demás atributos.

Al imitar a Dios utilizando los poderes limitados que nos ha dado para realizar las cosas que quiere, mostramos un pálido reflejo de su poder infinito para darle gloria.

Dios es perfecto

Jesús nos dice en Mateo 5:48 que «su Padre celestial es perfecto». Esto quiere decir que Dios posee plenamente todas las cualidades excelentes y no le falta nada de ninguna cualidad que sería deseable en él. Podemos imitar su perfección procurando *ser perfectos*, como Jesús nos ordenó (cf. Mt 5:48). Aunque no logremos aquí en la tierra la perfección que a menudo deseamos, por la obra de Cristo a nuestro favor podemos continuamente progresar hacia la perfección de nuestra vida.

Dios es bendito

La bendición de Dios quiere decir que él se deleita plenamente en Sí mismo y en todo lo que refleja su carácter. Él mismo es el enfoque de toda felicidad y deleite; por consiguiente su completa plenitud de gozo se halla en Sí mismo.

Pero Dios también escoge deleitarse en su creación. Cuando vio lo que había hecho, dijo que era «muy bueno» (Gn 1:31), indicando su satisfacción. Dios anhela regocijarse en sus hijos, «como un joven que se casa con una doncella» (Is 62:5).

Conforme hallamos deleite y felicidad en lo que le agrada, como en el trabajo de otros aspectos de nuestras propias vidas o cosas de la creación, demostramos las maneras en que nos ha bendecido y, por consiguiente, le honraremos y le imitaremos en su bendición. Por lo tanto, encontramos nuestra mayor bendición y felicidad última en la fuente de todas las cosas: Dios mismo.

Dios es hermoso

David nos dice que su mayor y particular anhelo en la vida es habitar en la casa de Dios toda su vida (cf. Sal 27:4). Una razón que indica para este anhelo es que desea «contemplar la hermosura del SEÑOR». Dios es la suma de todas las cualidades deseables, y posee toda cualidad verdaderamente deseable. Por consiguiente, como David descubrió, todos nuestros anhelos y deseos en última instancia alcanzarán su satisfacción sólo en él, el único que es verdaderamente hermoso.

Dios es uno

Aunque pueda parecer que se hace énfasis en algunos de los atributos de Dios más que en otros, es importante darnos cuenta que Dios es uno en todos sus atributos. Él no es un atributo más que otro. Él no está dividido en partes, y no tiene un atributo en un momento de la historia y luego otro. Él es plena y completamente todo atributo (incluso los que no se han mencionado aquí) en todo tiempo.

La Biblia nunca destaca uno de los atributos de Dios como más importante que el resto. Por ejemplo: «Dios es luz» (cf. 1 Jn 1:5) y «Dios es amor» (cf. 1 Jn 4:8). Él no es en parte luz y en parte amor; él no es amor durante el día y luz por la noche. Él es, en todo momento y de todas maneras, a la vez luz y amor. Cada uno de los atributos de Dios califica a todo otro atributo.

Cada uno de los atributos de Dios representa un aspecto de su carácter; cada uno nos provee una perspectiva de quién es él. También nos provee de algunas perspectivas de lo que nos hizo ser.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cuáles de los atributos de Dios expuestos aquí usted comparte? ¿Cuáles de los atributos de Dios no comparte? Mencione un atributo de Dios que le gustaría imitar completamente en su vida diaria y diga por qué.
2. ¿Puede decir cuáles serían algunos de los peligros al considerar uno de los atributos de Dios como más importante que los demás?
3. ¿Cuál de los atributos de Dios le parece más asombroso? ¿Qué ha aprendido acerca de Dios mediante ese atributo?

3

¿Qué es la Trinidad?

A veces algunos usan tres diferentes nombres al referirse a Dios: Dios o Padre, Jesucristo, y Espíritu Santo. Pero estos son más que simplemente formas de llamarle; son, en verdad, nombres de tres personas muy distintas. Pero aunque Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo han existido eternamente como tres personas distintas, son un solo Dios. A esto se le llama la doctrina de la Trinidad. Y aunque la idea de tres personas y un solo Dios es difícil de entender, incluso así esta es una de las ideas más importantes de la fe cristiana.

La noción bíblica de la Trinidad

La palabra «Trinidad» nunca se halla en la Biblia, pero la idea que la palabra representa se afirma en muchos versículos. Por ejemplo, en Génesis 1:26, Dios dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza». El uso de «nosotros» y «nuestra» implica más de una persona interviniendo en la creación. Los únicos otros seres a los que Dios posiblemente podía estarse refiriendo serían los ángeles, pero nosotros no somos hechos a imagen de los ángeles sino «a imagen de Dios» (Gn 1:27), así que este versículo debe implicar que hay más de una persona en Dios.

Cuando Jesús fue bautizado, «se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mt 3:16-17). En ese momento todos los tres miembros de la Trinidad estaban desempeñando tres actividades distintas: Dios Padre estaba hablando, Dios Hijo estaba siendo bautizado, y Dios Espíritu Santo estaba posándose sobre el Hijo.

De modo similar, cuando Jesús envió a sus discípulos para hacer su obra, les ordenó que «(fueran e hicieran) discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28:19). Al decir esto Jesús estaba afirmando que todos los miembros de la Trinidad son distintos en su personalidad (el Padre no puede ser el Hijo, por ejemplo). Judas 20-21 **también afirma las tres distintas personas en la Trinidad: «manténganse en el amor de Dios ... y orando en el Espíritu Santo, mientras esperan que nuestro SEÑOR Jesucristo, en su misericordia, les conceda vida eterna».**

El significado de la Trinidad

Debido a que Dios es tres personas distintas: el Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo, por lo tanto los pasajes arriba citados son su demostración.

Cada una de las personas de la Trinidad es plenamente Dios. La deidad del Padre se muestra en el primer versículo de la Biblia: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra» (Gn 1:1), y en todas las siguientes páginas. Cuando las Escrituras hablan simplemente a Dios, lo más probable es que se refieran a Dios Padre.

Pero Dios Hijo, que vino a la tierra como Jesucristo, también es plenamente Dios. Como Pablo escribe en Colosenses 2:9: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo». Por consiguiente, el discípulo de Jesús, Tomás, tuvo razón cuando le dijo a Jesús: «¡SEÑOR mío y Dios mío!» (Jn 20:28). Es más, Juan dijo que escribió su Evangelio «para que (creyéramos) que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre (tengamos) vida» (Jn 20:31). Finalmente, el Espíritu Santo también es plenamente Dios. Y debido a que tanto el Padre y el Hijo son Dios, tiene sentido también que el Espíritu Santo tenga igual importancia. Por ejemplo en Mateo 28:19, dice: «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del *Espíritu Santo*». Esto indica que la Biblia considera a todos los tres como plenamente Dios. Pedro confirma esta noción cuando acusa a alguien de mentir «al Espíritu Santo» (cf. Hch 5:3) y luego le explica a este individuo que «¡No (mintió) a los hombres sino a Dios!» (Hch 5:4). El Espíritu, dice Pablo, es omnisciente como Dios Padre cuando escribe: «nadie conoce los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Co 2:11).

Pero la Biblia también dice claramente que hay solo un

Dios y no tres. La Biblia dice que Dios es uno en esencia y Ser. Dt 6:4, dice: «Dios es el único SEÑOR». Dios frecuentemente hace eco de esta afirmación cuando habla claramente que no hay otro Dios excepto él. Isaías 45:5 es un ejemplo de esto: «Yo soy el SEÑOR, y no hay otro; fuera de mí no hay ningún Dios».

Pablo también lo afirma en Romanos 3:30, cuando escribe: «pues no hay más que un solo Dios» y de nuevo en 1 Timoteo 2:5: «porque hay un solo Dios». En Santiago 2:19 encontramos que incluso los demonios reconocen esto: «¿Tú crees que hay un solo Dios? ¡Magnífico! También los demonios lo creen, y tiemblan».

A veces parece difícil entender cómo hay tres personas distintas en la Trinidad, cada una con todo el Ser de Dios en sí misma, siendo un solo Dios indivisible. Debería ser difícil. Pero la Trinidad es uno de esos misterios que solo podemos describir en parte. Aunque diferentes analogías de la creación pueden ayudarnos un poco a entenderla, en última instancia, ninguna de las analogías logran describir este misterio, porque intentan explicar el Ser de Dios en términos de la creación. Son esfuerzos de explicar cómo Dios se parece a la creación. Pero nada en la creación es exactamente como el Ser de Dios. Los esfuerzos por simplificar o explicar plenamente este misterio fracasan totalmente y a menudo llevan a creencias que son contrarias a las enseñanzas de la Biblia. En breve, la doctrina de la Trinidad es algo que nunca entenderemos plenamente, porque partes de ella están más allá de nuestra comprensión. Por eso, en parte, es una de las cosas secretas que le pertenecen al Señor nuestro Dios (cf. Dt 29:29).

Sin embargo, es extremadamente importante que este misterio sea verdad. Por ejemplo, si Jesús no es a la vez plenamente Dios y una persona separada de Dios, entonces no podía haber llevado la ira completa de Dios, habiendo muerto y resucitado de los muertos. Si alguien piensa que

Jesús no nos resucitó de entre los muertos, cualquier creencia en él es necia. De modo que los que afirman esto, en las palabras de Pablo, son «los más desdichados de todos los mortales» (1 Co 15:19).

Los distintos papeles de la Trinidad

Todos los tres miembros de la Trinidad tienen papeles diferentes. Por ejemplo, en la creación sabemos que Dios habló para que la tierra existiera (cf. Gn 1:9-10). Pero Juan 1:3, dice que Dios Hijo ejecutó esas palabras: «Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir». Y, como Génesis 1:2 nos dice, en tanto que Dios estaba creando, el «Espíritu de Dios iba y venía sobre la superficie de las aguas»; es decir, sustentando y manifestando la presencia de Dios en la creación.

Los diferentes papeles dentro de la Trinidad también se pueden ver en nuestra salvación. Dios Padre amó tanto «al mundo que dio a su Hijo unigénito ... para salvarlo por medio de él» (Jn 3:16-17). De esta determinación Jesús dijo: «Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió» (Jn 6:38). La voluntad del Padre fue que Jesús muriera por nuestros pecados para que no tuviéramos que morir (cf. Heb 10:10). Cuando Jesús resucitó de los muertos y ascendió al cielo, él y el Padre enviaron al Espíritu Santo para que completara la obra que ellos habían empezado (cf. Jn 14:16 y Jn 16:7).

Tanto en la creación como en la redención, el Padre, el Hijo y el Espíritu tuvieron papeles distintos. Fue el Padre quien dirigió y envió tanto al Hijo como al Espíritu. Fueron el Hijo y el Padre quienes enviaron al Espíritu. El Hijo fue obediente al Padre, y el Espíritu lo fue tanto al Padre como al Hijo. En consecuencia, tanto el Hijo como el Espíritu han desempeñado y desempeñarán sus papeles en igual deidad con el Padre, pero en su completa sumisión.

Estas funciones y papeles diferentes son simplemente el resultado de la relación eterna entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. No reducen la deidad, atributos o naturaleza esencial del Padre, Hijo o Espíritu. La distinción se define en

las maneras en que se relacionan a través de la creación. Es muy diferente en nuestra experiencia, pues cada persona es un ser diferente. Pero de alguna manera el Ser de Dios es tan diferente del nuestro que puede estar a la vez indiviso y también separarse en relaciones interpersonales en tres personas distintas. Esto es tan diferente de cualquier cosa que jamás hayamos experimentado, experimentaremos o podamos experimentar plenamente.

Sin embargo, la unidad y diversidad dentro de la Trinidad provee una base maravillosa para la unidad y diversidad que experimentamos en la vida diaria. Al casarse, por ejemplo, dos personas distintas se unen y, por esta decisión, llegan a ser «un solo cuerpo» (Ef 5:31). Mientras que esposo y esposa tienen igual posición, valor y personalidad ante Dios, también tienen papeles distintos. Así como el Padre tiene autoridad sobre el Hijo, también así, en el matrimonio el esposo la tiene sobre la esposa. Como Pablo dice en 1 Corintios 11:3: «Cristo es cabeza de todo hombre, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo». Aunque puede ser difícil a veces figurarse con exactitud cómo definir específicamente los papeles de esposo y esposa, la Biblia dice claramente que la relación entre la Trinidad provee el modelo para la relación en el matrimonio.

Otro ejemplo de unidad y diversidad se ve en la iglesia: esta tiene *muchos miembros*, todos con diferentes habilidades, pero *un solo cuerpo* con un propósito (cf. 1 Co 12:12). También se ve en la constitución étnica de la iglesia: esta incluye miembros «de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas» (Ap 7:9). Esta diversidad añade una complejidad que nos muestra la sabiduría de Dios al permitir que en el mundo exista tanto la unidad como la diversidad y que estas sean un reflejo de la unidad y diversidad que existe dentro de la Trinidad.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Puede mencionar tres o cuatro pasajes clave de la Biblia que hablen acerca de la Trinidad? ¿Qué nos dicen exactamente estos pasajes en cuanto a la Trinidad?
2. ¿Por qué ninguna analogía logra explicar completamente la Trinidad? ¿Quiere esto decir que debemos tratar de concebir una analogía que resulte? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿De qué forma las maneras diferentes en que el Padre, Hijo y Espíritu Santo se relacionan uno como otro nos proveen de un modelo para las maneras en que debemos relacionarnos unos con otros?

4

¿Qué es la creación?

¿ De dónde salió el universo? ¿Cuál es su propósito? ¿Debemos pensar de la creación como buena o como mala? En este capítulo trataremos de entender cómo Dios creó el universo, qué clase de universo creó, y cómo debemos pensar hoy de la creación.

La creación creada

Dios creó el universo de la nada; nada excepto Dios existía antes de que el universo fuera creado. Todas las cosas, las que Génesis 1:1 llama «los cielos y la tierra», fueron creadas por Dios. Juan 1:3 afirma que: «Por medio de él todas las cosas fueron creadas». Y en Colosenses 1:16 leemos que: «por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles». Como vimos en el capítulo previo, todos los miembros de la Trinidad intervinieron en este proceso.

Dios habló para dar existencia a toda la creación: desde la tierra y las aguas, hasta las plantas y los animales (cf. Gn 1:3-25); es decir, toda la creación excepto el hombre. El hombre y la mujer fueron creados por las mismas manos de Dios y recibieron vida del mismo aliento de él (cf. Gn 2:7,22). Esta creación íntima y especial es una señal del lugar especial que Dios diseñó para que estos tuvieran en todo lo que hizo. Además, los seres humanos son los únicos que Dios hizo «a su imagen» (Gn 1:27). Y ser hecho a imagen de Dios quiere decir que somos semejantes a él y que le representamos. Además de ser el pináculo de todo lo creado, es el único nombrado para gobernar sobre el resto de la creación como representante de Dios (cf. Gn 1:28-31).

Hay muchas teorías científicas que están en conflicto directo con la historia bíblica de la creación; tal como la que afirma que todo lo vivo llegó a existir como resultado de mutaciones al azar en un período muy largo de tiempo, y no como el resultado del diseño inteligente de Dios a través de su infinito poder. Las teorías científicas que no ven a Dios como el Creador no nos conceden la dignidad que nos da el relato bíblico. Las Escrituras enseñan que, aunque Dios no necesitaba crear nada, escogió crearnos a su imagen y semejanza.

Por otro lado, algunas observaciones científicas del mundo pueden corregir los malos entendidos de algunos. En un tiempo muchos cristianos pensaban que la Biblia enseñaba que el sol giraba alrededor de la Tierra. Se opusieron a las teorías de Galileo, cuyas observaciones astronómicas le llevaron a creer que la Tierra giraba sobre su eje y se movía alrededor del Sol. A la larga, toda la iglesia reconoció que la Biblia nunca enseñaba que el Sol giraba alrededor de la Tierra, y así pudieron aceptar las observaciones de Galileo. Por lo tanto, debemos ejercer cuidado al hablar sobre asuntos respecto a los cuales la Biblia no lo hace claramente. Cuando nuestras observaciones del mundo natural parecen estar en conflicto con nuestro entendimiento bíblico, debemos echar un nuevo vistazo a ambas cosas, tratando de hallar en dónde nuestra comprensión limitada y conocimiento imperfecto pueden estar errados. A la larga, un entendimiento apropiado de la ciencia y de la Biblia no estará en conflicto.

La Biblia es clara: Dios creó de la nada la Tierra y todo lo que hay en ella. Creó al hombre del polvo del mundo que creó. Antes de la creación no existía nada excepto Dios. Por consiguiente, nada excepto él es eterno. Nada excepto él puede gobernar sobre todo lo que ha hecho. En este sentido, nada sino Dios es digno de nuestra adoración. Debido a que somos producto especial de su creación, es lógico que este hecho produzca gran humildad en nosotros. Además, debido a que Dios creó el universo de la nada, y debido a que no necesitaba crearlo, debe haberlo hecho con algún propósito: somos producto especial de su creación. Este hecho también debe darnos gran dignidad.

La creación distinta pero dependiente

Como creador, Dios es distinto de la creación; él no es parte de la creación, él es diferente de la creación en muchas maneras. Él hizo todas las cosas y gobierna sobre estas. Es más grande que la creación y muy independiente de esta. Él no necesita la creación de ninguna manera.

Sin embargo, interviene íntimamente en ella. Con su mismo aliento dió vida a su propia imagen. «En sus manos está la vida de todo ser vivo, y el hálito que anima a todo ser humano» (Job 12:10). Dios mismo «es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas ... (porque) en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17:25,28). Nosotros, como Pablo dice, somos «descendientes de Dios» (Hch 17:29).

Dios a la vez está involucrado y es distinto de la creación. Él no depende de la creación sino que la creación depende de él. Por consiguiente, nada en la creación merece el afecto que se le debe a Dios. Aunque él es más grande que la creación, no escogió dejarla para que funcione por cuenta propia. Más bien escogió estar íntimamente involucrado, especialmente con aquellos que hizo a su imagen. Por lo tanto, él no está tan distante de nosotros como para no poder intervenir íntimamente en nuestras vidas y luchas. Él está cerca; «es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia» (Sal 46:1). Debido a que Dios es más grande que toda la creación e interviene en toda ella, si esperamos en Dios, no tenemos nada que temer.

La creación que da gloria

Toda la creación fue hecha para dar gloria a Dios. «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal 19:1). Dios dice también que fueron creados para su gloria (cf. Is 43:7). De hecho, el papel de Dios como Creador le hace digno de nuestra gloria. «Digno eres, SEÑOR y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas» (Ap 4:11).

La creación de Dios muestra su poder y sabiduría superiores. «Dios hizo la tierra con su poder, afirmó el mundo con su sabiduría, ¡extendió los cielos con su inteligencia!» (Jer 10:12). Incluso una breve reflexión de la complejidad, diversidad y belleza de la creación debe impulsarnos a alabar a Dios por su poder, sabiduría y entendimiento.

Dios no necesitaba más gloria de parte de su creación. Toda la gloria que Dios necesita ha estado siempre en la Trinidad. Más bien, la Biblia es clara al afirmar que Dios *creó todas las cosas y por su voluntad existen y fueron creadas* (cf. Ap 4:11). La creación fue un acto totalmente libre por parte de Dios. Él creó el universo para mostrar su grandeza, para demostrar su excelencia y para deleitarse en su obra. Por consiguiente, conforme nosotros nos deleitamos espontáneamente en las actividades creativas de Dios, también las nuestras y las de otros le darán gloria al imitar el deleite que él halla en su creación.

La creación buena

Dios puede deleitarse en su creación porque esta le da gloria. También se deleita en ella porque, como nos dice Génesis 1:31, cuando «Dios miró todo lo que había hecho ... considero que era muy bueno». Y aunque debido al pecado la creación no siempre funcionó como se supone que debía funcionar, debemos también considerar buena la creación material. «Todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada es despreciable si se recibe con acción de gracias» (1 Ti 4:4).

Por consiguiente, debemos disfrutar de las cosas buenas que Dios ha creado para nosotros. No obstante, algunas cosas de la creación se pueden usar para propósitos de pecado; su uso potencialmente dañino no las hace malas en toda situación. Por ejemplo, aunque Pablo dice que «el amor al dinero es la raíz de toda clase de males» (1 Ti 6:10), también dice que Dios mismo «nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos» (1 Ti 6:17). Por tanto, debemos gozosamente usar la Tierra abundante que Dios nos ha dado y procurar desarrollarla de una manera que dé gloria y honor al nombre de Dios.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿De qué maneras los actos de Dios en la creación nos dan gran humildad? ¿Cómo nos dan gran dignidad?
2. Haga una lista de algunas de las maneras en que la tierra, los animales, y usted mismo pueden dar gloria a Dios el Creador.
3. ¿Qué piensa Dios en cuanto a toda su creación? ¿Cómo cambió la opinión de Dios de la creación después que Adán y Eva pecaron? ¿Cómo es la noción de Dios de toda su creación, diferente a la suya, en algunos aspectos específicos?

5

¿Qué es la oración?

Una de las maneras en que Dios permite que su creación se mantenga en contacto con él es mediante la oración. La oración, que es comunicarse personalmente con él, no solo nos ayuda a saber *en cuanto* a Dios sino que también nos ayuda a *conocerlo* verdaderamente. Por la oración podemos comunicarle nuestras peticiones, confesarle nuestros pecados, y darle adoración, alabanza y agradecimiento.

La razón para la oración

Dios no quiere que oremos a fin de enterarse de lo que necesitamos, porque Jesús dice: «su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6:8). Más bien, Dios quiere que oremos para que nuestra dependencia en él pueda aumentar. Cuando acudimos a él en oración acerca de algo, le expresamos nuestra confianza con el fin de que oiga y responda a nuestras oraciones. Por eso Jesús compara nuestras oraciones a un niño que pide a su padre un pescado o un huevo (cf. Lc 11:9-12). Así como el hijo confía y espera que su padre le provea, igualmente nosotros debemos esperar, por fe, que Dios lo haga para nosotros. Por esta razón fue que Jesús dijo: «Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración» (Mt 21:22).

Dios no simplemente desea que nuestra confianza en él crezca mediante la oración; también desea que nuestro amor y nuestra relación con él se profundicen y crezcan. Cuando verdaderamente oramos, lo hacemos con la integridad de nuestro carácter, relacionándonos con la integridad del suyo. Por consiguiente, lo que pensamos y sentimos en cuanto a Dios aflorará en nuestras oraciones. Esto, a su vez, aferrará nuestro amor y comprensión de Dios y, al fin, consolidará más nuestra relación con él. Esto es algo en lo que se deleita. También es algo que le da gloria.

Finalmente, Dios quiere que oremos porque nos permite ser parte de una historia más grande que la nuestra. Nos permite intervenir en actividades que tienen significación eterna. Cuando oramos, el reino de Dios avanza y su voluntad se hace «en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10).

La eficacia de la oración

Cuando en oración pedimos, Dios a menudo responderá. Jesús nos insta a esto: «Así que yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre» (Lc 11:9-10). El hecho de que no le pidamos a Dios es a menudo la razón por la que no recibimos lo que él se deleita en darnos. Santiago dice: «No tienen, porque no piden» (Stg 4:2).

La Biblia da muchos ejemplos de Dios respondiendo, e incluso cambiando la manera en que actuará en respuesta a las oraciones de algunos. Por ejemplo, cuando el SEÑOR le dijo a Moisés que iba a destruir al pueblo de Israel por su pecado, Moisés respondió con la siguiente oración: « ¡Calma ya tu enojo! ¡Aplácate y no traigas sobre tu pueblo esa desgracia!» (Éx 32:12). En respuesta, «el SEÑOR se calmó y desistió de hacerle a su pueblo el daño que le había sentenciado» (Éx 32:14). En un aspecto más personal, Juan nos dice que: «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Jn 1:9). Estos dos ejemplos, junto con los muchos otros que hay en la Biblia, deben animarnos a orar más, atreviéndonos a pedirle al Señor que obre de las maneras en que solo él puede obrar.

Sin embargo, bajo nuestro nombre no tenemos derecho de pedirle intrépidamente a Dios nada. Nuestro propio pecado nos descalificaría para pedirle algo a un Dios santo. Pero si nuestra fe está en Jesús, la Biblia nos dice que él es la razón por la que nuestras oraciones son eficaces. Él es el único «mediador entre Dios y los hombres» (1 Ti 2:5). O, como Jesús dijo: «Nadie llega al Padre sino por mí» (Jn 14:6). Por consiguiente, Dios no está obligado a responder a las oraciones de los que han rechazado a su Hijo. Aunque tiene conocimiento de tales oraciones y a veces por su misericordia

escoge contestarlas, no promete contestar como lo hace con las oraciones de los cristianos que están de acuerdo a su voluntad.

Debido a que Jesús es el único verdadero mediador entre un Dios santo y los hombres pecadores, pudo decirle a sus discípulos: «mi Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre» (Jn 16:23). Cuando dijo esto no quería decir que debemos insertar la frase «en el nombre de Jesús» en cada una de nuestras oraciones. Más bien, lo que quiso decir es que nuestras oraciones deben elevarse basadas en su autoridad como nuestro mediador y de acuerdo a su carácter. Esto es, en parte, lo que Juan afirma cuando escribió los «[que creen en el nombre del Hijo de Dios] (y piden) conforme a su voluntad, él los oye» (1 Jn 5:13-14).

Nuestra actitud en la oración

No solo que nos oye, dice Juan, sino que «si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido» (1 Jn 5:15). Estas oraciones eficaces que Jesús responde y que nosotros anhelamos elevar, deben hacerse «conforme a su voluntad» (1 Jn 5:14). Orar de esta forma a menudo requiere humildad de nuestra parte, porque requiere que lo hagamos no sencillamente por lo que deseamos sino más bien por lo que Dios desea.

A veces es fácil saber cuál es la voluntad de Dios y, por consiguiente, se sabe cómo orar. Por ejemplo, si oramos de acuerdo a un mandamiento directo o declaración de su voluntad en la Biblia, entonces estaremos pidiéndole que haga lo que desea y a la vez estaremos agradándole. De hecho, Jesús nos anima a tener en nosotros las mismas palabras de Dios cuando oramos: «Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá» (Jn 15:7).

Hay, sin embargo, muchas situaciones en que no es suficientemente claro saber cuál es su voluntad. En estas ocasiones debemos orar en línea con los principios generales de la Biblia, pidiéndole que obre a nuestro favor y diciéndole las peticiones que nos parecen mejor hasta donde podamos entender. Debemos hacerlo con actitud humilde, dándonos cuenta que estamos pidiéndole que obre solo si eso está en línea con su voluntad. A veces Dios nos concederá lo que pedimos. En otras ocasiones nos hará comprender más la situación para que nuestros corazones se inclinen a pedirle alguna otra cosa. Y en otras ocasiones parecerá que guarda silencio. En esos tiempos difíciles debemos contentarnos con saber que la voluntad de Dios en esa situación es incluso mejor que recibir lo que hemos pedido.

A pesar de esto, Jesús nos anima a pedir de tal manera que creamos que ya hemos recibido (es decir, que Dios ya ha decidido darnos) lo que pedimos (cf. Mr 11:24). Esta clase de fe no es algo que nosotros podamos crear u obligarnos a tener si en verdad no creemos; es un don de Dios que él a menudo da en medio de la oración. Esta «garantía de lo que se espera ... (y) certeza de lo que no se ve» (Heb 11:1), viene de una creencia de que Dios existe y «que recompensa(rá) a quienes lo buscan» (Heb 11:6).

Cualquier cosa en nuestras vidas que desagrada a Dios estorbará nuestras oraciones. Como el salmista explica: «Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el SEÑOR no me habría escuchado» (Sal 66:18). De modo similar, «El SEÑOR se mantiene lejos de los impíos, pero escucha las oraciones de los justos» (Pr 15:29). Y «los ojos del SEÑOR están sobre los justos, y sus oídos, atentos a sus oraciones; pero el rostro del SEÑOR está contra los que hacen el mal» (1 P 3:12).

Sin embargo, no necesitamos estar completamente libres de pecado a fin de que Dios pueda oír nuestras oraciones. Si Dios solo contestara las oraciones de personas perfectas y sin pecado, entonces Dios contestaría solamente las oraciones de Jesús. Y, como ya se dijo antes, es solo debido a la obra de Jesús a nuestro favor que Dios las oye. Lo que sí necesitamos, sin embargo, es buscar santidad en nuestras vidas, porque esta es a menudo la senda de mayor bendición

Cuando en efecto pecamos, Dios nos insta a usar su don de la oración para buscar su perdón. Cuando le confesamos nuestro pecado, eso restaura nuestra relación cotidiana con él; porque Dios es *fiel y justo* para perdonar nuestros pecados y no castigarnos por ellos (cf. 1 Jn 1:9), pues Cristo ya fue castigado por estos en la cruz. Con este estímulo no solo debemos buscar el perdón de Dios por el mal que sabemos que hemos hecho, sino que también debemos pedirle que nos perdone «aquellos de los que no (estamos) consciente(s)» (Sal 19:12). Además, Santiago nos anima a confesar nuestros

pecados «unos a otros» y a orar «unos por otros para que (seamos) sanados» (Stg 5:16).

Finalmente, a la luz de la obra de Dios a nuestro favor, debemos pedir cosas con actitud humilde, porque «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes» (Stg 4:6). Esto quiere decir, en parte, que nos damos cuenta de que no siempre estaremos pidiendo cosas como debemos o de acuerdo con la voluntad de Dios. Por consiguiente, a veces nuestras oraciones no serán contestadas como deseamos que lo sean.

Cuando nuestras oraciones no son contestadas nos unimos a la compañía de hombres como Jesús y Pablo cuyas oraciones, en ocasiones, no fueron contestadas. Jesús, antes de ser crucificado, le pidió a su Padre que «no (le hiciera) beber (ese) trago amargo». Pero su humildad y sumisión a la voluntad de Dios es evidente en la segunda parte de su oración: «pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22:42).

«Tres veces» Pablo le rogó al Señor que le quitara su aflicción, pero el SEÑOR no lo hizo así, sino que más bien le dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Co 12:8-9). Estas oraciones no contestadas no impidieron que Jesús o Pablo confiaran en un Dios el cual obra en «todas las cosas para el bien» (Ro 8:28). Dios todavía nos promete que «Nunca (nos) dejar(á); jamás (nos) abandonar(á)» (Heb 13:5). Por consiguiente, sea cual sea la situación, podemos decir con toda confianza que: «El SEÑOR es quien (nos) ayuda; no temer(emos). ¿Qué (nos) puede hacer un simple mortal?» (Heb 13:6).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué Dios quiere que oremos? ¿Cómo ha experimentado usted recientemente estos beneficios de la oración? Dedique un momento para orar, agradeciéndole a Dios por la manera en que le ha bendecido mediante la oración.
2. ¿Tiene Dios la obligación de darnos lo que le pedimos en oración? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Hay algo en su vida ahora mismo que pudiera estar estorbando sus oraciones? Si es así, dedique un momento para orar, pidiéndole a Dios que le perdone esas cosas.

6

¿Quiénes son los ángeles, Satanás y los demonios?

Hasta este punto, al considerar la creación de Dios, nos hemos limitado a hablar del campo físico. Pero también hay seres espirituales que Dios ha creado llamados ángeles y demonios. Satanás, también un demonio, es considerado la cabeza de ellos.

Ángeles

Los ángeles son seres espirituales creados con juicio moral y alta inteligencia pero sin cuerpos físicos. Son los guerreros de Dios y, como grupo, a menudo se hace referencia a ellos como las huestes (o ejércitos) del cielo. No siempre han existido; son parte del universo que Dios creó. Esdras afirma esto cuando dice de Dios: «Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas» (Neh 9:6).

Puesto que los ángeles son *espíritus* (cf. Heb 1:14), no tienen cuerpos físicos, porque como Jesús dice: «un espíritu no tiene carne ni huesos» (Lc 24:39). Por consiguiente, a los ángeles no se les puede ver a menos que el SEÑOR abra nuestros ojos espirituales (como lo hizo con Balaam en Números 22:31) o si ellos toman forma corporal para aparecerse a nosotros (como sucedió en la tumba de Jesús en Mateo 28:5). No obstante, normalmente los ángeles son invisibles mientras realizan sus actividades ordinarias de guardarnos en nuestros caminos (cf. Sal 91:11) y unirse a nosotros en nuestra adoración a Dios (cf. Heb 12:22). Ellos demostraron juicio moral cuando los otros ángeles *pecaron* y fueron arrojados del cielo (cf. 2 P 2:4). Expresaron inteligencia al hablar a los seres humanos (cf. Mt 28:5, p.e) y al entonar alabanzas a Dios (cf. Ap 4:11, p.e).

Los ángeles tienen gran poder. Se les llama *poderosos* (cf. Sal 103:20) y «supera(n) en fuerza y en poder» a los seres humanos injustos (2 P 2:11). Incluso así, Dios demuestra un mayor amor por los seres humanos que por los ángeles, porque «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4). En contraste, cuando Adán y Eva pecaron, aunque fueron expulsados del paraíso, no fueron arrojados al infierno. En lugar de encadenarlos, Dios les hizo ropa, cubriendo su vergüenza (cf.

Gn 3:21-23).

Conforme los ángeles obedientemente realizan los planes de Dios al ejecutar *su palabra* (cf. Sal 103:20), sirven como ejemplos para nosotros. También sirven como modelos para nosotros al adorar y glorificar continuamente a Dios (cf. Is 6:2-3, p.e). Nosotros debemos, por tanto, estar conscientes de la presencia invisible de los ángeles mientras andamos de aquí para allá en nuestras vidas diarias. Ellos pueden estarse uniendo a nosotros en adoración, protegiéndonos y guardándonos, e incluso visitándonos como extraños que buscan hospitalidad (cf. Heb 13:2). Pero no debemos orar a los ángeles ni adorarlos. Cuando Juan trató de adorar a un ángel, éste rápidamente le dijo: «¡No, cuidado! Soy un siervo como tú y como tus hermanos que se mantienen fieles al testimonio de Jesús» (Ap 19:10). Debemos adorar y orar a Dios; pero no debemos tratarlos de la misma manera que lo haríamos con él.

Demonios

Los demonios son ángeles malos que pecaron contra Dios y que continuamente hacen el mal en el mundo. Ellos son los ángeles a quienes «Dios no perdonó ... cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas» (2 P 2:4). Pero los demonios no empezaron siendo malos. Como parte de la creación original, fueron parte de «todo» lo que Dios hizo, y que él consideró «muy bueno» (Gn 1:31). Aunque la Biblia no nos dice específicamente cuándo Dios los expulsó del cielo, en algún momento entre la creación y la tentación que provocó Satanás hacia Eva para que pecara, estos demonios «no mantuvieron su posición de autoridad, sino que abandonaron su propia morada» (Jud 6).

Satanás es el nombre personal del jefe de los demonios. Se le menciona por nombre en pasajes tales como 1 Crónicas 21:1, en donde dice que él «conspiró contra Israel e indujo a David a hacer un censo del pueblo». En otro tiempo Jesús le respondió cuando le tentaba en el desierto, diciendo: «¡Vete, Satanás!» (Mt 4:10). Cuando los discípulos le dijeron a Jesús que los demonios se les sujetaba en su nombre, él les respondió: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10:18). La Biblia también usa los siguientes nombres para este líder maligno: «diablo» (cf. Mt 4:1), «serpiente» (cf. Gn 3:1) «beelzebú» (cf. Mt 10:25), «príncipe de este mundo» (cf. Jn 12:31), «poder de este mundo» (cf. Ef 2:2), y «el maligno» (cf. Mt 13:19).

Satanás fue «un asesino ... (desde el principio y es) un mentiroso» (Jn 8:44). El «diablo», nos dice 1 Juan 3:8, «ha estado pecando desde el principio». Él es el originador del pecado, habiendo pecado antes de que «con su astucia engañ(ara) a Eva» (2 Co 11:3). También trató de tentar a Jesús (cf. Mt 4:1-11) para que fracasara en su misión de «destruir las obras del diablo» (1 Jn 3:8). Satanás y sus

demonios tratarán de usar todo tipo de táctica destructiva para cegar las personas «para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo» (2 Co 4:4). También usarán artimañas destructivas como tentación, duda, mentiras, homicidio, culpa, temor, confusión, enfermedad, envidia, orgullo, calumnia y otras para estorbar el testimonio y utilidad del cristiano.

El diablo y sus demonios tienen poder limitado, y además Dios tiene el control de lo que pueden y no pueden hacer. Están «perpetuamente encarcelados en oscuridad» (Jud 6). Al mismo Satanás se le puede resistir exitosamente por la autoridad en Cristo: «Resistan al diablo, y él huirá de ustedes» (Stg 4:7). Estos seres no pueden saber el futuro, porque solo Dios puede declarar «el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir» (Is 46:10). Aunque pueden observar lo que hacemos diariamente (y de esto derivar conclusiones en cuanto a nuestros pensamientos o nuestro futuro), no pueden saber con certeza lo que estamos pensando o lo que depara nuestro futuro (cf. Dn 2:27-28, en donde nadie hablando por algún otro poder que el Dios del cielo podía saber el sueño del rey).

Actividad demoníaca

Como los ángeles de Dios, Satanás y sus demonios están activos en el mundo y hacen mucho mal. Pero no son los únicos responsables del mal. Mucho del pecado mencionado en la Biblia no es el resultado de estos seres sino de las acciones de las personas (cf. Stg 1:14). Con todo, la Biblia nos anima a «practi(car) el dominio propio y mant(enernos) alerta(s) ... (porque) el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (1 P 5:8). Por tanto se nos anima a *resistirle* (cf. 1 P 5:9) y a *no darle cabida* (cf. Ef 4:27).

Siendo que estos ataques vienen en varias formas y grados, los que creen en el Hijo deben darse cuenta que por su sacrificio en la cruz fue que se anuló el poder de quien tenía «el dominio de la muerte —es decir, (e)l diablo—» (Heb 2:14). En la cruz Dios: «Desarmó a los poderes y a las potestades, y por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal» (Col 2:15). Por consiguiente, si estos seres lanzan un ataque contra nosotros, debemos cobrar confianza en la victoria de Cristo y usar: «Las armas con (las) que luchamos ... (las) que tienen el poder divino para derribar fortalezas» (2 Co 10:4). A veces tal vez decidamos hablarle directamente a un espíritu malo, ordenándole en el nombre de Jesús que se vaya (cf. Lc 9:1; 10:17; Hch 8:7; 16:18; Stg 4:7). No debemos temerles a los demonios, porque «el que está en ustedes es más poderoso que el que está en el mundo» (1 Jn 4:4). Sin embargo, se nos advierte que no todo el tiempo debemos *alegrarnos de que puedan sometérse nos los espíritus sino más bien alegrarnos de que nuestros nombres estén escritos en el cielo* (cf. Lc 10:20).

En Romanos 16:20, Pablo les dice a los cristianos que «Muy pronto el Dios de paz aplastará a Satanás bajo los pies de (ellos)». Conforme las buenas nuevas del evangelio se predicán y las personas llegan a creer en Jesús, se gana otra

batalla espiritual. Algún día Cristo vendrá y eliminará por completo la influencia de Satanás y los demonios de este mundo (cf. 2 Ts 2:8; Ap 20:1-3).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿En qué se parecen los ángeles a nosotros? ¿En qué son diferentes de nosotros?
2. ¿Cuál es el papel primario de los ángeles en el mundo hoy?
3. ¿Cuáles son algunas cosas que la Biblia nos dice en cuanto a Satanás? ¿Cómo nos ponen estas cosas en guardia contra Satanás? ¿Cómo estas cosas nos quitan algunos temores que teníamos en cuanto a Satanás?

7

¿Qué es el hombre?

Después que Dios creó las plantas y los animales en la tierra, tenía algo más para crear: el pináculo de su creación:

«Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo con estas palabras: “Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo”» (Gn 1:27-28).

Dios no nos creó porque le faltara algo o necesitara algo. No estaba solo, ni necesitaba de alguien o algo para que le diera alabanza y gloria. Sin embargo, escogió crearnos para darle gloria. En Isaías 43:7 Dios dice: «el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado para mi gloria». Aunque se supone que este hecho da significación a nuestras vidas, a menos que entendamos lo que significa, solo puede parecer vacío e insulso. Dar gloria a Dios quiere decir darle gran honor y alabanza, y podemos hacerlo de varias maneras.

Creados para la gloria de Dios

Debido a que fuimos creados para gloria de Dios, nuestra meta última debe ser vivir para cumplirlo. Darle a él gloria proveerá a nuestras vidas propósito y significado; y el gozo que todos anhelamos. Darle a Dios gloria es parte de la vida de la que Jesús habló cuando dijo: «yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10:10).

Una de las maneras en que glorificamos a Dios es al disfrutar de él. Como David dice: «me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha» (Sal 16:11). Plenitud de gozo se halla al conocerle y deleitarnos en él. Cuando hacemos esto le damos la gloria que desea y que nosotros anhelamos darle. En medio de todo esto hallamos a Dios *deleitándose en nosotros con gozo y alegrándose por nosotros con cantos* (cf. Sof 3:17).

Creados a imagen de Dios

Si todo lo que la Biblia nos dijera en cuanto a nosotros mismos es que fuimos creados para gloria de Dios, eso sería algo maravilloso, pero en realidad no nos distinguiría mucho del resto de la creación. Porque: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal 19:1). Parte de nuestra singularidad, sin embargo, viene del hecho de que somos la única parte de la creación hecha «a imagen de Dios» (Gn 1:27).

Como criaturas hechas a imagen de Dios, fuimos hechos para ser semejantes a él. Por consiguiente, mientras más comprendamos en cuanto a Dios, más entenderemos en cuanto a nosotros mismos. Y mientras más comprendamos en cuanto nosotros mismos, más entenderemos acerca de Dios. Por ejemplo, somos criaturas morales, creados con un sentido innato del bien y del mal. Este es un reflejo del sentido perfecto de Dios del bien y del mal. Además, no somos criaturas meramente físicas; también somos espirituales; lo que quiere decir que somos semejantes a Dios, que es espíritu. Nuestro espíritu es un reflejo de la naturaleza de Dios y nos permite relacionarnos personalmente con él. Para mencionar otro ejemplo, nuestra capacidad de pensar, meditar, y procesar información es un reflejo del conocimiento de Dios. Y nuestra capacidad de relacionarnos con otros, así como nuestro deseo de comunidad, es un reflejo de la comunidad perfecta de Dios en la Trinidad. El Padre, Hijo y Espíritu Santo para siempre se han relacionado unos con otros perfectamente.

Debido al pecado, la imagen de Dios en nosotros está parcialmente distorsionada. Su imagen no se ve tan claramente como se veía una vez. Aunque la Biblia dice claramente que el hombre todavía es «cread(o) a imagen de Dios» (Stg 3:9), esa semejanza, contaminada por el pecado,

no se ve tal como se supone que se vería. Por ejemplo, el pecado distorsiona nuestro juicio moral, nubla nuestro pensamiento, y estorba nuestra comunión con otros.

Las buenas noticias son que la imagen de Dios está siendo restaurada en nosotros. Dios redime a sus hijos por la vida, muerte y resurrección de Jesús para que puedan ser «transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29), quien es «la imagen del Dios invisible» (Col 1:15). Pablo dice que los cristianos tienen una naturaleza, «que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10). Y mientras estamos aquí en la tierra, «somos transformados ... (a la imagen de Cristo) con más y más gloria» (2 Co 3:18).

Cuando Jesús regrese, todos los hijos de Dios llegarán a ser como él, porque «así como hemos llevado la imagen de aquel hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Co 15:49). Cristo «es la imagen de Dios» (2 Co 4:4) en un sentido perfecto. En Jesús vemos la semejanza de Dios tal como se supone que debe ser. Debido a él, a la larga seremos transformados para reflejar la imagen de Dios tal como se supone que debemos ser.

Responsabilidades como criaturas a imagen de Dios

Como criaturas hechas a imagen de Dios, también fuimos hechos para ser sus representantes en la Tierra. Tal como un rey coloca imágenes (como estatuas y retratos, por ejemplo) de sí mismo por todo su reino para mostrar que gobierna, Dios ha colocado, por medio nuestro, imágenes de Sí mismo por todo el mundo. Por eso les ordenó a Adán y Eva *que fueran fructíferos y que se multiplicaran por toda la tierra y la sometieran* (cf. Gn 1:28). Cuando ellos replicaron la imagen de Dios por toda la Tierra, expusieron todos los lugares en donde gobierna y reina. Y puesto que: «Del SEÑOR es la Tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan» (Sal 24:1), él desea que su imagen «llene la tierra» (cf. Gn 1:28). Cuando llenamos la Tierra con su imagen, exponemos todos los lugares donde él reina, gobierna y le damos la gloria que desea y merece.

Como representantes de Dios, también somos llamados a cuidar su tierra. Cuando Dios le ordenó a Adán y Eva *que sometieran la tierra y dominaran a todos los que se arrastraran por el suelo* (cf. Gn 1:28), lo hizo como un rey le dice a sus representantes que cuiden de su reino de manera que le honren. Por tanto, aunque somos libres para aprovechar la abundancia de la tierra de Dios, debemos hacerlo de manera que demuestre cuidado y respeto por su Creador. Cuando aprovechamos la oportunidad de hacer mejoras al mundo en que vivimos, estamos dándole a Dios la gloria que se merece al hacer que se parezca más a la forma en que lo diseñó.

Como portadores de la imagen de Dios, es decir, como representantes del Rey del universo, tenemos la asombrosa responsabilidad de ayudar a restaurar a su pueblo y a su tierra a la manera en que se supone que deben ser. Tenemos la oportunidad de trabajar junto con el Rey que hace «nuevas

todas las cosas» (Ap 21:5).

Por consiguiente, tenemos gran esperanza y respeto por toda persona: independientemente de su situación. Ellos, como nosotros, son la culminación de la creación divina infinitamente sabia y hábil. Tenemos el potencial de volver a la belleza de Jesucristo, «la imagen del Dios invisible» (Col 1:15), alejándonos del pecado y volviéndonos al Creador.

También tenemos gran esperanza y respeto por el mundo que Dios nos ha encargado. Anhelamos verlo volver a su estado original: un mundo sin «cardos y espinas» (Gn 3:18). Y conforme nos esforzamos gozosamente hacia esta meta, le damos a Dios la gloria que debemos rendirle.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cuál fue la razón por la que fuimos creados?
¿Cuáles son algunos ejemplos específicos de las formas en que podemos poner en práctica el propósito para el que fuimos creados?
2. ¿Qué quiere decir que fuimos creados a imagen de Dios? ¿Cómo afecta esto el concepto que tenemos de nosotros mismos?
3. ¿Cuáles son nuestras responsabilidades como portadores de la imagen de Dios? ¿Cuáles son algunas maneras en que usted y su iglesia pueden poner en práctica esas responsabilidades?

8

¿Qué es el pecado?

El pecado lo trastorna todo. No vivimos la vida tal como originalmente fue diseñada ni tampoco vivimos en el mundo en el cual fuimos diseñados. El pecado estropea la imagen de Dios en nosotros; ya no reflejamos la perfección que él nos dio para reflejar. Debido al pecado, las cosas simplemente ya no son de la manera en que se suponía. La historia de la raza humana, según se presenta en la Biblia, es la historia de Dios arreglando seres humanos destrozados que viven en un mundo de igual condición. Es la historia de la victoria de Dios sobre los muchos resultados del pecado en el mundo

¿Qué es el pecado?

El pecado es todo fracaso en cuanto a ajustarse a la ley moral de Dios en acción, actitud o naturaleza. Dios establece su ley moral en muchos lugares en toda la Biblia. Uno de tales lugares son los Diez Mandamientos, que se hallan en Éxodo 20:1-17. Si el pecado es toda acción contraria a la ley moral de Dios, tiene sentido que Éxodo 20:13 diga: «No mates», y que Éxodo 20:15 diga: «No robes». Pero también el pecado se halla en actitudes contrarias a la ley moral de Dios. Por eso Éxodo 20:17, dice: «No codicies la casa de tu prójimo: No codicies su esposa». El pecado también se halla en nuestra naturaleza, el carácter interno que es la esencia de lo que somos. Por eso Pablo dice que los que rechazan a Jesús son «por naturaleza objeto de la ira de Dios» (Ef 2:3).

Dios es eternamente bueno en su carácter; todo lo que él es se ajusta perfectamente a su ley moral. Por consiguiente, todo lo que es contrario a su ley moral es contrario a su carácter; es decir, contrario a Dios mismo. Dios aborrece el pecado porque contradice directamente todo lo que él es.

¿Cuál es el origen del pecado?

Puesto que el pecado está en completa contradicción a Dios, él no puede pecar, y nunca debemos echarle a Dios la culpa por el pecado o pensar que tiene la responsabilidad del pecado. «Sus obras son perfectas y todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4). Es imposible que Dios incluso desee hacer el mal, «Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie» (Stg 1:13). Sin embargo, la Biblia también dice que Dios «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11), así que pareciera que Dios de alguna manera ordenara que el pecado entrara en el mundo. El pecado no sorprendió a Dios cuando llegó al mundo, ni tampoco lo venció. Más bien, Dios decidió que permitiría que las criaturas morales voluntariamente escogieran pecar. Como él vincula estas dos verdades es una de las preguntas más difíciles de la teología, y es saludable que nosotros permitamos un elemento sustancial de misterio, admitiendo que una plena comprensión de eso está más allá de nuestra capacidad (¡El reconocimiento de que hay un misterio aquí también debe precavernos para no enredarnos en discusiones acaloradas sobre este tema!)

El pecado existió en Satanás y sus demonios antes de la desobediencia de Adán y Eva, y luego entró en el mundo y en la humanidad mediante estos seres. Dios le dijo a Adán: «del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer» (Gn 2:17). Así que cuando ellos comieron (cf. Gn 3:6), directamente contrariaron el mandamiento de Dios. De modo que ni Dios ni Satanás los obligaron (aunque fueron tentados por Satanás) a desobedecer; comieron voluntariamente y de igual forma pecaron.

Como resultado la naturaleza de Adán se volvió pecadora. El pecado llegó a hacer que Adán desobedeciera

naturalmente. El desacato de Adán también nos hizo heredar una naturaleza pecaminosa que naturalmente se opone a Dios y a su ley moral. Por eso Pablo dijo: «Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita» (Ro 7:18). Por eso Jeremías dijo: «Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?» (Jer 17:9). Por eso David dijo: «Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre» (Sal 51:5). Por eso «Los malvados se pervierten desde que nacen» (Sal 58:3).

Aunque nuestra tendencia heredada a pecar no quiere decir que somos tan malos como podríamos serlo, sí quiere decir que, como Adán después de pecar, somos incapaces por cuenta propia de hacer algo que agrade a Dios. Nos falta todo lo espiritualmente bueno y, por tanto, somos incapaces de hacer algún bien espiritual delante de Dios. Aunque desde el punto de vista humano pudiéramos hacer cosas que parecen ser buenas, para Dios «todos nuestros actos de justicia son como trapos de inmundicia» (Is 64:6).

Toda parte de nuestro ser queda afectada por el pecado: intelecto, emociones, deseos, corazón, metas, motivos e incluso cuerpos físicos. Todo esto está sujeto a la corrupción y a la destrucción causada por el pecado. Nuestras acciones, actitudes, y naturaleza nos hacen culpables de pecado.

De Adán recibimos no solo nuestra naturaleza pecaminosa, sino también su culpa producida por el pecado. La acción de Adán resultó no solo en su propia culpa, sino también en la culpa de todo otro ser humano. Como Pablo explica: «Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron» (Ro 5:12); y «por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores» (Ro 5:19). Por consiguiente, cuando Adán pecó, Dios nos consideró a todos como herederos de su pecado.

Aunque esto puede parecer injusto y difícil de creer, en

realidad es muy consistente con el patrón de Dios. «Porque así como por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores, también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Ro 5:19). Dios considera a la raza humana como un todo orgánico, una unidad, representada por Adán como su cabeza. También, como es claro en Romanos 5:19, él considera a una nueva raza de cristianos como un todo orgánico, una unidad representada por Cristo como su cabeza. No podemos aceptar esta segunda afirmación sin aceptar la primera.

Incluso si no creemos que somos considerados culpables debido al pecado de Adán, todos tendríamos que admitir que hemos quebrantado la ley moral de Dios bien sea por actitud o acción. Así que todos somos culpables de pecado y necesitamos una manera de arreglar cuentas con él. Las buenas noticias son que Dios ha diseñado al mundo de tal manera que nuestros fracasos individuales pueden ser redimidos por la obra de otro; nuestra desobediencia individual puede ser corregida por la obediencia de otro; nuestro pecado individual puede ser quitado por la impecabilidad de otro: Jesús.

¿Cómo nos afecta el pecado?

La Biblia es clara: «Ya no hay ser humano que no peque» (1 R 8:46); «No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!» (Sal 14:3); «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Ro 3:23); y Juan nos dice «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad» (1Jn 1:8). Por consiguiente, todos somos culpables ante Dios.

Dios dijo que la pena por comer del árbol del conocimiento del bien y del mal era la muerte (cf. Gn 2:17). La muerte, nos dice Pablo, es en realidad el castigo por todo pecado: «la paga del pecado es muerte» (Ro 6:23). Pero tal como Dios no impuso la pena de muerte de inmediato sobre Adán y Eva, no impone la pena de muerte de inmediato sobre nosotros. Es más, mediante la vida, muerte y resurrección de Jesús, Dios nos ofrece libertad de la condenación que trae el pecado. Pedro dice en cuanto a Jesús: «Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia» (1 P 2:24). Para los que acuden a Jesús para que sean perdonados sus pecados, «ya no hay ninguna condenación» (Ro 8:1).

Así, cuando pecamos como cristianos perdonados, nuestra posición legal ante Dios no es afectada. Seguimos siendo perdonados porque la muerte de Cristo pagó por todos nuestros pecados. Como Pablo nos dice: «Cristo murió por nuestros pecados» (1 Co 15:3); sin ninguna distinción entre pecados pasados, presentes o futuros. Aunque Juan nos dice que todos pecamos, también afirma que a pesar de esto «somos hijos de Dios» (1 Jn 3:2).

Aunque el pecado no afecta nuestra posición o estado delante de Dios, sí afecta nuestra comunión con Dios, porque él se aflige por nuestro pecado. Esto a menudo puede resultar en el correctivo de Dios en nuestras vidas puesto que «el

SEÑOR disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo» (Heb 12:6). Esta disciplina de amor es «para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad» (Heb 12:10). El pecado también puede afectar nuestra relación con otros; palabras y acciones pecaminosas pueden romper en una relación, incluso entre cristianos.

Aunque como cristianos todavía pecamos, no debemos participar en un patrón de largo alcance de desobediencia cada vez más grande a la ley moral de Dios, porque: «Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado» (1 Jn 3:9). Pero si alguien práctica el pecado; es decir, si alguien continúa en un patrón de desobediencia sin arrepentimiento, tal vez en verdad no haya puesto su confianza en Jesús para salvación. Es decir, el patrón de pecado de su vida puede mostrar que en realidad nunca ha sido un cristiano.

En contraste, cuando los cristianos pecan, deben confesar ferviente y rápidamente sus pecados a Dios. Cuando lo hacemos así, hallamos que Dios «es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Jn 1:9).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Qué es el pecado? ¿Cómo afecta nuestras vidas el mundo en el que vivimos?
2. ¿Continuarán los cristianos pecando? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Cuáles son algunos de los resultados negativos del pecado en la vida del cristiano? ¿Qué deben hacer los cristianos si pecan?
4. ¿Cómo fue derrotado el pecado? ¿Qué le hace sentir esto? Dedique un momento para orar, diciéndole a Dios cómo la derrota que él logró sobre el pecado le hace sentir a usted.

9

¿Quién es Cristo?

A través de la persona de Jesús, Dios estuvo físicamente en nuestro mundo. Un Dios infinito vino a vivir en un mundo finito. El que sabía exactamente cómo se suponía que debían ser las cosas, vino a un lugar en donde las cosas obviamente no eran así. En Jesús, Dios y el hombre se hicieron una persona; una totalmente diferente a los demás; una que el mundo jamás ha visto y jamás verá. Jesucristo fue, y por siempre será, plenamente Dios y plenamente hombre en una sola persona. Y esa persona singular cambió el curso de la historia para siempre.

Jesús: plenamente hombre

Jesús fue plena y completamente humano. Fue concebido en el vientre de su madre por la obra milagrosa del Espíritu Santo. Mateo 1:18 dice claramente que: «El nacimiento de Jesús, el Cristo, fue así: Su madre, María, estaba comprometida para casarse con José, pero antes de unirse a él, resultó que estaba encinta por obra del Espíritu Santo». Aunque se podrían decir muchas cosas en cuanto a esto, una cosa es clara: Jesús nació de una madre humana. Su nacimiento humano afirma su otra naturaleza.

Así como nosotros tenemos un cuerpo humano, también Jesús. Como niño, él «crecía y se fortalecía» (Lc 2:40) y, al desarrollarse, «siguió creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente» (Lc 2:52). Por ejemplo, se cansó de un viaje (cf. Jn 4:6); después de ayunar *tuvo hambre* (cf. Mt 4:2); y mientras estaba en la cruz dijo que: *tenía sed* (cf. Jn 19:28). Su cuerpo fue, en todo aspecto, tal como el nuestro.

Jesús resucitó de los muertos con un cuerpo humano que ya no estaba sujeto a debilidad, enfermedad o muerte. Les dijo a sus discípulos, que estuvieron aturcidos ante el Cristo resucitado: «Miren mis manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! Tóquenme y vean; un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo yo» (Lc 24:39). Jesús continúa residiendo en este cuerpo perfecto pero humano en el cielo.

La mente de Jesús fue como la nuestra. Él siguió un proceso de aprendizaje como todos los demás niños. Lucas, por ejemplo, nos dice que él «siguió creciendo en sabiduría» (Lc 2:52). Como todo niño normal, aprendió a hablar, leer, escribir y comer. En su naturaleza humana no sabía el día en que volvería a la tierra: «Pero en cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mr 13:32).

Además, Jesús sintió toda una variedad de emociones: Él se asombró por la fe del centurión (cf. Mt 8:10); él lloró por la muerte de su amigo Lázaro (cf. Jn 11:35); oró a Dios «con fuerte clamor y lágrimas» (Heb 5:7). Antes de su crucifixión dijo: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte» (Mt 26:38, RVR) y «Ahora todo mi ser está angustiado» (Jn 12:27).

Jesús fue como nosotros en todo aspecto excepto uno: Él nunca pecó. Por eso al fin de su vida pudo decir: «yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15:10). Por eso Pablo se refiere a Jesús como el «que no cometió pecado alguno» (2 Co 5:21). Pedro nos dice que Jesús «no cometió ningún pecado, ni hubo engaño en su boca» (1 P 2:22). Juan nos dice que «él no tiene pecado» (1 Jn 3:5). Claramente, Jesús es «uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado» (Heb 4:15).

Jesús tenía que ser plenamente humano para servir como nuestro representante perfecto y obediente. Su obediencia representativa como hombre está en contraste con la desobediencia representativa de Adán. Pablo dice que: «así como por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores, también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Ro 5:19). Si Jesús no fuera plenamente humano, su obediencia en lugar de nosotros no tendría significado.

Así como Jesús tenía que ser humano para vivir en nuestro lugar, también tenía que serlo en su muerte. Esto fue necesario debido a nuestra humanidad. Como Hebreos 2:17 nos dice que «era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso al servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo». Si Jesús no fuera plenamente humano, su muerte en lugar nuestro no tendría significado.

Además, la humanidad de Jesús (tanto como su deidad) le permite servir como «un solo Dios y un solo mediador entre

Dios y los hombres» (1 Ti 2:5). También quiere decir que como hombre, fue «tentado en todo de la misma manera que nosotros», por eso puede «compadecerse de nuestras debilidades» (Heb 4:15). «Por haber sufrido él mismo la tentación, puede socorrer a los que son tentados» (Heb 2:18).

Jesús: plenamente Dios

Como ya dijimos anteriormente, Jesús fue concebido en el vientre de su madre por la obra milagrosa del Espíritu Santo (cf. Mt 1:18). El nacimiento virginal de Jesús fue una obra sobrenatural de Dios. Por la obra del Espíritu Santo dentro de la madre de Jesús, María, lo divino y lo humano se unieron de una manera que jamás se hará en alguna otra persona.

Como vimos al hablar de la plena deidad de la Trinidad (véase Capítulo 3), la Biblia claramente dice que Jesús es plenamente Dios. Por ejemplo, Pablo escribe de Jesús en Colosenses 2:9: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo». Además, cuando los contemporáneos de Jesús le llamaron «Señor», estaban empleando un término que se usó más de seis mil veces en la traducción al griego del Antiguo Testamento para referirse a Dios, o «el SEÑOR». Por consiguiente, cuando los ángeles anunciaron el nacimiento de Jesús, diciendo: «Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el SEÑOR» (Lc 2:11), estaban afirmando que el mismo SEÑOR Dios había nacido.

Cuando se le preguntó si había visto a Abraham, Jesús respondió diciendo: «antes de que Abraham naciera, ¡yo soy!» (Jn 8:58). Los que le oyeron decir esto «tomaron piedras para arrojárselas» (Jn 8:59), pues en esa época cualquier dirigente religioso que se respetara habría hecho lo mismo si alguien aducía ser Dios. Entendieron que Jesús estaba apropiándose del mismo título que Dios exigió para sí mismo en Éxodo 3:14: «YO SOY EL QUE SOY».

En Apocalipsis 22:13, Jesús dice: «Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin». Esto es muy similar a lo que Dios Padre dijo al principio del mismo libro: «Yo soy el Alfa y la Omega —dice el SEÑOR Dios—, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Ap

1:8).

El profeta Isaías afirma que Jesús es el Rey que gobierna para siempre; papel que solo Dios puede llenar: «Se extenderán su soberanía y su paz, y no tendrán fin» (Is 9:7). Por eso Pablo dijo que Jesús es digno de adoración: «Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el SEÑOR, para gloria de Dios Padre» (Fil 2:9-11). Es por la divinidad de Jesús que Dios Padre dice: «Que lo adoren todos los ángeles de Dios» (Heb 1:6).

Jesús fue plenamente Dios. «Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud» (Col 1:19). Si Jesús no fuera plenamente Dios, no podría haber llevado el castigo completo del pecado por todo el mundo. Por lo tanto, si él no hubiera llevado el castigo pleno del pecado por el mundo como hombre sin pecado, no habría habido un pago válido por el pecado de alguien, y nadie podría ser salvado.

Jesús: plenamente Dios y plenamente hombre

Jesús fue plenamente Dios y plenamente hombre; fue plenamente ambos a la vez. El Hijo eterno de Dios tomó una naturaleza verdaderamente humana. Sus naturalezas divina y humana para siempre son distintas y retienen sus propiedades, aunque están eterna e inseparablemente unidas en una persona.

Probablemente esto es el milagro más asombroso de toda la Biblia: el Hijo eterno de Dios, siendo él mismo plenamente Dios, se hizo plenamente hombre y al hacerlo se unió a sí mismo a una naturaleza humana para siempre. Jesús, un hombre diferente de todo lo que jamás verá el mundo, eternamente, uniendo tanto lo infinito como lo finito, cambió para siempre el curso de la historia.

Preguntas para repaso y aplicación

1. Jesús es plenamente Dios. ¿Cuáles son algunas maneras en que esto lo anima?
2. Jesús es plenamente hombre. ¿Cuáles son algunas maneras en que esto lo anima?
3. Dedique un momento para orar y hablar directamente con Jesús, agradeciéndole por venir a la tierra y hacerse plenamente hombre por amor a usted.

10

¿Qué es la expiación?

Antes del nacimiento del Hijo de Dios, un ángel le dijo a su padre terrenal, José, que debía ponerle por nombre Jesús al niño que estaba formándose en el vientre de María, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21). Jesús, en efecto, salvó a su pueblo de sus pecados: tanto mediante su vida como su muerte. La obra que Jesús hizo al vivir y al morir para ganar nuestra salvación se le llama la expiación.

La causa de la expiación

La Biblia es clara: Cristo vino para ganar nuestra salvación debido al amor fiel (o misericordia) y justicia de Dios. Juan 3:16 afirma del amor de Dios lo siguiente: «‘Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna». Pablo afirma la justicia de Dios cuando escribe que él puso a Jesús «como propiciación» (Ro 3:25, RVR); es decir, como sacrificio que llevara su ira para que pudiera mirarnos favorablemente. Además dice que esto fue hecho «para así demostrar su justicia» y demostrar también que «Dios es justo» (Ro 3:25-26). En otras palabras; los pecados que Dios «pasó por alto» o no castigó antes de que Cristo viniera a la tierra, tenían que ser castigados de alguna manera para que Dios fuera «justo». Por consiguiente, alguien tenía que recibir el castigo por esos pecados, y ese fue Jesús. En su vida y muerte hallamos una plena expresión de la justicia (el pecado es castigado) y del amor leal de Dios (Dio a su Hijo para que sufriera el castigo).

La necesidad de la expiación

Aunque no era obligatorio que Dios salvara a alguien, en su amor escogió salvar a algunos. Una vez que tomó esa decisión, la justicia de Dios hizo necesario que Cristo experimentara la vida y la muerte que tuvo.

Después que Jesús resucitó de los muertos, retóricamente preguntó: «¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?» (Lc 24:26). Él sabía que no había otra manera para que Dios nos salvara excepto que él muriera en lugar nuestro. Jesús tuvo que sufrir y morir por nuestros pecados. Otros medios, tales como los sacrificios ofrecidos por los pecados antes de Cristo no tenían valor permanente, porque «es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados» (Heb 10:4). Jesús, «con su propia sangre (consiguió) un rescate eterno» (Heb 9:12), quitando los pecados «mediante el sacrificio de sí mismo» (Heb 9:26).

La naturaleza de la expiación

Sin embargo, si Cristo se hubiera ofrecido solamente a Sí mismo como sacrificio, ganando para nosotros el perdón de los pecados, tendríamos acceso solo a una salvación parcial. Aunque la culpa nos sería quitada, seríamos como Adán y Eva cuando fueron creados al principio: libres de culpa pero capaces de pecar y no teniendo ningún historial vitalicio de obediencia. A fin de entrar en comunión con Dios, necesitaríamos vivir una vida de perfecta obediencia.

Esta fue la razón por la cual Cristo tuvo que vivir en perfecta obediencia a Dios para que los méritos positivos de la misma pudieran ser contados a nuestro favor. Esto es lo que Pablo explica cuando dice: «por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Ro 5:19). Por eso Pablo no tenía en cuenta su propia justicia, sino que más bien se apoyaba en «la que se obt(enía) mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe» (Fil 3:9). Cristo, mediante su vida sin pecado, llegó a ser *nuestra justificación* (cf. 1 Co 1:30).

Jesús también experimentó una vida de sufrimiento. Fue, en las palabras de Isaías: «Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento» (Is 53:3). Sufrió cuando recibió los ataques y tentaciones de Satanás en el desierto (cf. Mt 4:1-11). Él «perseveró frente a ... (tremenda) oposición por parte de los pecadores» (Heb 12:3). Sufrió una aflicción tremenda por la muerte de su íntimo amigo Lázaro (cf. Jn 11:35). Fue mediante estos y otros sufrimientos que «aprendió a obedecer» (aunque nunca desobedeció) y «llegó a ser autor de salvación eterna para todos los que le obedecen» (Heb 5:8-9).

Conforme Jesús se acercaba a la muerte, sus sufrimientos aumentaron. Les hizo saber a sus discípulos algo de la agonía que estaba atravesando cuando dijo: «Es tal la angustia que

me invade, que me siento morir» (Mt 26:38). Cuando Jesús fue crucificado, sufrió una de las formas más horribles de muerte jamás concebidas por el hombre. En tanto que no necesariamente sufrió más dolor que algún otro ser humano, el padecimiento que experimentó fue inmenso.

Al ser crucificado, Cristo fue obligado a soportar una muerte lenta por sofocación producida por el peso de su cuerpo. Lo colocaron estirándolo sobre una cruz y lo sujetaron con clavos. Sus brazos sostenían la mayor parte de su peso corporal. La cavidad de su pecho estaba estirada arriba y hacia afuera, lo que hacía difícil que exhalara y después inhalara aire fresco. Para respirar tenía que empujarse con sus piernas poniendo todo el peso sobre los clavos que le atravesaban los pies, halándose a sí mismo sobre los clavos que le atravesaban sus manos, lo que enviaba feroz dolor por los nervios de sus brazos y piernas. Su espalda, llaga abierta por la flagelación, se restregaba contra la cruz de madera áspera y llena de astillas con cada respiración.

Pero el dolor físico no fue nada comparado con el dolor espiritual. Jesús nunca pecó. Jesús aborrecía el pecado. Sin embargo, voluntariamente tomó sobre Sí mismo todos los pecados de los que un día serían salvos. «Cargó con el pecado de muchos» (Is 53:12). Lo que aborrecía con todo su Ser fue derramado sobre Sí mismo. Como Pedro nos dice: «Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados» (1 P 2:24). «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador» (2 Co 5:21). Para redimirnos «de la maldición de la ley» (Jesús se hizo) «maldición por nosotros» (Gá 3:13).

Jesús enfrentó todo esto solo; «todos los discípulos lo abandonaron y huyeron» (Mt 26:56). Dios, su Padre, lo abandonó. Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27:46), porque en ese momento

quedó separado de la dulce comunión con su Padre celestial que había sido la fuente infalible de fuerza interna y de más grande gozo en una vida llena de tristeza. En la cúspide de su sufrimiento quedó solo.

Incluso más difícil que soportar el dolor físico, la angustia mental y el abandono completo, fue el dolor de llevar la plena ira de Dios sobre Sí mismo. Al llevar Jesús la culpa de nuestros pecados, Dios descargó sobre él toda la ira y castigo de todos los pecados. Jesús se convirtió en el objeto del intenso aborrecimiento del pecado y venganza contra el pecado que Dios pacientemente había acumulado desde el principio del mundo. Cristo necesaria y voluntariamente llevó el pleno castigo de nuestro pecado en la cruz. Así, mediante su muerte, la justicia de Dios quedó cumplida. Cristo «acab(ó) con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo» (Heb 9:26).

El resultado de la expiación

Cristo vivió en perfección y sin pecado, y sufrió una muerte horrenda para pecadores a fin de «salvar (a) su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21). Él pagó la pena que nosotros merecíamos pagar por nuestro pecado. Él soportó la ira que nosotros merecíamos llevar. Él venció la separación que nuestro pecado causó entre Dios y nosotros. Nos libró de la esclavitud causada por el pecado. Debido a la obra de Cristo a nuestro favor, Dios puede «libr(arnos) del dominio de la oscuridad» y traslad(arnos) «al reino de su amado Hijo» (Col 1:13). ¡Qué gran salvación!

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué fue necesario que Jesús viniera y viviera una vida perfecta en la tierra?
2. ¿Por qué fue necesario que Jesús muriera? ¿Podría él habernos salvado de alguna otra manera?
3. ¿Cómo puede su comprensión de la expiación hacerlo sentirse humilde? ¿Cómo le anima?

11

¿Qué es la resurrección?

La obra de Jesús en la tierra no terminó con su vida y muerte. Si hubiera acabado, «nuestra predicación no (serviría) para nada, como tampoco la fe de ustedes», y su *fe sería ilusoria* (1 Co 15:14,19). Pero Jesús resucitó de los muertos y ascendió al cielo como Rey victorioso y conquistador.

Detalles de la resurrección

Todos los cuatro Evangelios contienen relatos de la resurrección de Jesús (cf. Mt 28:1-20; Mr 16:1-8; Lc 24:1-53; Jn 20:1-21:25). En todo el libro de Hechos, los apóstoles continuamente hablan de la resurrección de Jesús, animando a la gente a confiar en él como el que está vivo y reina en el cielo. El resto del Nuevo Testamento depende enteramente de la ascensión de Jesús como Salvador vivo que reina como la cabeza de la iglesia recientemente formada. Dicho en forma sencilla, uno puede hallar amplia prueba de la resurrección de Jesús en todo el Nuevo Testamento.

La resurrección de Jesús no fue simplemente volver de los muertos como otros lo habían experimentado (tal como Lázaro en Juan 11:1-44). Más bien, cuando Jesús resucitó de los muertos, empezó una nueva clase de vida humana en la que tenía un cuerpo perfecto que ya no estaba sujeto a debilidad, envejecimiento, muerte o corrupción. Cuando resucitó de los muertos, tenía un cuerpo que viviría eternamente, porque Jesús se había revestido «de lo incorruptible, y de inmortalidad» (1 Co 15:53).

El nuevo cuerpo de Jesús seguía siendo físico. Cuando sus discípulas lo vieron «le abrazaron los pies» (Mt 28:9). Y los otros discípulos dijeron: «comimos y bebimos con él después de su resurrección» (Hch 10:41). Con su nuevo cuerpo «tomó el pan, lo bendijo, lo partió» (Lc 24:30). También invitó a Tomás a que tocará sus manos y su costado (cf. Jn 20:27). La Biblia es clara: Jesús resucitó físicamente de los muertos con un cuerpo hecho de *carne y huesos* (cf. Lc 24:39).

Resultados de la resurrección

En este sentido, a todos los que acudimos a él para salvación, «nace(mos) de nuevo mediante (su) resurrección ... para que tengamos una esperanza viva» (1 P 1:3). Es decir, Cristo obtuvo para nosotros una nueva vida futura que es como la que él tiene. Aunque nuestros cuerpos todavía no son como el suyo, nuestros espíritus ya han sido vivificados con nuevo poder de resurrección.

Este poder de resurrección nos ayuda a vivir como ha deseado y nos da el poder de obtener más y más victoria sobre el pecado. Debido a la resurrección podemos considerarnos «muertos al pecado» (Ro 6:11). Aunque no obtendremos perfección impecable en esta vida, Pablo con todo nos dice que «el pecado ya no tiene dominio sobre (nosotros)» (Ro 6:14); no nos gobiernan ni nos controla. Este poder de la resurrección también incluye el poder del Espíritu Santo que nos capacita para hacer la obra que Jesús nos comisionó (cf. Hch 1:8).

Además, la resurrección de Jesús asegura nuestra posición correcta ante Dios. Pablo, en Romanos 4:25, dice que Jesús fue «resuci(tado) para nuestra justificación». Cuando Dios lo resucitó estaba afirmando la obra de su Hijo a nuestro favor; estaba demostrando la aprobación de la obra de sufrimiento y muerte por nuestros pecados; estaba aseverando que esta obra estaba completa; y que la pena por el pecado quedó pagada y por consiguiente, no necesitaba seguir muerto. Por lo tanto, «Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas» (Heb 1:3). Él se sentó a la diestra de Dios porque su obra estaba completa.

Finalmente, puesto que «Dios resucitó al SEÑOR, (él) nos resucitará también a nosotros» (1 Co 6:14). Y «aquel que resucitó al SEÑOR Jesús nos resucitará también a nosotros con

él y nos llevará junto ... a su presencia» (2 Co 4:14). Esta resurrección es la certeza que nosotros también la experimentaremos. Pablo dice que en la resurrección de Jesús vemos un cuadro de lo que nos espera (cf. 1 Co 15:20). Cuando Jesús retorne, «seremos transformados» (1 Co 15:51); nuestro cuerpo mortal será convertido en inmortal (cf. 1 Co 15:53). En la resurrección final, nuestra resurrección, recibiremos un nuevo cuerpo tal como el que Jesús tiene ahora.

La ascensión de Jesús

Cuarenta días después de su resurrección (cf. Hch 1:3) Jesús condujo a sus seguidores justo fuera de Jerusalén, y «allí alzó las manos y los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se alejó de ellos y fue llevado al cielo» (Lc 24:50-51). Cuando dejó la tierra, se fue a un lugar específico: el cielo.

Una vez allá, Jesús fue: «Exaltado por el poder de Dios» (Hch 2:33). Dios «lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre» (Fil 2:9). Después de su ascensión, recibió la gloria, honor y autoridad que no había experimentado desde que se hizo hombre. Los coros angelicales ahora le entonan alabanzas: «¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!» (Ap 5:12). Por lo tanto, a la diestra de Dios, «es necesario que Cristo reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies» (1 Co 15:25).

La vida de Cristo provee un patrón para la nuestra. Así como su resurrección nos permite saber lo que a la larga nos sucederá, su ascensión también nos permite saber a dónde iremos. Así que esperamos *con ansiedad* (cf. Ro 8:19) el retorno de Cristo para que seamos sacados de este mundo y llevados a uno nuevo y glorioso. Entonces nosotros, con cuerpos perfectos, viviremos para siempre en ese mundo perfecto.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué fue importante que Jesús resucitara de los muertos? ¿Cómo sería su vida si Jesús no hubiera resucitado de los muertos?
2. ¿Qué resultados en su vida y en el mundo entero se han provocado por la resurrección de Jesús?
3. ¿Qué cosas de la resurrección de Jesús le hacen anhelar la suya?

12

¿Qué es la elección?

Ha habido mucha controversia dentro y fuera de la iglesia cristiana respecto a la doctrina de la elección (llamada también a veces «predestinación»). Podemos definir la elección como sigue: es un acto de Dios antes de la creación en la cual escoge a algunos para que sean salvados, no debido a algún mérito alcanzado por ellos, sino solo debido a su soberana buena voluntad. Muchos han pensado que esta doctrina, definida de esta manera, es problemática e injusta. Antes de saltar a conclusiones, sin embargo, es importante ver de dónde viene esta definición y, por consiguiente, esta doctrina.

Las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la elección

Varios pasajes del Nuevo Testamento parecen afirmar muy claramente que Dios ordenó de antemano los que habrían de ser salvos. Por ejemplo, cuando Pablo y Bernabé empezaron a predicar a los gentiles en Antioquía de Pisidia, Lucas escribe: «Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la palabra del SEÑOR; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna» (Hch 13:48). Lucas dice esto porque comprendió la verdad que Pablo expresaría más tarde en Efesios 1:4-6: «Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia». Pablo más adelante añade que «nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo», debemos vivir «para alabanza de su gloria» (Ef 1:12).

Dios nos salvó y nos llamó a Sí mismo, no debido a nuestra bondad, sino debido a su propósito y su gracia inmerecida en la eternidad pasada. Pablo dice que Dios es el que «nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo» (2 Ti 1:9).

La visión de Juan en Apocalipsis nos dice que la salvación individual, en este pasaje expresada como aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, quedó determinada «desde la creación del mundo» (Ap 17:8).

¿Qué significa esto?

Es importante resaltar que estos autores neotestamentarios a menudo presentan la doctrina de la elección como un consuelo para los que creen en Jesús. Por ejemplo, Pablo dice que Dios ha actuado y siempre actuará para el bien de los que él ha llamado: «Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» (Ro 8:28).

Pero, ¿cómo pudo Pablo saber esto? él da la razón en los siguientes versículos. Puede decirlo porque cuando mira el pasado distante, antes de la creación del mundo, ve que Dios nos «conoció de antemano (y) predestinó (para) ser transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29). Después, cuando Pablo mira el pasado reciente, halla que Dios, «A los que predestinó, también los llamó; (y) a los que llamó, también los justificó» (Ro 8:30). Y cuando Pablo mira hacia el futuro, ve que «a los que justificó, también los glorificó» (Ro 8:30) como ya había determinado que un día estuvieran, con cuerpos perfectos y glorificados por el hecho de creer en Cristo. De eternidad a eternidad Dios ha actuado y actuará teniendo en mente el bien de su pueblo. La elección es, de este modo, una causa de consuelo y seguridad de que Dios obrará para nuestro bien hoy. Y esto sucederá no debido a nuestras obras, sino debido a «su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo» (2 Ti 1:9).

Una respuesta natural a la obra de Dios a nuestro favor es que deberíamos vivir «para alabanza de su gloria» (Ef 1:12). Podemos, como Pablo hizo, dar gracias a Dios por los que él ha escogido (cf. 1 Ts 1:2-4), sabiendo que Dios es el responsable a la larga por la salvación de ellos y por todas las buenas cosas que la acompañan. Es más, Pablo dice que estamos obligados a dar gracias a Dios por tan gran salvación

(cf. 1 Ts 2:13). Elevar alabanzas a Dios por la salvación no deja ningún espacio para entonar nuestras propias alabanzas, porque nuestra salvación no es nuestra obra sino una dádiva de Dios (cf. Ef 2:8-9).

Sin embargo, esta verdad no debe llevarnos a pensar que nuestra obra de evangelización no tiene importancia. Cuando Dios escoge a las personas para que sean salvas, lo realiza por medios humanos. Por eso Pablo trabajaba tan arduamente para predicar el evangelio. Él dijo: «todo lo soporto por el bien de los elegidos, para que también ellos alcancen la gloriosa y eterna salvación que tenemos en Cristo Jesús» (2 Ti 2:10). Pablo sabía que Dios había escogido a algunos para que fueran salvos, y vio esto como un estímulo, no como una forma disuasiva para predicar el evangelio, aun si esto trajera gran sufrimiento. La elección era la garantía que tenía Pablo de que habría algún éxito en su evangelización, porque sabía que *algunas* de las personas a quienes les hablaría serían los elegidos y creerían en el evangelio y serían salvos. Es como si alguien invitara a Pablo a pescar y dijera: «Te garantizo que pescarás algunos peces, están allí esperándote».

Lo que esto no significa

Afirmar la doctrina de la elección *no* quiere decir que nuestras decisiones no importan o que nuestras acciones no tienen consecuencias. La doctrina de la elección tampoco requiere que afirmemos que existe un universo impersonal e inflexible controlado por una fuerza con las mismas características.

El Nuevo Testamento presenta el resultado entero de la salvación como algo producido por un Dios personal que ama profundamente a criaturas personales. «En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo» (Ef 1:4-5). El acto de Dios de elección fue permeado con amor personal por aquellos a quienes escogió (cf. Jn 3:16 y Ro 8:28). Es más, la Biblia continuamente nos ve como criaturas *personales* que toman *decisiones voluntarias* de aceptar o rechazar el evangelio. Por ejemplo, esto se ve claramente en la invitación al final de Apocalipsis: «El Espíritu y la novia dicen: “¡Ven!”; y el que escuche diga: “¡Ven!” El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida» (Ap 22:17). Estas y muchas otras invitaciones (cf. p.e, Mt 11:28) se dirigen a personas genuinas que son capaces de oír la invitación y responder a esta mediante una decisión voluntaria. Estas decisiones reales tienen consecuencias eternas, como se muestra en Juan 3:18: «El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios».

En tanto que una propia comprensión de la elección da valor real a nuestras decisiones y elecciones, no quiere decir que la decisión de Dios *se basó en* las nuestras. Cuando Dios escogió a los individuos «antes de la creación del mundo» (Ef 1:4), no lo hizo porque vio de antemano la fe de ellos o alguna decisión que tomarían. Pablo afirma esto en Romanos

8:29 cuando escribe: «Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó». Cuando el apóstol habla del conocimiento previo de Dios está pensando de él como conociendo a personas *a los que ... Dios conoció de antemano* a estos individuos en el contexto de una relación salvadora con ellos. Esto es diferente de hablar en cuanto a conocimiento previo de las acciones y decisiones de un individuo tal como la decisión a creer.

Es más, la Biblia nunca habla de fe (presente o futura) como la razón por la que Dios escoge a alguien. En Efesios 1:4-6, Pablo dice: «En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, *según el buen propósito de su voluntad*, para alabanza de su gloriosa gracia». Si la elección se basara en última instancia en nuestra decisión, eso sería reducir el amor de Dios, abaratar su gracia (porque entonces habría algún mérito de parte nuestra), y reducir la gloria que se le debe por nuestra salvación.

¿Somos realmente libres?

Muchos creen que si la doctrina de la elección es cierta, entonces no somos realmente libres. La dificultad al pensar de esta manera es que muchas distintas definiciones y presuposiciones rodean a la palabra «libres», y estas diferencias fácilmente llevan a malos entendidos y desacuerdos. En este caso es mejor usar un término distinto a «libre» para comunicar más cuidadosamente lo que queremos decir. Por ejemplo, la Biblia apela cientos de veces a nuestra capacidad de tomar decisiones *voluntarias* o escoger *voluntariamente* (ver los versículos arriba respecto a nuestra «decisión voluntaria» y también los mandamientos de la Biblia que nos piden que respondamos y obedezcamos). No se nos obliga a tomar decisiones contrarias a nuestra propia voluntad. En última instancia hacemos lo que *deseamos*. Tomar decisiones es parte de lo que es ser un ser humano a imagen de Dios, porque imitamos la propia actividad de Dios de decidir hacer cosas que son consistentes con su carácter.

Pero ¿quiere decir esto que Dios no tiene nada que ver con nuestras decisiones? ¿Queremos insistir en que Dios, nuestro Creador infinitamente poderoso y sabio, no puede influir, moldear y forjar nuestros corazones y nuestros deseos conforme a su plan? Es más, si Dios obra *mediante* nuestras decisiones y deseos para realizar su plan, esto preserva nuestra capacidad de escoger voluntariamente mientras que al mismo tiempo asegura que nuestras decisiones estarán de acuerdo con lo que él decidió y ordenó que sucediera.

Por consiguiente, si respondemos a la invitación de Cristo de una manera positiva, podemos sinceramente decir que nosotros *escogemos* responder a Cristo en tanto que también podemos decir que fue (de maneras que no podemos entender plenamente) ordenado por Dios. Si no podemos entender plenamente cómo estas dos cosas pueden ser verdad

al mismo tiempo, entonces debemos reconocer que hay un misterio aquí. Por lo menos en esta etapa de nuestra vida no podemos captar completamente este misterio. Y aunque no lo entendamos, debemos por lo menos asegurarnos de hablar de la manera en que la Biblia expone en cuanto a todo esto en todos los aspectos de su enseñanza.

Es más, Dios también nos creó para que nuestras decisiones fueran *reales*. Sin embargo, nuestras decisiones no tienen que ser absolutamente libres de toda la intervención de Dios a fin de que sean reales y voluntarias. Para colocar otro ejemplo, mientras que tomamos la decisión de respirar, Dios, como nuestro Creador y Sustentador, interviene intrincadamente en esa decisión, porque Dios «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). Además, porque Cristo continuamente «sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (Heb 1:3).

¿Qué pasa sobre aquellos que no creen, aquellos a quienes Dios no ha «elegido» o escogido? La Biblia nunca le echa la culpa a Dios del rechazo de alguien en cuanto a las afirmaciones de Cristo. El énfasis siempre está en las decisiones voluntarias de los que rehúsan creer, y la culpa para su incredulidad está en ellos. Como Jesús dijo en Juan 8:43-44: «¿Por qué no entienden mi modo de hablar? Porque no pueden aceptar mi palabra. Ustedes son de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir». Algunos que le rechazaron anteriormente escucharon por parte de él: «ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida» (Jn 5:40). Pablo, en Romanos 1:20, dice que todos los que rechacen la revelación clara de Dios dada a la humanidad *no tienen excusa*. Este es el patrón consistente en la Biblia: los que permanecen en incredulidad lo hacen así porque no están dispuestos a venir a Dios, y la culpa de tal incredulidad siempre está en los mismos que no creen, nunca en Dios. Una vez más reitero que probablemente nunca podremos entender plenamente en esta etapa de la vida cómo puede ser esto.

¿Es Dios realmente justo?

En este punto algunos objetarán que si la doctrina de la elección es cierta, entonces Dios realmente no es justo. Puesto que Dios escoge a algunos para salvar y a otros para dejarlos a un lado, decidiendo no salvarlos, parece que derramara su gracia de forma inequitativa.

Es importante entender lo que es realmente «justo» con respecto a la salvación. En verdad sería perfectamente justo que Dios no salve a *ningún* ser humano que ha pecado y se ha revelado en su contra, tal como lo hizo con los ángeles: «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4). Pero si en efecto salva a algún ser humano, esto es una demostración de gracia que va mucho más allá de los parámetros de equidad y justicia. Si Dios salvara solamente a cinco personas de toda la raza humana, eso sería misericordia y gracia. Si salvara a cien, eso sería misericordia y gracia asombrosa. Pero el hecho es que ha decidido salvar «una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas» (Ap 7:9). Esto es misericordia más allá de nuestra comprensión.

Pablo lleva este asunto a un nivel más hondo después de decir que «Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer» (Ro 9:18). Y asumiendo que alguien lo objetara, agrega: «Pero tú me dirás: “Entonces, ¿por qué todavía nos echa la culpa Dios? ¿Quién puede oponerse a su voluntad?”» (Ro 9:19). En esencia, Pablo está resaltando un interrogante muy común: ¿si es Dios el que decide en última instancia el destino de cada persona, entonces cómo puede ser esto justo? Incluso cuando los seres humanos toman decisiones voluntarias, determinando si van a ser salvos o no, si Dios en realidad de alguna manera está detrás de esas decisiones, entonces ¿cómo puede él ser justo?

Esto es lo que Pablo dice:

Respondo: ¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? «¿Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: “¿Por qué me hiciste así?”»¿No tiene derecho el alfarero de hacer del mismo barro unas vasijas para usos especiales y otras para fines ordinarios?

¿Y qué si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción? ¿Qué si lo hizo para dar a conocer sus gloriosas riquezas a los que eran objeto de su misericordia, y a quienes de antemano preparó para esa gloria? Ésos somos nosotros, a quienes Dios llamó no sólo de entre los judíos sino también de entre los gentiles. (Ro 9:20-24).

Pablo está esencialmente diciendo que hay un punto más allá del cual no podemos responderle a Dios o cuestionar su justicia. Dios ha hecho lo que ha hecho conforme a su voluntad soberana. Él es el Creador; nosotros somos las criaturas, y en última instancia no tenemos ninguna base desde la cual acusarle de inequidad o injusticia. Este cuestionamiento descrito en Romanos revela mucho en cuanto nuestros corazones y nuestra disposición de someternos a nuestro Creador soberano.

¿Quiere Dios que todos sean salvos?

Si la elección es cierta, entonces ¿quiere Dios con todo que todos seamos salvos? Sí, y esto se afirma en algunos pasajes bíblicos. En 1 Timoteo 2:4, Pablo escribe de Dios nuestro Salvador que «él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad». Pedro afirma lo mismo cuando escribe que el SEÑOR «tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9).

En tanto que algunos discreparán en la interpretación de estos versículos, la mayoría estará de acuerdo, al reflexionar, que hay algunas cosas que Dios desea más que otras. Muchas veces los que no están de acuerdo con la doctrina de la elección dirán, basados en estos versículos y otros, que Dios desea preservar el libre albedrío del ser humano más que lo que él desea salvar a toda persona. Pero los que sostienen la doctrina de la elección dirán que Dios desea promover su gloria más que lo que desea salvar a toda persona. Y que pasajes como Romanos 9 indican que su gloria es promovida al salvar a algunos pero no a todos. (Cristianos en ambos lados del debate concuerdan que no todos serán salvos). ¿Cómo pueden ambos lados decir que Dios *desea* que todos sean salvos, conforme a versículos como 1 Timoteo 2:4 y 2 Pedro 3:9? Estos versículos nos dicen lo que Dios ordena que hagamos y qué acciones le agradan (es decir, arrepentirse y creer en Cristo). En este sentido, él verdaderamente «desea» y «quiere» que toda persona sea salva. Esto es lo que a veces se llama su voluntad «revelada»: lo que él les dice a todos en la tierra que deben hacer. Pero tales versículos no están hablando acerca de los planes secretos y ocultos de Dios desde toda la eternidad de escoger a algunos para salvarlos.

La verdad de que no todos serán salvos es una de las doctrinas bíblicas más difíciles de considerar. La Biblia indica que incluso Dios siente gran tristeza cuando piensa en los que

no serán salvos. «“Tan cierto como que yo vivo —afirma el SEÑOR omnipotente—, que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva. ¡Conviértete, pueblo de Israel; conviértete de tu conducta perversa! ¿Por qué habrás de morir?”» (Ez 33:11). Cuando Jesús se acercó a Jerusalén, *lloró por ella* (Lc 19:41), pensando en todos los que lo rechazaban diciendo: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!» (Mt 23:37). Y el apóstol Pablo afirma: «Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor» (Ro 9:2) cuando piensa en sus compatriotas judíos que han rechazado a Cristo. El amor que Dios ha puesto por nuestros semejantes y el que nos ordena tener por el prójimo nos causan gran tristeza cuando nos damos cuenta que no todos serán salvos. Y sin embargo, el castigo de los pecadores es un resultado ecuánime de la justicia de Dios, y no debemos pensar que esté errado.

Además, Dios les da a todos los seres humanos innumerables bendiciones en esta vida que no son parte de la salvación. A esta doctrina a veces se le llama «gracia común» porque se refiere a una manifestación de la gracia de Dios que es común a todo ser humano y es diferente de la gracia salvadora.

Gracia común

Cuando alguno de nosotros peca consigue solo una cosa: separación eterna de Dios. Merecemos que se nos prive de experimentar todo bien de Dios e ir para siempre al infierno, recibiendo solo su ira eternamente. Como lo resalta Pablo: «la paga del pecado es muerte» (Ro 6:23). Pero el castigo por el pecado no se siente de inmediato. Más bien, toda la humanidad, independientemente de si en última instancia recibe la gracia o el castigo de Dios, continuará recibiendo muchas bendiciones mientras esté en la tierra.

A veces esas dádivas pueden ser físicas. Jesús dice que Dios «hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos» (Mt 5:45). El Creador del universo cuida que todo ser humano, los que creen o rechazan las afirmaciones de Jesús, reciban de la abundancia de su tierra.

La gracia de Dios también se ve en el ámbito intelectual. Aunque Satanás «es un mentiroso (y) ¡Es el padre de la mentira!» (Jn 8:44), incluso los que rechazan las afirmaciones de Jesús no están entregados por completo a la falsedad e irracionalidad. Más bien, muchos que claramente rechazaron a Dios han hecho descubrimientos e invenciones increíbles. Lo hicieron sin saber que los iluminaba Jesús, «Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano» (Jn 1:9). Cuando nos favorecemos de estos avances nos estamos beneficiando, en última instancia, de la gracia común de Dios.

Esta gracia común se ve en muchos otros aspectos de la vida: el ámbito moral (los seres humanos no son tan malos como podrían ser), el ámbito creativo (podemos producir y apreciar muchas diferentes clases de cosas buenas y hermosas), el ámbito de la sociedad (muchas comunidades, instituciones y gobiernos protegen y proveen para sus miembros y constituyentes), e incluso en el ámbito religioso

(Jesús les dice a sus seguidores en Mateo 5:44 que oren por los que los persiguen, mostrando que Dios responde a muchas oraciones que se elevan para beneficio de los no cristianos).

Aunque la gracia común no salva a los seres humanos, el hecho que Dios retarde su juicio permite que muchos vengan a la salvación: «El SEÑOR no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9). Tal gracia común ya demuestra una gran medida de bondad y misericordia de Dios hacia toda la humanidad. Su continuo derramamiento de bendiciones sobre todo ser humano le mostrará como justo en el día del juicio cuando finalmente castigue a los que los rechazaron. Finalmente, como en todas las cosas, el hecho de que Dios otorgue gracia común a todo ser humano demuestra su gloria mediante la imitación que ellos hacen de su carácter en sus actividades. Por consiguiente, podemos apreciar y disfrutar la manifestación de la gracia de Dios por medio de toda persona, reconociendo que en última instancia Dios merece la alabanza y gloria por estas bendiciones.

Todo es gracia

La doctrina de la elección nos demuestra que Dios nos ama, no por lo que somos o lo que hayamos hecho o vayamos a hacer, sino simplemente porque decidió amarnos. Por consiguiente, nuestra respuesta apropiada a Dios es darle alabanza por toda la eternidad. Nuestra respuesta idónea a los demás es humildad, puesto que individualmente no podemos hacer ningún reclamo de ninguna porción de la gracia de Dios, todo es una dádiva de él.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Como se regocija usted al comprender la doctrina de la elección? ¿Qué parte de esta le causa cuestionamientos?
2. A la luz de la doctrina de la elección, ¿de qué maneras tienen significado sus decisiones?
3. ¿Puede usted mencionar algunas maneras específicas en las que ha visto recientemente a Dios bendiciendo su creación mediante gracia común? Dedique un momento para orar, agradeciendo a Dios por ejemplos específicos de gracia que ha dado a toda persona.

13

¿Qué quiere decir convertirse en cristiano?

Pablo presenta un orden en el cual vienen a los cristianos las bendiciones de la salvación cuando escribe en Romanos 8:30: «A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó». Ya consideramos la predestinación en el capítulo previo; ahora, en los próximos cuatro capítulos, hablaremos de otros aspectos mencionados en este versículo.

Llamamiento efectivo

El llamamiento al que Pablo se refiere en Romanos 8:30 no es el tipo de «llamamiento» al que algunos a veces se refieren al dar la razón por la que escogieron un trabajo en lugar de algún otro, o escogieron hacerse miembros de cierta iglesia. Más bien, este llamamiento tiene que ver con los que fueron «predestinados» y que llegaron a ser «justificados». Es decir, es un llamamiento que vino específicamente a todos los que son cristianos en Jesús.

Este tipo de llamamiento es una convocatoria del Rey del universo; es un citatorio que no se puede negar y que produce en nuestros corazones la respuesta deseada. Este llamado es un acto de Dios Padre, hablando mediante la proclamación humana del evangelio, en la cual nos invita de una manera que respondemos con fe que salva. Debido a que viene de Dios y siempre resulta en fe que salva, a veces se le menciona como *llamamiento efectivo*.

Cuando Dios llama a los seres humanos de esta manera poderosa, los llama «de las tinieblas a su luz admirable» (1 P 2:9); para «tener comunión con su Hijo Jesucristo» (1Co 1:9; cf.. Hch 2:39) y «los llama a su reino y a su gloria» (1 Ts 2:12; cf.. 1 P 5:10; 2 P 1:3). Los que han sido llamados por Dios le pertenecen a Jesucristo (cf. Ro 1:6). Son llamados a «ser santos» (Ro 1:7; 1 Co 1:2) y han venido al ámbito de la paz (cf. 1 Co 7:15; Col 3:15), libertad (cf. Gá 5:13), esperanza (cf. Ef 1:18; 4:4), santidad (cf. 1 Ts 4:7), paciencia perseverante en el sufrimiento (cf. 1 P 2:20-21; 3:9), y vida eterna (cf. 1 Ti 6:12).

Llamamiento general y el llamado del evangelio

Pero hay un sentido más amplio de «llamamiento» que se refiere a toda predicación del evangelio a toda persona, sea que ella responda o no. La distinción del llamamiento efectivo, que siempre recaba respuesta podemos entenderlo como «llamado del evangelio» en general; que se extiende a toda persona; y que a veces se menciona como un *llamamiento externo o llamamiento general*.

El llamado del evangelio se extiende por la predicación humana del evangelio. Pablo lo dice claramente en 2 Tesalonicenses 2:14, cuando les escribe a los cristianos que su llamamiento de Dios vino por «nuestro evangelio»; es decir, el evangelio que Pablo y otros les predicaron. Por eso es importante que proclamemos intrépidamente el mensaje del evangelio, confiando en que Dios, mediante su llamamiento efectivo, hará lo que hizo con Lidia en Hechos 16:14: «el SEÑOR le abrió el corazón para que respondiera al mensaje de Pablo».

No todos los llamamientos del evangelio son efectivos. La tarea de los cristianos es explicar el mensaje del evangelio; es tarea de Dios hacer efectivo ese mensaje o llamado.

Elementos del llamado del evangelio

Hay tres elementos clave que deben ser parte de todo llamado del evangelio: una explicación de los hechos respecto a la salvación, una invitación a responder a Cristo personalmente en arrepentimiento y fe, y una promesa de perdón y vida eterna.

Los hechos respecto a la salvación son básicamente estos:

1. Todos hemos pecado (cf. Ro 3:23).
2. La pena de nuestro pecado es muerte (cf. Ro 6:23).
3. Jesucristo murió para pagar la pena por nuestros pecados (cf. Ro 5:8).

Pero simplemente explicar estos puntos no es suficiente. Debe haber una invitación a arrepentirse y a creer personalmente estas buenas noticias. Una invitación así, originalmente dicha por Jesús hace muchos años y que se halla en Mateo 11:28-30, debe ser oída como si él se la estuviera diciendo hoy: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana».

A los que responden con fe al llamado del evangelio, Dios les promete que sus pecados serán perdonados y que recibirán vida en él. «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). Como Jesús dijo en Juan 6:37: «al que a mí viene, no lo rechazo».

Cómo se recibe el llamado

Después de que se extiende la invitación a responder al evangelio, Dios debe producir un cambio en el corazón del individuo antes que este pueda responder con fe. A este cambio, un acto secreto de Dios en el que él nos imparte nueva vida espiritual, a veces se le llama regeneración. Nosotros no desempeñamos ningún papel aquí en esta regeneración; es completamente un acto de Dios.

Este cambio de corazón se describe en Ezequiel 36:26: «Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne».

Este suceso instantáneo lo cambia todo. Una vez que sucede esto en los que lo reciben son, en las palabras de 2 Corintios 5:17, «nueva creación». Este cambio, aunque no siempre se lo comprende de inmediato, resulta en un corazón transformado que conduce a un carácter transformado y que produce una vida transformada. Todos los aspectos de la vida son cambiados. Un individuo regenerado debe esperar un nuevo amor hacia Dios y su pueblo (cf. Mt 22:37-40), una obediencia de corazón a sus mandamientos (cf. Jn 14:15), y unos rasgos de carácter semejantes al de Cristo, características que Pablo llama el fruto del Espíritu (Gá 5:22-23).

Cómo se responde al llamado

Una vez que Dios ha convocado mediante un llamado efectivo y cambiado el corazón de la persona mediante la regeneración, la respuesta necesaria es arrepentimiento y fe. Pero puesto que el llamado del evangelio es un llamado personal, exige una respuesta personal. La respuesta voluntaria, personal e individual al llamado del evangelio, en el cual la persona sinceramente se arrepiente de sus pecados y pone su confianza en Cristo para la salvación, se llama conversión.

Simplemente saber y afirmar los hechos de la salvación según se indican arriba en el llamado del evangelio no basta. La verdadera fe que salva, en tanto que incluye conocimiento (saber los hechos de la salvación) y aprobación (convenir que los hechos son verdad), también requiere confianza. Por consiguiente, el que tiene verdadera fe que salva ha pasado de investigar las afirmaciones de Jesús a creerle que esas afirmaciones son verdad, y de creer en él que esas afirmaciones son ciertas para el perdón de pecados y vida eterna. Si tengo verdadera fe que salva ya no simplemente creo en hechos en cuanto a Jesús; más bien, personalmente confío en que Jesús *me* salva. La Biblia usa un lenguaje muy claro para describir esa confianza personal: no simplemente tenemos que «creerle a Jesús» (es decir, creer que lo que él dice es verdad), sino que tenemos que «creer en él» (es decir, poner confianza personal en él y depender de él): «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que *cree en él* no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16).

Esta confianza incluye dos aspectos: arrepentimiento y fe. Pablo predicó un evangelio «del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro SEÑOR Jesucristo» (Hch 20:21, RVR). El autor de Hebreos dice que los primeros dos

elementos de la enseñanza cristiana fundamental son «el arrepentimiento de las obras que conducen a la muerte (y) la fe en Dios» (Heb 6:1). Arrepentimiento quiere decir una decisión consciente de alejarse de los pecados, y fe quiere decir acudir a Cristo para que perdone esos pecados. Esta clase de fe es admitir que uno no puede salvarse por sí mismo y al mismo tiempo creer que Cristo sí puede hacerlo.

El arrepentimiento y la fe son en realidad dos lados de la misma moneda. Porque cuando genuinamente renuncio y dejo mi pecado, entonces acudo con fe a Cristo, confiando solo en él para mi salvación. Y este arrepentimiento y fe inicial proveen un patrón para emprender actitudes continuas de un corazón arrepentido y una fe que continúan por el resto de la vida del cristiano. Como Pablo escribe en Colosenses 2:6: «Por eso, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como SEÑOR, vivan ahora en él».

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Como puede alguien llegar a ser cristiano?
2. ¿Puede usted explicar lo que quiere decir verdaderamente creer en Jesús? ¿Qué quiere decir arrepentirse de los pecados?
3. ¿Cómo pueden los cristianos dar evidencia de su creencia en Jesús?

14

¿Qué es la justificación y qué es la adopción?

Pablo escribe en Romanos 8:30 que aquellos a quienes Dios llamó «también justificó». Ya hablamos del «llamamiento» en el capítulo anterior. En este hablaremos de lo que Dios hace después que efectivamente llama a alguien y después que esa persona responde positivamente al llamado de Dios en arrepentimiento y fe que salva.

Justificación es una declaración legal de parte de Dios

Cuando alguien responde al llamado de Dios en arrepentimiento y fe, él responderá a esa fe considerando que los pecados de esa persona quedan perdonados y considerando la justicia de Cristo como herencia hacia esa persona. En ese mismo momento Dios también declara que la misma es justa a su vista. Este acto de Dios se llama «justificación». Justificación es un acto legal e instantáneo de Dios en el que él: (1) considera nuestros pecados como perdonados y considera la justicia de Cristo como perteneciéndonos a nosotros y, por consiguiente, (2) nos declara «justos» o moralmente honrados a su vista.

Pablo dice claramente que esta justicia viene *después* que respondemos al llamado del evangelio con fe y que la justificación es la respuesta de Dios a esa fe. En Romanos 3:26, Pablo escribe que Dios es «el que justifica a los que tienen fe en Jesús» y en 5:1 que somos «justificados por fe». También escribe: «que nadie es justificado por las obras que demanda la ley sino por la fe en Jesucristo» (Gá 2:16). Estos versículos claramente muestran que la justificación es por fe.

(Cuando Santiago dice que una persona es declarada «justa por las obras» (Stg 2:24), no está contradiciendo a Pablo, sino que está usando «justificado» en un sentido diferente, no queriendo decir «ha sido declarado justo por Dios», sino «que muestra ser justo ante otros seres humanos», como es claro del contexto de Santiago 2:18-26, donde habla de la evidencia externa que una persona de fe).

Una declaración de que somos justos ante Dios

Justificación es una declaración legal de parte de Dios; es cuando actúa como juez, declarando que un individuo es justo a su vista. Si Dios lo ha declarado justo a su vista, usted no tiene que pagar la pena por sus pecados pasados, presentes o futuros. Como Pablo escribe en Romanos 8:1: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús». Es más, en 8:33 Pablo dice claramente que nadie puede acusar o condenar a los elegidos de Dios. Aquellos a quienes Dios ha justificado tienen pleno perdón de sus pecados.

Los pecados de los justificados se consideran perdonados porque Dios considera que estos pecados le pertenecen a Cristo, y Cristo ya ha pagado la pena por esos pecados. Pero no solo que Dios considera esos pecados como perteneciéndole a Cristo, sino que también considera que la justicia de Cristo nos pertenece a nosotros. Cristo tomó el lugar de la culpa que todos merecíamos para que pudiéramos tomar el lugar de aceptación que todos anhelamos. Como se afirma: «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios» (2 Co 5:21). Debido a la obra de Cristo a nuestro favor, Dios puede, mediante la justificación, considerar nuestros pecados plenamente perdonados y considerarnos plenamente aceptables y justos a su vista.

Justificación sólo por fe

Pablo explica que somos «justificados» por la gracia de Dios «por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó» (Ro 3:24). En Efesios 2:8-9, Pablo es claro cuando escribe: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte». La justificación viene como resultado de la gracia de Dios (lo que quiere decir que no la merecemos), y viene como respuesta de Dios a nuestra fe (que es lo opuesto de depender de nosotros mismos o de nuestras buenas obras).

Aunque la justificación viene como un acto de Dios en *respuesta a* nuestra fe, eso no quiere decir que nuestra fe tiene algún mérito ante Dios. No es nuestra fe lo que nos hace ganar el favor ante Dios. La Biblia es clara: la justificación se basa solamente en los méritos de la obra de Cristo (cf. Ro 3:24); y nunca se basa en algún mérito de nuestra fe. Estas son realmente noticias maravillosas porque quiere decir que no tenemos que producir valor o hacer pagos por cuenta propia por nuestros pecados. Podemos mirar a Dios, a través de Cristo, para que nos dé gratuitamente lo que sabemos que nosotros no podemos darnos.

La doctrina de la justificación fue la diferencia central entre protestantes y católicos romanos en tiempos de la Reforma. Martín Lutero en Wittenberg, Alemania, en 1517, y los demás protestantes que le siguieron, insistieron que la justificación era «solo por la fe», en tanto que los católicos romanos respondieron que la justificación era por fe más el uso de los «medios de gracia», que se hallan en los llamados sacramentos de la iglesia (tales como el bautismo, la confirmación, la eucaristía o Cena del SEÑOR, según se experimentaban en la misa y la penitencia). La doctrina protestante de la justificación dice que somos plenamente

justificados por Dios al instante en que creemos, porque: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). La doctrina católica romana dice que no somos plenamente justificados sino hasta que nuestras vidas queden completamente limpias del pecado, lo que no ocurrirá sino después de que muramos y hayamos sido purificados en el purgatorio. (Los protestantes afirman que no hay purgatorio). Estas diferencias entre protestantes y católicos romanos en cuanto a la justificación continúan.

Adopción: membresía en una nueva familia

Además de la justificación, hay otro privilegio dado a los que miran a Dios para su salvación: Él nos hace miembros de su familia. Esta acción de Dios se llama adopción.

En Juan 1:12 se nos dice que a todos los que recibieron a Cristo, «a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios». Este no es un privilegio disponible para todo ser humano; Pablo dice en Efesios 2:2-3 que los que no creen en Cristo son «los que viven en la desobediencia» y serán «objeto de la ira de Dios».

Debido a que a los cristianos son considerados hijos de Dios, muchos de los beneficios de la adopción se pueden experimentar. Como hijos de Dios tenemos el privilegio de una relación íntima con Dios, a quien podemos llamar nuestro Padre (cf. Ro 8:15). No tenemos que vivir como esclavos sintiendo temor en relación a la obediencia; más bien somos libres para disfrutar del gozo de vivir como herederos de todas las bendiciones que Dios derrama y desea derramar abundantemente sobre sus hijos (cf. Ro 8:15,17).

Nosotros, que somos adoptados por Dios, experimentamos ahora algunas de las bendiciones y beneficios de ser sus hijos, pero no experimentaremos estas bendiciones por completo sino hasta que Cristo vuelva. Por un lado «ahora somos hijos de Dios» (1 Jn 3:2), pero por otro, «gemimos interiormente», esperando el día en que en las bendiciones completas de nuestra adopción nos lleguen (Ro 8:23).

Sin embargo, aunque las vidas de los hijos de Dios se caractericen por mucha bendición, también se caracterizan por el sufrimiento (cf. Ro 8:17). Estos últimos, promete Pablo, «en nada se comparan ... con la gloria que habrá de revelarse en nosotros» al retornar de Cristo (Ro 8:18). Ese será el día cuando Dios mismo «enjugará toda lágrima de los ojos» y cuando muerte, lamento, llanto y dolor «(dej(en) de

existir» (Ap 21:4).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Que quiere decir ser justificado?
2. ¿Cómo son justificados los cristianos? ¿Cree usted realmente que ha sido justificado de una vez por todas?
3. Si usted es cristiano, ¿cómo le hace sentir el Hecho de ser parte de la familia de Dios? ¿Por qué le hace sentirse de esa manera? ¿Puede mencionar algunas bendiciones específicas que vienen de la adopción?

15

¿Qué es la santificación y qué es la perseverancia?

Como ya se mencionó en el capítulo 13, la conversión, o sea el arrepentimiento de nuestros pecados y confianza en Dios para la salvación, establece el patrón para el resto de la vida cristiana. El arrepentimiento y la fe resultan en la justificación; pero el arrepentimiento y la fe también ayudan a lo que a veces se llama la *santificación*. Esta es una obra progresiva de Dios con y en el cristiano para hacerlo cada vez más libre de pecado y más semejante a Cristo en su vida. Dios y sus hijos cooperan en esta obra; cada uno desempeñando papeles distintos. Sin embargo, aunque los cristianos pueden esperar progresar en la santificación, nunca lograrán la perfección sino hasta cuando Cristo regrese.

La santificación es un proceso

La santificación empieza en el momento de la regeneración (la dádiva de Dios de una nueva vida espiritual) y aumenta durante toda la vida. En la regeneración, dice Pablo, los cristianos son «liberados del pecado» (Ro 6:18); así debemos considerarnos: «muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús... Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes» (Ro 6:11,14). Esta ruptura inicial del poder del pecado quiere decir que los cristianos ya no están gobernados o dominados por el pecado y que ya no lo aman.

Pero, puesto que la santificación es un proceso, nunca estaremos completamente libres del pecado en esta etapa de la vida. Como 1 Juan 1:8 dice: «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad». O, como está escrito en Eclesiastes 7:20: «No hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peque». Sabiendo esto, Jesús ordenó a sus discípulos orar (en lo que parece ser a diario): «Perdónanos nuestros pecados» (Lc 11:4).

Una vez que los cristianos mueren y van a estar con Dios, su santificación queda completa porque sus almas, ahora perfeccionadas, están libres del pecado que moraba en ellas. El autor de Hebreos dice que cuando venimos a la presencia de Dios para adorar nos acercamos «a los espíritus de los justos que han llegado a la perfección» (Heb 12:23). Esto es apropiado solo debido a que es un anticipo del hecho de que: «Nunca entrará ... nada impuro» (Ap 21:27) a la presencia de Dios. En otro sentido la santificación, puesto que incluye a toda la persona (todo su ser), no estará completa sino cuando el SEÑOR regrese para transformar «nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso» (Fil 3:21). Entonces nuestros cuerpos también serán perfeccionados y estaremos libres de toda la influencia del pecado.

Aunque nunca estaremos completamente libres del pecado en esta etapa de la vida, con todo debemos procurar un aumento regular en esta santificación. Pablo dice que «somos transformados ... con más y más gloria» (2 Co 3:18). También dice: «olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús» (Fil 3:13-14). Esta dinámica es un proceso vitalicio y continuo. La Biblia no dice específicamente qué cantidad de aumento en la santificación debemos esperar en esta vida. Tampoco nos dice específicamente cómo se verá ese aumento o contra qué pecados específicos ya no tendremos que luchar. Es más, a veces experimentaremos gran libertad de un pecado seguida por una honda lucha con otro.

Sin embargo, en todo esto, los cristianos nunca deben rendirse en su lucha. Nunca deben decir que un pecado los ha derrotado. Nunca deben decir que no pueden cambiar. Más bien, en medio de la lucha, deben aferrarse a las promesas de Dios, como la que se halla en Romanos 6:14: «el pecado no tendrá dominio sobre ustedes».

El papel de Dios en la santificación

La santificación es primordialmente obra de Dios. Pablo lo afirma: «Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo» (1 Ts 5:23). El autor de Hebreos también: «El Dios que da la paz ... los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad. Y que, por medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada. A él sea la gloria por los siglos de los siglos» (Heb 13:20-21).

Dios equipa a sus hijos con el poder del Espíritu Santo. Él es el que obra dentro de nosotros para cambiarnos y santificarnos, dándonos mayor santidad en la vida. Por eso Pedro habla de «la obra santificadora del Espíritu» en 1 Pedro 1:2. Y Pablo también la menciona; «la obra santificadora del Espíritu» (2 Ts 2:13). Es el Espíritu Santo el que produce en nosotros el *fruto del Espíritu* (cf. Gá 5:22-23); o sea, esos rasgos de carácter que son parte de una santificación cada vez mayor. Conforme crecemos en la santificación, *andamos y somos guiados por el Espíritu* (cf. Gá 5:16-18); es decir, damos una respuesta cada vez más creciente a los deseos e iniciativas del Espíritu Santo en nuestra vida y carácter. Él es el Espíritu de santidad; por consiguiente es quien produce santidad de nosotros.

Nuestro papel en la santificación

Nosotros participamos pasiva y activamente en la santificación. Mediante el arrepentimiento y la fe se nos dice que nos presentemos «a Dios como quienes han vuelto de la muerte a la vida» (Ro 6:13). Esta es nuestra participación pasiva. Pero también se nos dice en Romanos 8:13 que demos «muerte a los malos hábitos del cuerpo»; (es decir, el pecado), lo que implica un papel activo de parte nuestra. Aunque Pablo claramente dice que podemos hacerlo solo por el poder del *Espíritu* (cf. Ro 8:13), con todo se nos advierte que tenemos un papel activo.

El mismo papel activo y pasivo se halla en Filipenses 2:12-13: «lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad». El estímulo de llevar a cabo nuestra propia salvación se basa en la promesa de que Dios obrará en nosotros: ¡Dios dará poder a nuestra obra! Por esa misma razón, los que creen en Jesús pueden, con toda confianza, buscar «la santidad, sin la cual nadie verá al SEÑOR» (Heb 12:14).

Llegar a ser cristiano es un don de Dios que requiere nuestra participación; hallamos que lo mismo es cierto en cuanto a la santificación. El progreso en la santificación es una dádiva de la gracia que podemos esperar recibir. Así como Dios hace honor a nuestra fe inicial (fe que él nos da), él también hace honor a nuestros actos continuos de fe y obediencia, vistos en la lectura de la Biblia y la meditación (cf. Sal 1:2; Mt 4:4; Jn 17:17); oración (cf. Ef 6:18; Fil 4:6); adoración (cf. Ef 5:18-20); testimonio (cf. Mt 28:19-20); acciones de misericordia y justicia (cf. Mt 23:23; Stg 1:27); comunión cristiana (cf. Heb 10:24-25); y disciplina y dominio propio (cf. Gá 5:22; Tit 1:8).

Es importante que continuemos creciendo tanto en nuestra

confianza pasiva en Dios para sacrificarnos, como en nuestro esfuerzo activo buscando santidad y obediencia en nuestras vidas. Si dejamos de esforzarnos activamente por obedecer a Dios, nos convertimos en cristianos holgazanes. Si descuidamos el papel pasivo de confiar en Dios y de rendirnos a él, nos volvemos arrogantes y demasiado confiados en nosotros mismos. En cualquier caso, nuestra santificación será deficiente. Si se vuelve así, no disfrutaremos del gozo y la paz que se nos promete (cf. Gá 5:22; Ro 14:17).

¿Qué tal si el proceso de la santificación termina?

Todos los verdaderos cristianos deben esperar seguir creciendo en santificación toda su vida. Pero, ¿qué tal si ese proceso parece llegar a su fin? Y si termina, ¿qué quiere decir eso? ¿Quiere decir que nosotros, que una vez fuimos cristianos, ya no lo somos? Todas estas preguntas tienen una sola pregunta final en su raíz: ¿podemos realmente perder las bendiciones de nuestra salvación?

La respuesta a la pregunta es no. Todos los que son verdaderamente cristianos serán guardados por el poder de Dios y perseverarán así hasta el fin de sus vidas. Pero, ¿cómo sabemos si somos verdaderamente cristianos? ¿Qué tal si algunos pretenden vivir en la fe pero viven en activa rebelión contra Dios? Respecto a tales casos tenemos que decir que solo los que perseverarán hasta el fin son verdaderamente cristianos. A esta enseñanza de corresponsabilidad (todos los verdaderos cristianos perseverarán, y solo los que perseveran son verdaderos cristianos) a veces se le llama *la perseverancia de los santos*.

La promesa de Jesús

Primero, hay evidencia bíblica que todos los verdaderos cristianos perseverarán. En Juan 6:38-40, Jesús dice: «Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el día final. Porque la voluntad de mi Padre es que todo el que reconozca al Hijo y crea en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final».

Aquí Jesús dice que todo el que cree en él tendrá vida eterna. Dice que le resucitará en el día final, dándole vida eterna junto a él. Es más, Jesús dice que es la voluntad de Dios que el *no pierda nada* de todo lo que Dios le ha dado. Jesús hace una promesa similar en Juan 10:27-29: «Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar».

En Juan 10:28, específicamente Jesús dice dos cosas en cuanto a sus seguidores. 1): que «nunca perecerán»; y 2) que «nadie podrá arrebátarmelas de la mano». Estas frases, tomadas al tiempo, martillan la maravillosa promesa de que aquellos a quienes Jesús da vida eterna nunca la perderán.

Estas son apenas dos de las promesas dadas por Jesús respecto a la perseverancia de los santos. Partiendo entonces de estos dos pasajes parece claro que Jesús entendía que los que recibieron de él vida eterna la conservarán.

La promesa del Espíritu Santo

Más evidencia de que Dios guarda a los cristianos seguros por toda la eternidad es el sello que pone sobre nosotros. Este sello es el Espíritu Santo en nosotros. Pablo, en Efesios 1:13-14 escribe que cuando creímos primero en Jesús, fuimos «marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido. Éste garantiza nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria». Esta herencia incluye todas las bendiciones adicionales de vida eterna y una gran recompensa en el cielo con él. El sello o garantía de esa promesa es la misma presencia de Dios: el Espíritu Santo presente en todo cristiano.

La promesa en la perseverancia

Mientras que todos los que son verdaderamente cristianos perseverarán hasta el fin, solo los que perseveran hasta el fin son verdaderamente cristianos. Jesús dice: «Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos» (Jn 8:31). Es decir, una evidencia de la fe genuina es continuar creyendo y obedeciendo lo que Jesús dijo y ordenó.

Pablo, en Colosenses 1:22-23, le escribe a los cristianos declarando que Cristo los reconcilió con Dios «a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte, con tal de que se mantengan firmes en la fe, bien cimentados y estables, sin abandonar la esperanza que ofrece el evangelio. Éste es el evangelio que ustedes oyeron». No queriendo darles una falsa seguridad a los que no era realmente cristianos, Pablo pone una condición de perseverancia en la promesa que está dando al decir esto: *con tal de que se mantengan firmes en la fe*. Pablo no está tratando de amenazar o asustar a los verdaderos cristianos; más bien está diciendo que los que en realidad no creen a la larga abandonarán la fe que un día adujeron tener.

La promesa en la perseverancia es que los que continúan en la fe hasta el fin de su vida son verdaderos cristianos. Como ya dijimos antes, esto no quiere decir que estas personas vivirán vidas perfectas. Los verdaderos cristianos pueden librar hondas luchas con el pecado en diferentes momentos de su vida. Pero lo que sí quiere decir es que esas luchas son de verdad. Los cristianos genuinos luchan contra el pecado mediante el arrepentimiento y la fe. La promesa en la perseverancia sirve como una advertencia a los que no son verdaderos cristianos porque les da razón para creer que si se alejan o se han alejado de la fe, eso es un fuerte indicio de que nunca fueron verdaderos cristianos.

Seguridad de la perseverancia

El autor de Hebreos nos dice una manera de saber si nuestra fe en Cristo es genuina: es al aferramos a «la confianza que tuvimos al principio» (Heb 3:14). Sin embargo, si la *única* confianza que tenemos de que nuestra fe es genuina viene al fin de la vida, entonces tenemos escasa esperanza para hoy. Siempre estaremos preguntándonos si acaso caeremos al fin de nuestras vidas y mostraremos que en realidad no fuimos salvos. Esa clase de preocupación no es consistente con la manera en que el Nuevo Testamento ve nuestra seguridad.

Es más, los verdaderos cristianos pueden tener seguridad real de salvación de otros factores y especialmente de una confianza actual en Cristo y en su obra continúa en sus vidas. Nuestra confianza actual en Cristo para salvación es una seguridad de verdadera conversión. Esta es la enseñanza del versículo más famoso de la Biblia: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que *todo el que cree en él* no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). Si usted cree en él, tiene vida eterna. Si usted tiene confianza en la obra de Cristo a su favor, confianza en la capacidad de Cristo para llevar la pena de sus pecados y confianza de que Cristo le permitirá llegar al cielo basado solo en su obra no en la de usted, y si esa confianza está presente hoy en su vida, entonces esa confianza es una seguridad de su fe verdadera.

Pero una confianza actual en Cristo para la salvación no es lo único que provee seguridad. La evidencia de la obra continua de Dios en su vida también provee seguridad. Esta obra continua incluirá el testimonio subjetivo del Espíritu Santo en su corazón, haciéndole saber que usted es uno de los hijos de Dios (cf. 1 Jn 4:13). También incluirá la obra del Espíritu Santo llevándole a obedecer la voluntad de Dios (cf. Ro 8:14). Y se mostrará por una vida de «amor, alegría, paz,

paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gá 5:22-23). En tanto que estas cosas no siempre serán perfectamente evidentes, un vistazo a su vida debe mostrar evidencia de crecimiento en estos aspectos.

Además, debe haber evidencia de una relación continua y presente con Jesucristo. Porque, «El que afirma: “Lo conozco”, pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad. En cambio, el amor de Dios se manifiesta plenamente en la vida del que obedece su palabra. De este modo sabemos que estamos unidos a él: el que afirma que permanece en él, debe vivir como él vivió» (1 Jn 2:4-6). Una vida perfecta no es necesaria, pero la vida del verdadero cristiano continuará mostrando un patrón general de obediencia a los mandamientos de Cristo y una imitación de su vida.

Esta obra continua del Espíritu Santo en nosotros se verá en un período largo de tiempo en nuestras vidas. Es decir, los verdaderos cristianos crecerán en su santificación. Pedro nos dice que una manera de «asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió» (2 P 1:10) es aumentar nuestra virtud, *entendimiento, dominio propio, constancia, santidad, afecto fraternal y amor* (2 P 1:5-8). Pedro dice que si estas cualidades aumentan en nuestra vida «no caerán jamás» (2 P 1:10). Si usted decide que le faltan esas cualidades, no trate simplemente de replicarlas en su vida para afianzar su seguridad, sino más bien arrepiéntase por la falta de estas en su vida y pídale al SEÑOR que le dé crecimiento en estos aspectos.

Cómo perseverar en el proceso.

La santificación es un proceso de toda la vida. Si usted es un cristiano en Jesús, a veces parecerá como si el proceso avanzara más rápido de lo que usted jamás pensó fuera posible. Es en estas ocasiones que necesitará estar en guardia contra el orgullo y la justicia propia (pensando de usted mismo más de lo que es e irrogándose el crédito de su bondad que realmente es una dádiva de la gracia).

En otras ocasiones se preguntará si hay alguna vida dentro de usted. Es en estos momentos que usted tal vez se pregunte si en verdad es realmente un cristiano. Cuando las dudas empiecen a llenar sus pensamientos, eleve la oración que se halla en Marcos 9:24: « ¡Sí creo! ... ¡Ayúdame en mi poca fe!».

En medio de todo esto, aférrese a la promesa de que «el poder de Dios (lo) protege(rá) mediante la fe hasta que llegue la salvación que se ha de revelar en los últimos tiempos» (1 P 1:5). Cobre confianza en la afirmación de Jesús de que «la voluntad de mi Padre es que todo el que reconozca al Hijo y crea en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final» (Jn 6:40).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿De qué manera la santificación es diferente a la justificación?
2. ¿Cuál es su papel en la santificación? ¿Cuál es el papel de Dios? ¿Cuáles son algunas maneras específicas en las que usted pudiera contribuir más a su santificación en la semana entrante?
3. Mencione algunos pasajes bíblicos que respaldan la doctrina de la perseverancia. Al reflexionar en estos pasajes, ¿cómo lo hacen sentirse? ¿Por qué le hacen sentirse de esa manera?

16

¿Qué es la muerte?

Como ya se mencionó en el capítulo anterior, la muerte permite la culminación de parte de la santificación del cristiano. En la muerte el alma del cristiano de inmediato es hecha perfecta y entra en la presencia de Dios. Pero no es sino cuando Cristo vuelva que los cristianos experimentarán la perfección completa tanto del cuerpo como del alma, porque es en ese momento que sus cuerpos serán resucitados y hechos perfectos por igual. En este capítulo investigaremos lo que ocurre en ambos sucesos, así como también lo que acontece en el intervalo entre la muerte y el tiempo cuando Cristo vuelva.

¿Por qué mueren los cristianos?

La muerte no es castigo para los cristianos. Como ya se indicó claramente en los cuatro capítulos previos, «ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). Jesucristo ha pagado la pena completa del pecado del cristiano.

Sin embargo, Dios, en su sabiduría, decidió que es mejor que los cristianos no experimenten todos los beneficios de la salvación de una vez. Por ejemplo, los cristianos todavía pecan, se enferman, sufren por desastres naturales, y son víctimas de actos de maldad e injusticia. También los cristianos mueren. Todos estos son los resultados de vivir en un mundo que no está completamente bien, un mundo que no está completamente libre de la maldición del pecado.

Pablo nos dice que aunque Cristo derrotó a la muerte cuando resucitó de los muertos, esta será el resultado final del pecado que será eliminado de este mundo caído: «es necesario que Cristo reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte» (1 Co 15:25-26).

Dios usa la experiencia de la muerte para completar nuestra santificación. También como un medio para hacernos más semejantes a Cristo. Es más, en la vida del cristiano, por lo general, no es raro que Dios use la adversidad y el dolor para producir algún bien. Pablo nos dice en Romanos 8:28: «sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman». El dolor y la adversidad a menudo son los resultados de la disciplina de Dios sobre sus hijos, «porque el SEÑOR disciplina a los que ama ... pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad. Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes

han sido entrenados por ella» (Heb 12:6,10-11).

No toda la disciplina sirve para corregirnos cuando hacemos algún mal. A menudo la disciplina de Dios en nuestras vidas es una manera de fortalecernos; es un medio de santificación. Aunque Jesús nunca pecó, con todo «mediante el sufrimiento aprendió a obedecer» (Heb 5:8) y fue «perfecciona(do) mediante el sufrimiento» (Heb 2:10). Jesús al crecer de la niñez a la vida adulta y continuar su vida en la tierra, la tarea de obediencia a Dios le fue cada vez más y más dura, e incluyó mucho sufrimiento. Mediante todo esto, se fortaleció mayormente para obedecer.

Puesto que Dios obra incluso mediante la experiencia de la muerte para completar la santificación, preservar nuestra vida y la comodidad general no es nuestra meta más elevada. La obediencia a Dios y la fidelidad en toda circunstancia son mucho más importantes. Por eso Pablo pudo decirles a los ancianos de Éfeso: «considero que mi vida carece de valor para mí mismo, con tal de que termine mi carrera y lleve a cabo el servicio que me ha encomendado el SEÑOR Jesús, que es el de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hch 20:24).

Aunque Dios usa una adversidad como la muerte como un medio positivo en nuestra vida, es importante recordar que la muerte no es meramente «natural», como a menudo piensan de ella los que no tienen la Palabra de Dios. Tampoco es natural la enfermedad, el mal o la injusticia. Estas cosas no son buenas, y en el mundo de Dios no deberían existir. Aunque vivimos con estas cosas ahora, un día todas, incluso la muerte, serán finalmente destruidas (cf. 1 Co 15:24-26).

Cuando los cristianos mueren

Si usted cree en Jesús, la Biblia le anima a no ver su propia muerte con temor. Jesús murió para «librar a todos los que por temor a la muerte estaban sometidos a esclavitud durante toda la vida» (Heb 2:15). Más bien, usted debe ver la propia muerte con gozo, sabiendo que después de esta estará con Cristo. Pablo demuestra una clara comprensión de esto en 2 Corintios 5:8, cuando escribe: «preferiríamos ausentarnos de este cuerpo y vivir junto al SEÑOR». Escribe algo similar en Filipenses 1:23: «deseo partir y estar con Cristo, que es muchísimo mejor».

Si usted teme a la muerte y halla difícil de creer las palabras de Pablo, puede ser útil que se lo confiese al SEÑOR. Pídale que aumente su comprensión de lo que sucede cuando muera y que aumente su fe en la bondad de él.

Cuando los cristianos mueren sus almas de inmediato van a la presencia de Dios. Aunque sus cuerpos permanecen en la tierra, sus almas van a la presencia de su Creador. Por eso Pablo escribe de estar ausente del cuerpo por la muerte (cf. 2 Co 5:8) y de partir al morir para ir a estar con Cristo (cf. Fil 1:23). Debido a que las almas de los cristianos están eternamente felices en la presencia de Dios, no hay necesidad de orar por los que ya han muerto. (Este es un aspecto en que los católicos romanos sostienen una noción diferente, puesto que piensan que los cristianos al morir van al purgatorio y que nuestras oraciones pueden ayudarlos a salir más pronto de ese lugar).

Aunque sabemos que las almas de los cristianos están eternamente felices en la presencia de Dios, con todo no está mal enlutarnos y entristecernos por la muerte de un amigo o pariente cristiano. Cuando el apóstol Esteban fue apedreado, «hombres piadosos ... hicieron gran duelo por él» (Hch 8:2). Jesús mismo lloró ante la tumba de su amigo Lázaro (cf. Jn

11:35); tanto debido a la tristeza porque su amigo había muerto como a la tristeza por todos los que experimentarían el dolor de la muerte hasta su retorno.

Pero la tristeza que se siente por la muerte de un cristiano no es una tristeza sin esperanza, ya que sabemos que ha ido con el SEÑOR. Pablo escribe en 1 Tesalonicenses 4:13 que nosotros no nos entristecemos «como esos otros que no tienen esperanza».

Cuando mueren los no cristianos

Cuando mueren los que han rechazado las afirmaciones de Cristo, sus almas van de inmediato al castigo eterno, pero sus cuerpos siguen en la tierra hasta que Cristo regrese, cuando se unirán con sus almas para el día del juicio final (cf. Mt 25:31-46; Jn 5:28-29; Hch 24:15; y Ap 20:12). La Biblia nunca nos anima a pensar que los seres humanos tendrán una segunda oportunidad de confiar en Cristo después de la muerte. Es más, la situación es completamente contraria según se muestra tanto en la parábola del rico y Lázaro: (cf. Lc 16:24-26), y en las afirmaciones generales en cuanto a la muerte y el juicio: «está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio» (Heb 9:27).

En este sentido, la tristeza que se siente cuando muere alguien que pensamos que ha rechazado a Cristo no es una tristeza mezclada con esperanza. Cuando Pablo pensaba en algunos judíos que habían rechazado a Cristo dijo: «Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor» (Ro 9:2). Sin embargo, a menudo no tenemos certeza completa de que algún amigo o ser querido haya continuado rechazando a Cristo hasta el mismo fin. Su conocimiento de la muerte inminente puede producir un examen sincero de corazón y la persona puede venir al genuino arrepentimiento y fe. En algunos casos simplemente no lo sabemos. Con todo, después que una persona que no es cristiano ha muerto, sería un error darles a otros alguna esperanza que la persona ha ido al cielo, puesto que esto reduciría para los que todavía están vivos el sentido de urgencia de que deben confiar en Cristo. Cuando un no cristiano ha muerto, a menudo es útil hablar con genuino agradecimiento por las buenas cualidades que notamos en la vida de esa persona tal como el rey David hizo cuando se enteró de que el rey Saúl había muerto (cf. 2 S 1:19-25).

¿Cuándo resucitan de los muertos los cristianos?

De nuevo, si usted cree en Jesús, al morir, su cuerpo quedará en la tierra y su alma irá de inmediato a la presencia de Dios. Así, hasta que Cristo vuelva, esperamos «la redención de nuestro cuerpo. Porque en esa esperanza fuimos salvados» (Ro 8:23-24). Ese será el día, Pablo dice, cuando «tendremos parte con él en su gloria» Cristo (Ro 8:17).

Para los cristianos que han muerto, el día cuando Cristo vuelva será el paso final en la aplicación de la redención. En ese día sus cuerpos nuevos y perfectos serán reunidos con sus almas. Cristo fue el primero que resucitó con ese cuerpo de resurrección, pero Pablo dice que «cuando él venga» los cristianos también serán resucitados de esa manera (1 Co 15:23). Para los cristianos que todavía estén vivos cuando Cristo vuelva, sus cuerpos imperfectos serán en un instante transformados en cuerpos perfectos. Pablo dice: «No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados» (1 Co 15:51-52). Por consiguiente, todos los creyentes en Jesús recibirán cuerpos renovados de resurrección tal como el Salvador lo recibió (cf. 1Co 15:20,23,41; Fil 3:21). A este proceso se le llama «glorificación» puesto que nuestros cuerpos recibirán una nueva gloria de tipo celestial.

Estos nuevos cuerpos serán incorruptibles; es decir, no se gastarán, ni envejecerán, ni estarán sujetos a la enfermedad o a dolencias. No mostrarán ningún signo de envejecimiento sino que más bien serán completamente sanos y fuertes para siempre. Los nuevos cuerpos serán los que Dios originalmente diseñó para que fueran: mucho más hermosos y atractivos

que cualquier cosa que pudiéramos imaginarnos en esta edad. Los que son resucitados con Cristo vivirán para siempre en cuerpos que tendrán todas las cualidades excelentes que Dios propuso al crearnos. Estos cuerpos para siempre serán prueba viva de la sabiduría de Dios en la creación: una creación que llamó *muy buena* (cf. Gn 1:31).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué mueren los cristianos? ¿Cómo afecta esto a la manera en que usted piensa en cuanto a su propia muerte algún día?
2. ¿Qué le sucede a los cuerpos y a las almas de los cristianos cuando mueren? ¿Cómo le hace sentir eso? ¿Por qué le hace sentirse así?
3. ¿Qué le sucederá a los cuerpos de los cristianos cuando Jesús vuelva a la tierra? ¿Qué aspectos específicos de su cuerpo resucitado espera usted en especial?

17

¿Qué es la iglesia?

La iglesia es la comunidad de todos los cristianos de todo el tiempo. Es decir, la iglesia está formada por todos los hombres y mujeres que han sido, son y serán cristianos verdaderos en Jesús. Cuando Pablo escribió en Efesios 5:25 que «Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella», se refería a todas las personas por las que Cristo murió para redimirlas. No simplemente quiso decir los que han vivido después que Cristo murió sino también los que miraban a Dios por su salvación antes que Cristo viniera a la tierra. Todos los verdaderos cristianos, independientemente del período de tiempo en que hayan vivido, forman la verdadera iglesia.

Jesús dijo que él edificaría su iglesia (cf. Mt 16:18) llamando a personas a sí mismo. Este patrón de edificar la iglesia es una continuación del proceso de edificar la iglesia antes de que Cristo viniera a la tierra, porque en tiempos del Antiguo Testamento Dios continuamente estaba llamando a su pueblo a sí mismo para que fueran una asamblea que lo adorara. Así como toda la nación de Israel en el Antiguo Testamento debía reunirse para adorar a Dios, también los cristianos de hoy son llamados para hacer lo mismo.

La iglesia invisible todavía visible

Debido a que no podemos ver la condición espiritual del corazón del ser humano, la verdadera iglesia, en su realidad espiritual como comunión de todos los cristianos genuinos, es invisible. Solo Dios puede ver la condición del corazón de las personas. Como Pablo dice: «El SEÑOR conoce a los suyos» (2 Ti 2:19). Por consiguiente, *la iglesia invisible* es la iglesia tal como Dios la ve.

Pero la iglesia también es visible. En tanto que la iglesia invisible es la iglesia tal como Dios la ve, *la iglesia visible* es la iglesia como la ven los cristianos en la tierra. Por consiguiente, la visible tendrá en su seno cristianos genuinos así como también otros que verdaderamente no creen ni siguen las afirmaciones de Jesús. Pero al hacer esta distinción, no debemos ser exageradamente suspicaces respecto a la situación de los que parecen ser verdaderos cristianos. Más bien, con juicio benévolo, debemos considerarlos a todos como miembros de la iglesia universal que parecen ser cristianos debido a su confesión de fe y a su patrón de vida.

Otras descripciones de la iglesia

En el Nuevo Testamento se usa la palabra «iglesia» para describir diferentes tipos de grupos de cristianos: una pequeña casa en un hogar (cf. Ro 16:5; 1 Co 16:19); la iglesia de toda una ciudad (cf. 1 Co 1:2; 2 Co 1:1; 1 Ts 1:1); la iglesia de toda una región (cf. Hch 9:31); y la iglesia por todo el mundo (cf. Ef 5:25; 1 Co 12:28). Por consiguiente, a una comunidad del pueblo de Dios en cualquier nivel con corrección se le llama una iglesia.

También se usa una variedad de metáforas para describir a la iglesia. Un grupo de estas sugiere que la iglesia es una familia y que sus miembros se relacionan entre sí como miembros de una familia muy amplia. Por eso Pablo escribe en 1 Timoteo 5:1-2: «No reprendas con dureza al anciano, sino aconséjalo como si fuera tu padre. Trata a los jóvenes como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza». La relación entre Cristo y la iglesia también se ve en términos de familia; Cristo como el novio y la iglesia como la novia (cf. Ef 5:32; 2 Co 11:2).

Otra imagen común de la iglesia es que es un cuerpo. En 1 Corintios 12, Pablo se refiere a sus miembros como partes del cuerpo. Los miembros tienen sus propias funciones y responsabilidades especiales tales como lo tienen las partes del cuerpo. En Efesios 1:22-23; 4:15-16 y Colosenses 2:19, se hace referencia a la iglesia como un cuerpo con Cristo como su cabeza, que sostiene a todo el cuerpo unido y equipando a toda parte para que funcione como debe.

Hay muchas otras metáforas que se usan para la iglesia, tales como un nuevo templo (cf. 1 P 2:4-8); sacerdocio real (cf. 1 P 2:5); ramas de una vid (cf. Jn 15:5); olivo (cf. Ro 11:17-24); y un campo o sembrado (cf. 1 Co 3:6-9). La amplitud de las metáforas que se usan para la iglesia debe

hacernos recordar no concentrarnos demasiado en alguna de ellas. Un énfasis desequilibrado en una metáfora, excluyendo otras, resultará en una noción desvirtuada de la iglesia. Más bien, debemos considerar cada metáfora como una perspectiva diferente, algo que nos dice un poco más en cuanto a la comunidad de la cual Dios nos ha permitido ser parte.

¿Qué hace que una iglesia sea una iglesia?

Si un grupo de personas se reúne para hablar de cosas espirituales, ¿los hace eso una iglesia? ¿Qué tal si lo hacen en un templo en vez de reunirse en un café? ¿Qué tal si, además de conversar, cantan y oran juntos? ¿Qué tal si añaden lectura bíblica al tiempo que están reunidos? ¿Qué actividades hacen que una iglesia sea una iglesia?

Tradicionalmente, muchos escritores cristianos han concordado en que hay dos actividades principales o «marcas» que toda iglesia debe exhibir a fin de que la consideren verdaderamente una iglesia. La primera es predicación correcta de la Biblia. Esta marca tiene menos que ver con la forma del sermón que con el contenido del sermón. Si los sermones de una iglesia continuamente contienen falsa doctrina o esconden el verdadero mensaje del evangelio de salvación solo por fe, entonces la iglesia en que esos sermones se predicán no es una verdadera iglesia.

La segunda marca de una verdadera iglesia es la administración correcta de los «sacramentos» u «ordenanzas», que son el bautismo y la Cena del SEÑOR. Una vez que una organización empieza a practicar el bautismo y la Cena del SEÑOR de una manera bíblica, entonces está funcionando como una iglesia. La práctica de los dos sacramentos se considera una marca de una verdadera iglesia porque estos pueden servir como control de membresía para la iglesia; es decir, el bautismo es un medio para admitirlos y hacerlos partícipes en la Cena del SEÑOR, y es una manera en que sus miembros continúan mostrando su posición correcta dentro del cuerpo de la iglesia. Por consiguiente, históricamente, muchos escritores han dicho que solo esas iglesias en que practican apropiadamente los sacramentos son consideradas verdaderas iglesias.

Pero con tantas organizaciones paraeclesiásticas hoy (es

decir, ministerios especiales tales como agencias misioneras, grupos cristianos universitarios, y universidades cristianas), es útil añadir otra «marca» a fin de ser una iglesia; una organización debe intentar funcionar como iglesia antes que animar a sus miembros a ser parte de una iglesia local.

Entre las iglesias verdaderas, se pueden hacer otras dos distinciones adicionales, tal como se recalca en el Nuevo Testamento. Una iglesia puede ser más o menos pura, y más o menos unificada. La pureza de la iglesia está determinada por su grado de libertad de doctrina, conductas erradas, y su grado de conformidad a la voluntad revelada de Dios para la iglesia. La meta de Dios para la iglesia es «hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable» (Ef 5:26-27). Por consiguiente, como miembros de la iglesia, debemos procurar su pureza en todo aspecto lo mejor que podamos.

Además, debemos también buscar la unidad; es decir, libertad en medio de los diferentes puntos de vista entre los verdaderos cristianos. Cuando hacemos esto estamos siguiendo los pasos de la oración de Jesús en Juan 17:21 para los cristianos futuros. Esto no quiere decir que debe haber solo un gobierno mundial de la iglesia sobre todo los cristianos, porque la unidad se puede manifestar de otras maneras. Sí quiere decir, sin embargo, que toda verdadera iglesia debe tratar de cooperar y afiliarse con otras de igual característica y con grupos cristianos de maneras variadas y apropiadas de tiempo en tiempo. Las iglesias que tienden a estar constantemente en desacuerdo con las demás, deben en oración considerar qué tan bien están trabajando hacia la meta de Cristo de procurar la unidad de los cristianos.

¿Qué se supone que la iglesia debe hacer?

Se supone que la iglesia debe ministrar a Dios, a sus miembros y al mundo. El ministerio a Dios se hace al adorarlo. En Colosenses 3:16, Pablo anima la iglesia a que «canten salmos, himnos y canciones espirituales a Dios, con gratitud de corazón». La adoración en la iglesia no es meramente preparación para otra cosa; es en sí misma un cumplimiento de un propósito principal cuyos miembros fueron creados para vivir para la alabanza de la gloria de Dios (cf. Ef 1:12).

El ministerio de la iglesia a sus miembros se hace al nutrirlos y edificarlos para que pueda «presentarlos a todos perfectos en él» (Col 1:28). Como Pablo dijo en Efesios 4:12-13 a los dirigentes dotados de la iglesia: «a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo. De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo».

El ministerio de la iglesia en el mundo se hace mediante la predicación del evangelio a toda persona en obra y en palabra. En Mateo 28:19, Jesús ordena a los cristianos: «hagan discípulos de todas las naciones». En Hechos 1:8 a los discípulos se les dice que esparzan el mensaje del evangelio «hasta los confines de la tierra». El patrón de predicar la Biblia es claro: el mensaje debe ser dado tanto en palabra (mediante la evangelización) como en obra (mediante el ministerio de misericordia).

Toda iglesia debe participar en varias clases de ministerios de obra y de palabra, incluyendo no solo evangelización sino también ministerio a los pobres y oprimidos (cf. Gá 2:10; Stg 1:27). Y aunque parece que se otorga prioridad de cuidar por las necesidades físicas de los hermanos en Cristo (cf. Hch

11:29; 2 Co 8:4; 1 Jn 3:17), todos los miembros de la iglesia, conforme tengan oportunidad, deben hacer el «bien a todos» (Gá 6:10).

Toda iglesia debe intentar cumplir los propósitos que Dios creó para ella: adoración, nutrición, evangelización y misericordia. Ningún propósito es más importante que los otros, y ninguna iglesia debe procurar cumplir un propósito primario y descuidar los otros. Más bien, con la plena confianza en la promesa de Cristo de que él edificará a su iglesia (cf. Mt 16:18), toda iglesia de corazón debe procurar adorar a Dios, edificar a sus miembros a la madurez, y predicar las buenas noticias del evangelio al mundo en obra y en palabra.

El poder de la iglesia para cumplir su misión

Cuando Cristo prometió edificar su iglesia, les dio a sus discípulos la autoridad de hacerlo. Cuando se fue, les envió al Espíritu Santo para fortalecerlos para edificarla (cf. Jn 14:26; Hch 1:8). El Espíritu Santo fortaleció a los seguidores de Jesús con los dones espirituales requeridos para hacer el ministerio de la iglesia. También nos fortalece para usar estos dones para el avance del ministerio de la iglesia contemporánea.

Los dones espirituales incluyen tanto los relativos a la capacidad natural (enseñanza, mostrar misericordia, administración) como los que parecen ser más milagrosos (profecía, sanidad, discernimiento de espíritus). Aunque algunos pueden hacer una distinción entre los dones naturales y los milagrosos, cuando Pablo hace una lista de dones espirituales no parece hacer tal distinción (cf. Ro 12:6-8; 1 Co 7:7; 12:8-10, 28; Ef 4:11). Tampoco parece decir que algunos de los dones más milagrosos fueron dados solo a los apóstoles como señales para autenticar su ministerio, porque estos dones fueron ampliamente distribuidos entre cristianos en las varias iglesias en tiempos de Pablo. Pero el apóstol sí dice en 1 Corintios 13:12 que los dones más milagrosos quedarán en el pasado (cf. versículo 10) cuando veamos a Cristo «cara a cara» y cuando conozcamos todo por completo. Cuando Jesús vuelva, los dones espirituales dejarán de existir, porque ya no habrá quien los necesite (cf. 1 Co 13:8).

Todos los dones espirituales, dice Pablo, «lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según él lo determina» (1 Co 12:11). Estos dones son dados «para el bien de los demás» (1 Co 12:7) y se los debe usar para *edificar a la iglesia* (cf. 1 Co 14:26). No solo que los dones espirituales equipan a la iglesia para el ministerio que es llamada a

realizar, sino que también dan al mundo un bocado de prueba de los tiempos venideros. Cuando Cristo vuelva, su gobierno y reinado sobre toda la tierra serán plenamente conocidos y se los sentirá no solo en la vida sin pecado de individuos (cf. 1 Jn 3:2), sino también en los cuerpos glorificados de los cristianos (cf. 1 Co 15:53). Conforme la iglesia, mediante el poder del Espíritu Santo, hace una realidad presente una promesa futura (p.e, mediante la conversión de un no cristiano o la sanidad de la enfermedad), está dando a todos los que quieren verlo un bocado de prueba de lo que vendrá y cumpliendo la misión que Cristo le ordenó y la fortaleció para cumplir.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿De qué forma una iglesia es diferente a un estudio bíblico o retiro cristiano?
2. ¿Por qué los cristianos deben hacerse miembros de una iglesia? ¿Cuáles son los peligros de no ser miembro de una iglesia local?
3. ¿Puede usted mencionar algunas cosas que se supone que la iglesia debe hacer? ¿Puede mencionar algunos ejemplos específicos de la obra del Espíritu Santo fortaleciendo y bendiciendo algunas de estas cosas en su propia iglesia?

18

¿Qué sucederá cuando Cristo vuelva?

Ha habido muchos debates en la historia de la iglesia sobre asuntos respecto al futuro. Específicamente, las discusiones se han centrado en el retorno de Cristo, el milenio o «mil años», el juicio final, el castigo eterno de los no cristianos y la recompensa eterna de los cristianos, y la vida con Dios en el nuevo cielo y nueva tierra. A los estudios de estos sucesos se les llama los de «las últimas cosas», o «esca-tología» (del griego *escatos*, que quiere decir «último»).

El retorno de Cristo

Jesús les dijo a sus discípulos que volvería a la tierra una segunda vez: «vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté» (Jn 14:3). En tanto que es claro por este y otros pasajes (cf. Hch 1:11; 1 Ts 4:16; Heb 9:28; 2 P 3:10; 1 Jn 3:2) que Jesús mismo volverá, estos también dicen claramente que «nadie sabe» (Mr 13:32) el tiempo exacto de ese retorno, porque «el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen» (Mt 24:44).

Aunque nadie puede saber el tiempo del retorno de Cristo, todos los cristianos deben responder como Juan lo hizo en Apocalipsis 22:20, cuando oyó a Cristo decir: «Sí, vengo pronto». La respuesta del apóstol fue: «Amén. ¡Ven, SEÑOR Jesús!».

El tiempo del retorno

En tanto que los versículos citados arriba indican claramente que Cristo vendrá en un momento que nadie sabe, otros pasajes de la Biblia parecen sugerir que ciertas señales predecirán el tiempo del retorno de Cristo. Estas señales, como lo muestran los versículos que los respaldan, son los siguientes:

- «Pero primero tendrá que predicarse el evangelio a todas las naciones» (Mr 13:10; cf. Mt 24:14).

- «Serán días de tribulación como no la ha habido desde el principio, cuando Dios creó el mundo, ni la habrá jamás. Si el SEÑOR no hubiera acortado esos días, nadie sobreviviría. Pero por causa de los que él ha elegido, los ha acortado» (Mr 13:19-20).

- «Surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos» (Mr 13:22; cf. Mt 24:23-24).

- «Después de esa tribulación, “se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo y los cuerpos celestes serán sacudidos”» (Mr 13:24-25; cf. Mt 24:29 y Lc 21:25-27).

- «Ahora bien, hermanos, en cuanto a la venida de nuestro SEÑOR Jesucristo ... primero tiene que llegar la rebelión contra Dios y manifestarse el hombre de maldad, el destructor por naturaleza. Éste se opone y se levanta contra todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de adoración, hasta el punto de adueñarse del templo de Dios y pretender ser Dios» (2 Ts 2:1, 3-4).

- «Quiero que entiendan este misterio ... todo Israel será salvo» (Ro 11:25-26).

Jesús no dijo que estas señales fueran dadas para que las personas pensaran que puesto que no han visto estas señales, Cristo no puede volver. Más bien, fueron dadas para

intensificar una expectación del retorno de Cristo: «Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención» (Lc 21:28).

Pero la mención de estas señales levanta dos preguntas legítimas: ¿Ha tenido lugar ya alguna de estas señales? Y, si no han ocurrido todas, ¿podría realmente Cristo volver en cualquier momento? La respuesta a estas preguntas varía en toda la iglesia.

Algunos piensan que estas señales no han sucedido y por consiguiente Cristo no volverá en cualquier momento. Pero Jesús animó a sus discípulos: «¡Estén alerta! ¡Vigilen! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento» (Mr 13:33). Una noción que les dice a los cristianos que Cristo no puede volver pronto parece anular la fuerza del estímulo que él dio.

Otros piensan que Cristo en verdad puede venir en cualquier momento, y resuelven el cumplimiento de las señales de tres maneras distintas. (1) Algunos aducen que habrá dos venidas separadas de Cristo: un retorno secreto y un retorno público. Pero los pasajes que hablan de su retorno no parecen respaldar dos regresos separados (véase la explicación más abajo). (2) Otros dicen que las señales ya se cumplieron en la historia inicial de la iglesia y por consiguiente Cristo podría volver en cualquier momento. Pero algunas de las señales (por ejemplo, la gran tribulación, la salvación de Israel, la aparición del «hombre malvado», y las estrellas cayendo de los cielos) parecen no haberse cumplido de alguna manera clara o evidente en el tiempo de la iglesia inicial. (3) Otros más aducen que *es improbable pero posible* que las señales se hayan cumplido y que por consiguiente Cristo podría volver en cualquier momento.

A la luz de la ambigüedad relativa del cumplimiento de estas señales, parece que esta última opinión es la más razonable. Esta noción nos permite esperar que las señales que preceden al retorno de Cristo probablemente sucedan todavía en el futuro, pero puesto que en algún sentido no

estamos seguros respecto a eso, todavía podemos estar listos para que Cristo vuelva repentinamente cualquier día. (En cuanto a esta noción, estar listos para el retorno de Cristo es de alguna manera similar a abrocharse el cinturón de seguridad en un vehículo: uno no piensa que va a sufrir un accidente, pero con todo se abrocha el cinturón porque a lo mejor uno se equivoca).

Los sucesos en el regreso

Muchos de los desacuerdos dentro de la iglesia respecto al retorno de Jesús tienen que ver con la interpretación de un pasaje bíblico: Apocalipsis 20:1-6. Específicamente, la discrepancia tiene que ver con los mil años que Juan menciona en 20:4-5 cuando escribe que algunos «Volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años ... los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años». Muchos cristianos llaman a esta etapa de mil años «el milenio», y por lo general sostienen una de tres nociones en cuanto al tiempo y naturaleza de este período.

Punto de vista 1. Amilenial: el milenio tiene lugar ahora, y cuando termine, Jesús volverá

La noción más sencilla del milenio es que Apocalipsis 20:1-6 describe no un tiempo futuro sino la edad presente de la iglesia. Los que sostienen esta noción piensan que muchas o todas de las señales mencionadas previamente ocurrieron temprano en la historia de la iglesia y que Cristo puede realmente volver en cualquier momento. Según esta idea, cuando Juan escribe que «volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años» (Ap 20:4), quiere decir que los cristianos que ya han muerto están hoy reinando con él en un sentido espiritual en donde Jesús afirma: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (Mt 28:18), y que estamos sentados con él «en las regiones celestiales» (Ef 2:6). Puesto que los acontecimientos de Apocalipsis 20 están cumpliéndose en la iglesia, el período de mil años que Juan menciona en 20:4-5 es una figura de expresión para referirse a un período largo de tiempo; es decir, toda la edad de la iglesia desde Pentecostés hasta el retorno de Cristo.

Esta noción diría que Satanás está *encadenado* y sellado en un abismo *para que no engañe más a las naciones* (Ap 20:2-3), y que, por tanto, tuvo su poder significativamente reducido

durante el ministerio de Cristo en la tierra (cf. Mt 12:28-29; Lc 10:18). El hecho de que alguien como Pablo pudiera enseñar a todas las naciones gentiles «acerca del SEÑOR Jesucristo sin impedimento y sin temor alguno» (Hch 28:31) puede ser una demostración que Satanás ha sido *encadenado* para que *no engañara más a las naciones*.

A esta noción a menudo se le llama la amilenial, porque los que la sostienen no piensan que Apocalipsis 20:4-5 enseñe un reinado futuro de mil años bien sea antes o después del retorno de Cristo. Más bien piensan que, cuando Cristo vuelva, habrá una resurrección tanto de cristianos como de no cristianos. Los que creen en Jesús irán al cielo; los que no, enfrentarán el juicio final y condenación eterna. En ese tiempo empezarán los nuevos cielos y la nueva tierra y permanecerán por la eternidad. Un argumento a favor de este punto de vista es que todo es muy sencillo y sin complicaciones: Cristo vuelve, hay un juicio, y vivimos en los nuevos cielos y nueva tierra para siempre.

*Punto de vista 2. **Postmilenial**: el milenio vendrá gradualmente, y Jesús volverá después del milenio*

Otros cristianos piensan que Jesús volverá después de los mil años mencionados en Apocalipsis 20:4-5. Conforme la iglesia crece y los cristianos continúan ejerciendo una influencia cada vez mayor, la sociedad empezará a funcionar más y más en línea con las normas de Dios. Gradualmente una «edad milenial» de paz y justicia (no necesariamente mil años literales) tendrá lugar en la tierra. Cristo no reinará físicamente en la tierra durante este período; más bien, los cristianos ejercerán una tremenda influencia en la sociedad, y el reinado de Cristo tendrá lugar mediante esta impactante intervención de los cristianos. Los que sostienen este punto de vista recalcan versículos que muestran cómo el reino de Dios crece callada pero continuamente desde un diminuto comienzo a un fin gigantesco. Por ejemplo, está la parábola

de la semilla de mostaza que se vuelve un árbol muy grande (cf. Mt 13:31-32) y la declaración de Jesús de que «El reino de los cielos es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en una gran cantidad de harina, hasta que fermentó toda la masa» (Mt 13:33). Los postmilenialistas también recalcan la declaración de Jesús: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (Mt 28:18), y esperan que, como resultado, el reino de Dios continuará progresando con gran poder en toda la tierra hasta que haya un reino milenial.

Según esta noción, Jesús volverá al fin de esta edad milenial. Entonces habrá una resurrección tanto de cristianos como de no cristianos. Los que creen en él irán al cielo; los que no, enfrentarán el juicio final y la condenación eterna. En ese tiempo los nuevos cielos y la nueva tierra empezarán y permanecerán por la eternidad, y Cristo estará presente en la tierra para reinar en forma corporal. A esta noción se le llama *postmilenial* porque el retorno de Cristo y su reinado ocurren *después* de un futuro milenio.

Punto de vista 3. Premilenial: el milenio vendrá repentinamente, y Jesús volverá antes del milenio

Finalmente, hay otros cristianos que piensan que Jesús volverá *antes* de los sucesos de Apocalipsis 20:1-10. A esto se le llama la noción *premilenial*, porque sostienen que Cristo volverá antes del milenio. Este punto de vista también afirma que antes del retorno de Jesús habrá un tiempo de gran sufrimiento en la tierra, a veces llamado la gran tribulación (cf. Mt 24:21-31).

Según la noción premilenial, Cristo volverá y reinará físicamente en la tierra por los mil años mencionados en Apocalipsis 20:4-5 (no necesariamente mil años literales). Cuando Cristo vuelva para empezar su reinado milenial, todos los que creen en él serán resucitados de los muertos para reinar con él. Esto es el significado de Apocalipsis 20:4:

«Volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años».

Durante ese milenio, Satanás y sus demonios serán sacados por completo de toda influencia de la tierra, según se describe en Apocalipsis 20:1-3:

«Vi además a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Sujetó al dragón, a aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y tapó la salida para que no engañara más a las naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después habrá de ser soltado por algún tiempo».

Debido a que Jesús reinará en paz y justicia sobre la tierra, muchas personas acudirán a él para su salvación. Pero con todo habrá no cristianos en la tierra tal como hubo algunos que *dudaban* después de que vieron a Jesús en su cuerpo resucitado (cf. Mt 28:17). Algunos no creerán porque la fe genuina es algo que debe venir de un corazón cambiado por dentro y no puede ser impuesto a la fuerza, hasta por evidencia externa abrumadora o argumentación. Incluso sin la influencia de Satanás o los demonios en la tierra, todavía habrá personas que harán el mal, mostrando que el pecado en realidad no es causado por Satanás sino que es responsabilidad de los seres humanos que pecan.

En esta noción premilenial, después del reinado de mil años de Cristo en la tierra, tendrá lugar el juicio final, y los que creen en él continuarán reinando con Cristo por la eternidad; más los que lo rechazaron serán condenados por toda la eternidad.

La Biblia parece respaldar esta posición más que las otras. Es una lectura fácil y natural de Apocalipsis 20:1-6, y muchos lo han entendido de esta manera desde la iglesia inicial. Además, pasajes del Antiguo Testamento, tales como Isaías 65:20, indican un tiempo en el futuro que será muy diferente de esta edad, pero sin que esto quiera decir que el pecado y

la muerte serán quitados: «Nunca más habrá en ella niños que vivan pocos días, ni ancianos que no completen sus años. El que muera a los cien años será considerado joven; pero el que no llegue a esa edad será considerado maldito». Otros pasajes, tales como Salmo 72:8-14, Isaías 11:2-9, Zacarías 14:6-21, 1 Corintios 15:24, y Apocalipsis 2:27; 12:5; 19:5, parecen indicar un período de tiempo cuando el reinado de Jesús sobre todas las cosas se verá de una manera mayor pero el pecado y el mal todavía existirán sobre la tierra. Esto encaja en un cuadro del futuro reinado milenial de Cristo.

Además, un reinado futuro pero no final de Cristo halla respaldo en pasajes tales como Apocalipsis 2:26-27, que indica un reinado con «puño de hierro» sobre un pueblo rebelde. Este tipo de gobierno es indicativo de un reinado premilenial de Cristo. Este reinado parece hallar buen respaldo en otros pasajes del Nuevo Testamento que afirma que los que creen en Jesús reinarán sobre la tierra con él en algún tiempo en el futuro (cf. Lc 19:17,19; 1 Co 6:3; Ap 2:26-27; 3:21).

Una variación de la noción premilenial ha tenido muchos seguidores en los E.U., puesto que sostienen que Cristo vendrá antes de la gran *tribulación* mencionada en Mateo 24:21-31. A esta noción se le llama *pretribulacionista*. Los que sostienen este punto de vista piensan que Cristo en realidad volverá dos veces: una vez en un retorno secreto para sacar súbitamente a los cristianos de este mundo y después, siete años más tarde, en un segundo retorno público, cuando traerá consigo a los cristianos a la tierra para reinar con él por los mil años mencionados en Apocalipsis 20:4-5. Durante los siete años, en donde Cristo y los cristianos estén ausentes de la tierra, habrá un tiempo de gran tribulación cuando una vasta mayoría del pueblo judío confiará en Cristo como su Mesías y predicarán el evangelio a los que queden en la tierra.

La dificultad con esta posición es que es difícil hallar algún

pasaje que hable de un retorno secreto de Cristo. Los pasajes que hablan del retorno de Cristo siempre hablan de él en términos muy visibles, públicos, tal como 1 Tesalonicenses 4:16: «El SEÑOR mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios».

El Rey victorioso

Tal vez no sea sorpresa que los cristianos tengan diferencias en cuanto a sus nociones del futuro. Esto se debe en parte a que el futuro no es claro para nosotros puesto que todavía no ha sucedido! Pero independientemente del tiempo del retorno de Cristo, todos los cristianos piensan que la victoria final de Cristo sobre Satanás (descrita en Apocalipsis 20:7-10) tendrá lugar en el futuro. Piensan que Satanás «será liberado de su prisión» (Ap 20:7) para reunir para la batalla a los que él ha engañado. En esa batalla final Jesús derrotará a Satanás y a sus ejércitos de una vez por todas. Al final de la batalla Satanás «será arrojado al lago de fuego y azufre ... (donde) será atormentado día y noche por los siglos de los siglos» (Ap 20:10). Al final de esa batalla final, Jesús, el Rey victorioso, ejecutará su juicio final. Y entonces reinará para siempre jamás.

Como Jesús le dijo a Juan, esto es algo en que los cristianos pueden hallar gran esperanza, porque sus «palabras son verdaderas y dignas de confianza» (Ap 22:6). Jesús dijo: «¡Miren que vengo pronto! Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho» (Ap 22:12). La respuesta de los que son cristianos en Jesús, independientemente de su interpretación de Apocalipsis 20:1-6, debe ser como la de Juan: «Amén. ¡Ven, SEÑOR Jesús!» (Ap 22:20).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cuáles son algunas de las cosas, en términos escatológicos, en las que todos los cristianos deberían concordar? ¿Cuáles de estas cosas le dan a usted la mayor alegría?
2. ¿Cuáles son algunos asuntos, en términos escatológicos, en los que los cristianos difieren? ¿Cómo deberían los cristianos lidiar con estas diferencias?
3. Dedique un momento para leer Apocalipsis 22:12. En respuesta a esa lectura, dedique un momento para orar con base en la oración de Juan que se halla en Apocalipsis 22:20.

19

¿Qué es el juicio final?

Después del reinado de Cristo de mil años (de acuerdo a cualquiera de las tres nociones que se consideraron en el capítulo anterior) y de la derrota final de Satanás y su ejército, Jesucristo juzgará a toda la humanidad desde su *gran trono blanco* (cf. Ap 20:11-15).

Este juicio final es la culminación de muchos precursores en toda la historia en la que Dios recompensó la justicia y castigó la injusticia (p.e, el diluvio de Génesis 6-9, o la destrucción por fuego de Sodoma y Gomorra en Génesis 19:1-26). El juicio final es «el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio» (Ro 2:5). Es el día que Dios ha determinado para «juzgar al mundo con justicia» por medio de Cristo (Hch 17:31).

¿Qué sucede en el juicio final?

Jesús «ha sido nombrado por Dios como juez de vivos y muertos» (Hch 10:42; cf. 2 Ti 4:1 y Mt 25:31-33). Dios le dio su «autoridad para juzgar» (Jn 5:27). Este «momento de juzgar a los muertos ... (será un tiempo para) recompensar ... (a los siervos de Dios y un tiempo para) destruir a los que destruyen la tierra» (Ap 11:18). Por consiguiente, en este tiempo tanto los que creen en Jesús como los que no creen en él, serán juzgados.

En cuanto a los no cristianos, Pablo dice: «Pero los que por egoísmo rechazan la verdad para aferrarse a la maldad, recibirán el gran castigo de Dios» (Ro 2:8). Ya en el Antiguo Testamento hay una seguridad de que «Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto» (Ec 12:14). Los que no han mirado a Jesús para su salvación serán juzgados conforme a lo que hayan hecho (cf. Ap 20:12). Dios será justo. El grado de castigo variará de acuerdo a lo que cada persona haya hecho, porque algunos «recibirán peor castigo» (Lc 20:47). De acuerdo a la enseñanza de Jesús en cuanto a la diferencia entre el siervo que sabía la voluntad de su amo y el que no la sabía (cf. Lc 12:47-48), parece que el castigo también variará de acuerdo a cuánto conocimiento tuvieron las personas en cuanto a los requisitos exigidos por Dios.

Nosotros, los que creemos en Jesús, también *tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuentas de nosotros mismos a Dios* (cf. Ro 14:10-12). Pero el juicio final para los cristianos no será de castigo, sino de recompensa. Jesús promete en Juan 5:24 que «el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida». Pablo confirma esto cuando escribe en Romanos 8:1: «ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús».

Por consiguiente, el juicio final no debe ser una fuente de temor para los cristianos sino más bien un estímulo para que se fijen como meta el *agradar* a Dios (cf. 2 Co 5:9). Todo pecado que hemos cometido ha quedado pagado eternamente por Cristo y por consiguiente está perdonado eternamente por Dios. En el juicio, recibiremos las recompensas debidas «según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo» (2 Co 5:10). El mal pasará, y el bien será recompensado (cf. 1 Co 3:12-15).

Aunque habrá grados de recompensa en el cielo, el gozo de todos será completo. Esto se debe a que nuestro gozo no vendrá de lo que poseemos o nuestra situación, sino de nuestra relación con Dios. En el cielo nuestro gozo al deleitarnos plenamente en Dios, nuestro gozo al poder estar en su presencia y postrarnos ante su trono para adorarle, será más grande que el gozo que se halle en alguna recompensa (cf. Ap 4:10-11).

En vez de fomentar un espíritu de competencia, el hecho de que recibiremos una recompensa por lo que hayamos hecho debe estimularnos a: «Preocup(arnos) los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras. No dej(ándonos) de congregar, como acostumbran hacerlo algunos, sino anim(ándonos) unos a otros» (Heb 10:24-25).

Los cristianos y los no cristianos no son los únicos que serán juzgados. En Judas 6 y 2 Pedro 2:4 nos dicen que los ángeles rebeldes también serán juzgados, y en 1 Corintios 6:3 nos afirman que los ángeles buenos serán evaluados por su obra y servicio.

El propósito del juicio final

El juicio final no será un lugar para que Dios pueda determinar la condición de corazón de cada persona, porque él ha conocido la condición final de todo corazón antes que el tiempo empiece. Más bien tendrá lugar para que Dios pueda exhibir su gloria a toda la humanidad demostrando simultáneamente su justicia y su misericordia.

El juicio final será enteramente justo. Cada persona, sea destinada a la gloria eterna o a la condenación eterna, será tratada con mayor justicia en el juicio final que en cualquier otro tiempo. Dios juzgará «con imparcialidad las obras de cada uno» (1 P 1:17), «Porque con Dios no hay favoritismos» (Ro 2:11). Dios será glorificado en este juicio final que clamaremos: «¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, pues sus juicios son verdaderos y justos» (Ap 19:1-2).

La aplicación del juicio final

Debido a que hay un juicio final, tenemos la certeza de que el universo de Dios es justo, y que satisface nuestro sentido interno de una necesidad de justicia en el mundo. El juicio final nos asegura que, independientemente de lo que suceda, Dios tiene las riendas y a la larga llevará a su fin apropiado toda situación. Pablo escribe que «El que hace el mal pagará por su propia maldad, y en esto no hay favoritismos» (Col 3:25).

Por consiguiente, a la luz del juicio final, los cristianos deben poder perdonarse libremente unos a otros, porque sabemos que toda cuenta quedará juzgada en ese día y todos los males serán puestos a la luz. Debido a que hay un juicio final, los cristianos nunca deben tratar de vengarse por sí mismos sino más bien «dej(ar) el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: “Mía es la venganza; yo pagaré”, dice el SEÑOR» (Ro 12:19). Cuando nos hacen algo malo,

podemos llevar a Dios el deseo de justicia, pidiéndole que obre justicia a nuestro favor. Podemos tener la confianza de que el castigo debido al ofensor será ejecutado; que caerá en los hombros de Cristo o en los del ofensor por toda la eternidad. Cuando actuamos de esta manera, estamos siguiendo el ejemplo de Cristo, porque: «Cuando proferían insultos contra él, no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que juzga con justicia» (1 P 2:23).

El juicio final también nos provee de motivación para vivir todos los días en obediencia a Dios y de esta manera «acumul(ar) ... tesoros en el cielo» (Mt 6:20). Aun cuando estos tesoros no nos harán ganar la salvación, sí nos permitirán recibir la recompensa por el bien que hayamos hecho.

El juicio final también nos provee de un estímulo para decirles a otros las buenas nuevas de Jesús. La demora del retorno de Cristo y el juicio final se debe a que Dios no desea «que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9). Por consiguiente, los que creen en Jesús deben proclamarles a otros las buenas noticias. Las claras advertencias de la Biblia del juicio final deben animar a los no cristianos a dejar su pecado y mirar a Jesús para su salvación.

¿Qué acerca del infierno?

En el juicio final, los que han rechazado las afirmaciones de Jesús irán a un lugar de castigo eterno. Ese lugar, afirma la Biblia, es el infierno.

Las descripciones que la Biblia da del infierno son un poco difíciles de entender, sin embargo, a simple vista nos pueden perturbar. Jesús habla de infierno como el «fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25:41), y dice que los que lo rechazan irán allá. Es un lugar en donde «su gusano no muere, y el fuego no se apaga» (Mr 9:48). Es un «lugar de tormento» (Lc 16:28). Juan nos dice que es un lugar en donde los que rechazan a Jesús, juntamente con el diablo y sus ángeles, «beberá(n) también el vino del furor de Dios, que en la copa de su ira está puro, no diluido. Será(n) atormentado(s) con fuego y azufre, en presencia de los santos ángeles y del Cordero» (Ap 14:10). «El humo de ese tormento sube por los siglos de los siglos. No habrá descanso ni de día ni de noche» (Ap 14:11).

En tanto que los cristianos en Cristo no deben temer al infierno, deben pensar de este destino solo con gran solemnidad y tristeza. Incluso Dios mismo dijo: «no me alegro con la muerte del malvado» (Ez 33:11). Aunque es difícil pensar al respecto, la Biblia enseña tan claramente la doctrina del infierno que no parece haber alguna manera aceptable de negarlo y todavía estar sujetos a la Palabra de Dios. Además, en un universo en donde impera el mal, el cual exige la ira justa de un Dios santo y justo, debemos también darnos cuenta de que el mal no puede seguir sin recibir castigo. Todos los juicios de Dios son justos y rectos, porque «El SEÑOR es justo ... y en él no hay injusticia» (Sal 92:15).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Qué les sucede a los cristianos en el juicio final? ¿Qué les sucederá a los que han rechazado las afirmaciones de Jesús?
2. ¿De qué manera su entendimiento del juicio final afecta su vida hoy? ¿Cómo afecta la manera en que se relaciona con otros?
3. ¿Qué nos dice la Biblia en cuanto al infierno? ¿De qué manera le hace sentir su comprensión del infierno? ¿Por qué le hace sentirse de esa manera?

20

¿Qué es el cielo?

Después del juicio final, los que creen en Jesús entrarán a disfrutar plenamente la vida que han anhelado. Oirán a Jesús decir algo como: «Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo» (Mt 25:34), y vivirán por la eternidad en la presencia de Dios. En tanto que algunos a menudo se refieren a este reino como simplemente *el cielo*, la Biblia en realidad pinta un cuadro incluso más rico de un nuevo cielo y una nueva tierra.

La Biblia promete una creación enteramente renovada. Será «el cielo nuevo y la tierra nueva» que Dios hará (Is 66:22), un lugar tan rico y tan bueno y nuevo que «las cosas pasadas»: como la muerte, el dolor, la tristeza y el sufrimiento, «no volverán a mencionarse ... ni se traerán a la memoria» (Is 65:17). Es un lugar en donde el cielo y la tierra se unirán (cf. Ap 21:2), y una voz desde el trono de Dios anunciará: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios» (Ap 21:3).

Renovación del cielo, la tierra y la creación.

La Biblia frecuentemente se refiere al *cielo* como el lugar en donde mora Dios. Por ejemplo, Jesús les enseñó a sus discípulos a orar: «Padre nuestro que estás en el cielo» (Mt 6:9). Pedro dice que Jesús «subió al cielo y tomó su lugar a la derecha de Dios» (1 P 3:22). El cielo es un lugar en donde él da a conocer más plenamente su presencia para bendecir. Aunque él está en todas partes, su presencia para bendecir y su gloria se verán más claramente en el cielo. El cielo es el lugar en donde todos le adoraremos.

Además de hacer un cielo renovado, Dios renovará su creación terrenal: la tierra y los que moran en ella (cf. 2 P 3:13; Ap 21:1). Pablo escribe que «la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Ro 8:21). Ya no habrán los «cardos y espinas» (Gn 3:18) que Dios impuso en castigo por el pecado, ni habrá otras distorsiones de la naturaleza que traen destrucción, tales como huracanes y torbellinos, inundaciones, sequías y terremotos. Será restaurado el paraíso.

Los que vivan en la tierra renovada tendrán cuerpos nuevos y glorificados que nunca envejecerán ni se debilitarán ni se enfermarán. Una vez eliminada la maldición de pecado, toda la creación será vuelta a su estado original, que fue *muy buena* (cf. Gn 1:31).

La vida en el cielo y la tierra renovados incluirá muchas de las buenas cosas de la vida en la tierra, solo que serán muchísimo mejores: todos comerán y beberán en la cena de bodas del Cordero (cf. Ap 19:9); Jesús de nuevo beberá vino con sus discípulos (cf. Lc 22:18); «un río de agua de vida ... corr(erá) por el centro de la calle principal de la ciudad, ... (y) el árbol de la vida» (Ap 22:1-3) rendirá doce clases de frutos: uno para cada mes.

La música ciertamente es prominente en las descripciones del cielo en Apocalipsis. Revela que la música y otras actividades artísticas serán hechas con toda la excelencia para la gloria de Dios. Los seres humanos probablemente continuarán ejerciendo dominio sobre la tierra y sus recursos mediante medios tecnológicos, creativos e inventivos; lo que refleja plenamente su creación a imagen de Dios. Y aunque los seres humanos, en sus nuevos cuerpos, serán semejantes a Dios, no serán Dios. Así que, por ejemplo, no tendremos conocimiento infinito sino que continuamente y para siempre estaremos creciendo en el conocimiento de él, que es infinito (cf. Col 1:10).

Finalmente, los cielos y tierra renovados serán el lugar en donde podremos disfrutar plenamente de los «tesoros en el cielo» (Mt 6:20) que hemos acumulado para nosotros durante la vida en la tierra. Esto es un estímulo maravilloso para que «hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe» (Gá 6:10). Por consiguiente, como cristianos en Jesús, debemos vivir «una conducta intachable ... (mientras) esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia» (2 P 3:11,13).

La gloria innegable de Dios

Además de ser un lugar de inimaginable belleza, el cielo será un sitio en donde la gloria de Dios será tan innegablemente evidente que toda la creación funcionará en plena cooperación con la voluntad de Dios. Por consiguiente, el mundo ya no estará «arruinado»; funcionará como se supone que debe funcionar. Todas las personas allí no estarán «arruinadas», porque trabajarán y actuarán, y se relacionarán unas con otras como se supone que deben hacerlo. Ya no habrá ningún dolor ni tristeza, ni aflicción ni tragedia, porque Dios mismo morará con su pueblo. «Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir» (Ap 21:4).

Pero incluso más emocionante es el hecho de que la comunión con Dios será sin estorbos. Para siempre podremos interactuar con él y adorarle como fuimos diseñados para hacerlo. La ciudad no tendrá necesidad de luz, «porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera» (Ap 21:23). Este será el cumplimiento del propósito de Dios para llamarnos «por su propia gloria y potencia» (2 P 1:3). Moraremos para siempre «con gran alegría ante su gloriosa presencia» (Jud 24; cf. Ro 8:18; 1 Co 15:23; 2 Co 4:17; 1 Ts 2:12 y 1 P 5:4,10).

Nuestro más grande gozo será que veremos a Dios *cara a cara* (cf. Ap 22:4). La vista de la cara de Dios será el cumplimiento de todo lo que sabemos que es bueno, justo y deseable en el universo. En la cara de Dios veremos y experimentaremos la realización de todo anhelo que jamás hayamos tenido: el anhelo de conocer el amor perfecto, la paz y el gozo; de saber la verdad y la justicia; la santidad y la sabiduría; la bondad y el poder; la gloria y la belleza. Descubriremos que en la presencia de Dios hay *alegría* y a la

diestra de Dios hay *dicha eterna* (cf. Sal 16:11).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Puede usted mencionar algunas de las cosas que la Biblia dice en cuanto al cielo?
2. ¿De qué maneras las descripciones que la Biblia da del cielo le sorprenden, le animan y le hacen desearlo incluso más?
3. Dedique un momento para orar, agradeciéndole a Dios por aspectos específicos del cielo.

Apéndice

1

Confesiones históricas de fe

Este apéndice reimprime tres de las más significativas confesiones de fe de la iglesia antigua: el Credo de los Apóstoles (siglos III y IV d.C.), el Credo Niceno (325 a 381 d.C.) y el Credo de Calcedonia (451 d.C.). También he incluido la Declaración de Chicago sobre la inerrancia bíblica (1978), porque fue el producto de una conferencia que representaba a una amplia variedad de tradiciones evangélicas, y debido a que ha obtenido amplia aceptación como valioso estandarte doctrinal respecto a un asunto de controversia reciente y actual en la iglesia.

Credo de los Apóstoles

(Siglos III o IV d.C.)

Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro SEÑOR; que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de la virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, **fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos;** ascendió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre; desde donde vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo; la santa iglesia universal, la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de los muertos, y la vida perdurable. Amén.

Credo Niceno

(325 d.C; revisado en Constantinopla, 381 d.C.)

Creo en un solo Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles e invisibles;

Y en un solo SEÑOR Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los mundos, Dios de dioses, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero, engendrado, no hecho, cosustancial con el Padre; por el cual todas las cosas fueron hechas, el cual por amor a nosotros y por nuestra salvación descendió del cielo, y fue encarnado por el Espíritu santo en la virgen María, y fue hecho hombre, y fue crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado; y al tercer día resucitó según las Escrituras, ascendió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre. y vendrá otra vez con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos; y su reino no tendrá fin.

Y creo en el Espíritu Santo, SEÑOR y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo,¹ el cual con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado; que habló por los profetas. Y creo en una santa iglesia católica y apostólica. Confieso un bautismo para remisión de pecados, y espero la resurrección de los muertos, y la vida del mundo venidero. Amén.

Credo de Calcedonia

(451 d.C.)

Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos de común consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y el mismo Hijo, nuestro SEÑOR Jesucristo, el mismo perfecto en Deidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de cuerpo y alma racional; cosustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Deidad, y cosustancial con nosotros de acuerdo a la humanidad; en todas las cosas como nosotros, sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades, de acuerdo a la Deidad; y en estos postreros días, para nosotros, y por nuestra salvación, nacido de la virgen María, de acuerdo a la humanidad; uno y el mismo, Cristo, Hijo, SEÑOR, Unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas, inconfundibles, incambiables, indivisibles, inseparables; por ningún medio de distinción de naturalezas desaparece por la unión, más bien es preservada la propiedad de cada naturaleza y concurrentes en una Persona y una Sustancia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, y Unigénito, Dios, la Palabra, el SEÑOR Jesucristo; como los profetas desde el principio lo han declarado con respecto a él, y como el SEÑOR Jesucristo mismo nos lo ha enseñado, y el Credo de los Santos Padres que nos ha sido dado. Amén.

**Declaración de Chicago sobre la
Inerrabilidad Bíblica**
(1978)

Prefacio

La autoridad de la Escritura es el tema clave para la iglesia cristiana, en esta y en cada edad. Los que profesan fe en Jesucristo como SEÑOR y Salvador, son llamados a mostrar la realidad de su discipulado al obedecer humilde y fielmente la Palabra de Dios escrita. El extraviarse de la Escritura en fe y en conducta es deslealtad a nuestro Maestro. El reconocimiento de la verdad total y la confiabilidad de la Santa Escritura es esencial para una comprensión total y una adecuada confesión de su autoridad.

La siguiente declaración afirma la inerrancia de las Escrituras de nuevo, haciendo claro nuestro entendimiento y advirtiendo en contra de su negación. Estamos persuadidos que negarla es poner a un lado el testimonio de Jesucristo y del Espíritu Santo y negarse a la sumisión de las demandas de la Palabra de Dios que marca la verdadera fe cristiana. Nosotros vemos como nuestra obligación oportuna hacer esta afirmación frente a los deslices corrientes de la verdad de la inerrancia entre nuestros hermanos cristianos y el malentendido de esta doctrina en el mundo en general.

Esta declaración consiste de tres partes: Una Declaración Sumaria, Artículos de Afirmación y Negación, y una Exposición que la acompaña [que no se incluye en el Apéndice]. Ha sido preparada en el curso de una consulta de tres días en Chicago. Los que han firmado la Declaración Sumaria y los artículos desean afirmar su propia convicción de la inerrancia de las Escrituras y animar y desafiarse unos a otros y a todos los cristianos a un creciente aprecio y comprensión de esta doctrina. Reconocemos las limitaciones de un documento preparado en una conferencia breve e intensiva, y no proponemos que a esta Declaración se le dé peso de credo. Sin embargo nos regocijamos en la profundización de nuestras propias convicciones mediante

nuestras discusiones, y oramos que la Declaración que hemos firmado pueda ser usada para la gloria de Dios hacia una nueva reforma de la iglesia en su fe, vida y misión.

Ofrecemos esta Declaración en un espíritu, no de contención, sino de humildad y amor, que nos proponemos por la gracia de Dios mantenerlo en cualquier diálogo futuro que surja de lo que hemos dicho. De buen grado reconocemos que muchos que niegan la inerrancia de las Escrituras no muestran las consecuencias de esta negación en el resto de su creencia y conducta, y estamos conscientes de que los que confiesan esta doctrina a menudo la niegan en la vida al no llevar a nuestros pensamientos y obras, nuestras tradiciones y hábitos, a la verdadera sujeción a la divina Palabra. Invitamos respuestas a esta declaración de cualquiera que vea razón para enmendar sus afirmaciones en cuanto a la Escritura a la luz de la Escritura misma, bajo cuya infalible autoridad estamos al hablar. No reclamamos infalibilidad personal por el testimonio que damos, y por cualquier ayuda que nos permita fortalecer este testimonio de la palabra de Dios estaremos agradecidos.

Declaración sumaria

1. Dios, quien es la Verdad y habla solo la verdad, ha inspirado la Santa Escritura para por ella revelarse a sí mismo a la humanidad perdida, por Jesucristo como Creador, SEÑOR, Redentor y Juez. La Santa Escritura es el testimonio de Dios de sí mismo.

2. La Santa Escritura, siendo la propia Palabra de Dios, escrita por hombres preparados y supervisados por su Espíritu, es la autoridad divina infalible en todos los asuntos que menciona: tiene que ser creída como instrucción de Dios, en todo lo que afirma; obedecida, como mandato de Dios, en todo lo que requiere; abrazada, como garantía de Dios, en todo lo que promete.

3. El Espíritu Santo, Autor divino de la Escritura, nos la autentica por su testimonio interno y abre nuestras mentes para entender su significado.

4. Siendo total y verbalmente dada por Dios, la Escritura es sin error o falta en todo lo que enseña, no menos en lo que declara acerca de los actos de Dios en la creación, los sucesos de la historia mundial y acerca de los propios orígenes literarios bajo Dios y en su testimonio de la gracia salvadora de Dios en las vidas individuales.

5. La autoridad de la Escritura es perjudicada inescapablemente si de alguna manera esta total inerrancia divina se limita o desdeña, o se la hace relativa a un punto de vista de la verdad contrario a la misma Biblia; tales caídas traen serias pérdidas al individuo y a la iglesia.

II. Artículos de afirmación y negación

Artículo I

Afirmamos que las Santas Escrituras han de ser recibidas como la autoritativa Palabra de Dios.

Negamos que las Escrituras reciben su autoridad de la iglesia, tradición o de alguna otra fuente humana.

Artículo II

Afirmamos que las Escrituras son la norma escrita suprema por la que Dios liga la conciencia, y que la autoridad de la iglesia es subordinada a las Escrituras.

Negamos que los credos, concilios, o declaraciones de la iglesia, tengan mayor o la misma autoridad que la Biblia.

Artículo III

Afirmamos que la Palabra escrita en su totalidad es la revelación dada por Dios.

Negamos que la Biblia es meramente un testigo de la revelación, o que solo viene a ser revelación en un encuentro o que depende de las respuestas del hombre para su validez.

Artículo IV

Afirmamos que Dios, que hizo al hombre a su imagen, ha usado el lenguaje como un medio de revelación.

Negamos que el lenguaje humano es tan limitado por nuestra condición de criaturas que lo hace inadecuado como vehículo de la revelación divina. Además negamos que la corrupción de la cultura y el lenguaje humano, por el pecado haya frustrado la obra de inspiración divina.

Artículo V

Afirmamos que la revelación de Dios en las Sagradas

Escrituras fue progresiva.

Negamos que una revelación posterior, que podría llenar la revelación temprana, la corrija o la contradiga. Además negamos que alguna revelación normativa haya sido dada desde que se completaron los escritos del Nuevo Testamento.

Artículo VI

Afirmamos que la totalidad de la Escritura y todas sus partes, hasta las palabras mismas del original, fueron dadas por inspiración divina.

Negamos que la inspiración de la Escritura puede ser afirmada apropiadamente del todo sin las partes, o de algunas partes pero no del todo.

Artículo VII

Afirmamos que la inspiración fue la obra en la que Dios por su Espíritu por medio de escritores humanos, nos dio su palabra. El origen de la Escritura es divino. El modo de la inspiración divina sigue siendo en gran parte un misterio para nosotros.

Negamos que la inspiración puede ser reducida a la perspicacia humana, o a estados elevados de conciencia de cualquier tipo.

Artículo VIII

Afirmamos que Dios en su obra de inspiración utilizó las personalidades distintivas y los estilos literarios de los escritores a los que había elegido y preparado.

Negamos que Dios, al hacer que esos escritores usen las mismas palabras que él eligió, anuló sus personalidades.

Artículo IX

Afirmamos que la inspiración, aunque no confiere omnisciencia, garantizó la verdad y expresión confiable en todos los temas respecto a los que los autores bíblicos fueron

movidos a hablar o escribir.

Negamos que la naturaleza finita o caída de estos escritores, ya sea por necesidad u otra razón, introdujeron distorsión o falsedad en la Palabra de Dios.

Artículo X

Afirmamos que la inspiración, estrictamente hablando, se aplica solamente al texto autógrafo de la Escritura, que, en la providencia de Dios, se puede verificar a partir de los manuscritos disponibles con gran exactitud. Además afirmamos que las copias y traducciones de la Escritura son la Palabra de Dios, hasta el punto en que ella representan fielmente el original.

Negamos que algún elemento esencial de la fe cristiana es afectado por la ausencia de los autógrafos. Además negamos que esta ausencia haga inválida o irrelevante la afirmación de la inerrancia bíblica.

Artículo XI

Afirmamos que la Escritura, habiendo sido dada por inspiración divina, es infalible; por lo tanto, lejos de engañarnos, es verdad y confiable en todos los asuntos que considera.

Negamos que es posible que la Biblia sea al mismo tiempo infalible y errónea en sus afirmaciones. Se puede distinguir entre la infalibilidad y la inerrancia, pero no separarlas.

Artículo XII

Afirmamos que la Escritura en su totalidad es inerrante, siendo libre de falsedad, fraude o engaño.

Negamos que la infalibilidad e inerrancia bíblica sean limitadas a lo espiritual, a lo religioso y los temas de la redención, excluyendo las afirmaciones en los campos de historia y ciencia. Además, negamos que las hipótesis científicas acerca de la historia de la tierra, puedan ser

usadas apropiadamente para negar la enseñanza de la Escritura sobre la creación y el diluvio.

Artículo XIII

Afirmamos la conveniencia de usar inerrancia como un término teológico con referencia a la veracidad total de la Escritura.

Negamos que es correcto evaluar la Escritura de acuerdo a las normas de verdad y error que son ajenos a su uso o propósito. Además negamos que la inerrancia es negada por fenómenos bíblicos tales como una falta de precisión técnica moderna, irregularidades en la gramática u ortografía, descripciones observadas de la naturaleza, el relato de mentiras, el uso de hipérboles y números redondos, el arreglo temático del material, las selecciones variantes del material en relatos paralelos, o el uso de citas libres.

Artículo XIV

Afirmamos la unidad y la consistencia interna de la Escritura.

Negamos que los supuestos errores y discrepancias que no han sido todavía resueltos vicien la verdad de las afirmaciones de la Biblia.

Artículo XV

Afirmamos que la doctrina de la inerrancia se basa en la enseñanza de la Biblia acerca de la inspiración.

Negamos que la enseñanza de Jesús acerca de la Escritura pueda ser descartada, apelando a acomodados a la vida humana o a alguna limitación natural de su humanidad.

Artículo XVI

Afirmamos que la doctrina de la inerrancia ha sido integral a la fe de la iglesia en toda su historia.

Negamos que la inerrancia es una doctrina inventada por el Protestantismo escolástico, o que es una posición

reaccionaria postulada en respuesta a la alta crítica negativa.

Artículo XVII

Afirmamos que el Espíritu Santo da testimonio de la Escritura, asegurando a los cristianos la veracidad de la Palabra de Dios escrita.

Negamos que este testimonio del Espíritu Santo opera en aislamiento de, o en contra de la Escritura.

Artículo XVIII

Afirmamos que el texto de la Escritura es para ser interpretado por una exégesis gramático-histórica, tomando en cuenta sus formas literarias y sus mecanismos, y que la Escritura ha de interpretar la Escritura.

Negamos la legitimidad de cualquier tratamiento del texto o búsqueda de fuentes que conduce al relativismo, a la deshistoricidad o descartar sus enseñanzas, o rechazar sus afirmaciones de autoría.

Artículo XIX

Afirmamos que una confesión de total autoridad, infalibilidad e inerrancia de la Escritura es vital para un sano entendimiento de la fe cristiana total. Además afirmamos que tal confesión debiera dirigirnos a aumentar nuestra conformidad a la imagen de Cristo.

Negamos que tal confesión sea necesaria para la salvación. Sin embargo, negamos además, que la inerrancia pueda ser rechazada sin graves consecuencias, tanto para el individuo como para la iglesia.

1. La frase «y el Hijo» fue añadida después del concilio de Constantinopla en 381 pero comúnmente se la incluye en el texto del Credo Niceno que usan las iglesias protestantes y católico romana hoy. La frase no está incluida en el texto que usan las iglesias ortodoxas.

Apéndice

2

Libros para consultar más sobre la Teología Sistemática

Libros para Lectura Adicional en Teología Sistemática
Algunos lectores tal vez quieran estudiar más sobre los temas que se cubren en este libro. El campo general para el estudio de la doctrina cristiana se llama «teología sistemática». Para una consideración más detallada de los temas de este libro y muchos otros, sugiero que los lectores empiecen con uno de los dos libros que he escrito sobre estos temas:

Wayne Grudem, *Teología Sistemática: Una introducción a la doctrina cristiana* será publicada próximamente por Editorial Vida.

Además de estas obras, la siguiente bibliografía menciona otras teologías sistemáticas evangélicas disponibles en inglés y también unas pocas guías más cortas a la doctrina cristiana. He indicado la tradición teológica amplia de cada autor, y he procurado incluir uno o dos volúmenes de cada una de las principales tradiciones teológicas o denominacionales dentro del mundo evangélico.

Con excepción de los dos libros católico romano que he incluido para dar algún acceso al catolicismo romano (el texto tradicional de teología por Ott, y el Catecismo de 1994), todos los autores de la lista caen en forma general dentro de la posición teológica «evangélica conservadora».¹

Berkhof, Louis, Teología Sistemática. Publicaciones T.E.L.L., Grand Rapids, 1969.

Este es el libro de texto estándar Reformado para teología sistemática, escrito por el que fue presidente del Calvin Seminary de Grand Rapids, Michigan. El libro es un gran tesoro de información y análisis, y probablemente la teología sistemática de un solo volumen más útil disponible desde cualquier perspectiva teológica. Berkhof vivió de 1873 a 1957.

Boice, James Montgomery. Foundations of the Christian Faith [Cimientos de fe cristiana]. Edición revisada en un solo volumen. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1986.

Boyce, James Pettigru. Abstract of Systematic Theology [Sumario de teología sistemática]. Ed. reimp. Christian Gospel Foundation, n.l., n.f. Primero publicada en 1887.

Esta teología sistemática bautista también es reformada en orientación doctrinal. Boyce (1827-88) fue presidente del Southern Baptist Seminary en Louisville, Kentucky, y profesor de teología sistemática allí.

Calvino, Juan, Institución de la Religión Cristiana, dos volúmenes. Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, (Z.H), Países Bajos, 1968.

Carter, Charles W., ed. A Contemporary Wesleyan Theology: Biblical, Systematic, and Practical [Una teología wesleyana contemporánea: Bíblica, sistemática y práctica]. 2 vols. Francis Asbury Press (Zondervan), Grand Rapids, Mich., 1983.

Esta es una colección de 24 ensayos sobre temas doctrinales principales por varios eruditos que representan una amplia variedad de denominaciones e instituciones wesleyanas conservadoras. El conjunto también incluye algunos ensayos de teología práctica y ética. Charles Carter, que contribuyó cuatro de los capítulos, fue profesor de religión y misiones en el Marion College (hoy Indiana Wesleyan University) en Marion, Indiana. El Comité Asesor para los volúmenes incluyó

representantes de las iglesias metodista unida, metodista libre, iglesia del Nazareno, iglesia misionera, Ejército de Salvación, iglesia wesleyana, y otras.

Catechism of the Catholic Church [Catecismo de la Iglesia Católica], traducción al inglés. Ignatius Press, San Francisco, 1994.

Esta es la mejor declaración al día de las posiciones doctrinales de la iglesia católica romana. Fue preparada por una comisión de cardenales y obispos bajo la dirección del cardenal Joseph Ratzinger (hoy papa Benedicto XVI). A su publicación, el papa Juan Pablo II escribió que «es una declaración de la fe de la iglesia y de la doctrina católica ... Declaró que es una norma segura para la enseñanza de la fe ... Este catecismo se da ... para que pueda ser un texto seguro y auténtico de referencia para enseñar la doctrina católica» (5).

Chafer, Lewis Sperry. Systematic Theology [Teología sistemática]. 7 vols. más vol. de índices. Dallas Seminary Press, Dallas, 1947 – 48.

_____. Systematic Theology: Abridged Edition [Teología sistemática: Edición abreviada]. 2 vols. Ed. por John F. Walvoord, Donald K. Campbell, y Roy B. Zuck. Victor, Wheaton, Ill., 1988.

Chafer (1871 – 1952) fue el primer presidente del Seminario Teológico de Dallas. La edición de siete volúmenes es la teología sistemática dispensacional más extensa jamás escrita. La edición en dos volúmenes es una condensación de la obra anterior.

Cottrell, Jack. What the Bible Says About God the Creator [Qué dice la Biblia en cuanto a Dios el Creador]. College Press, Joplin, Mo., 1983.

_____. What the Bible Says About God the Ruler [Qué dice la Biblia en cuanto a Dios el Rey]. College Press, Joplin, Mo., 1984.

_____. What the Bible Says About God the Redeemer [Qué

dice la Biblia en cuanto a Dios el Redentor]. College Press, Joplin, Mo., 1987.

Cottrell es un teólogo arminiano claro y pensador que enseña en el Cincinnati Bible Seminary (Iglesia cristiana o Iglesias de Cristo).

Dabney, Robert L. Discussions: Evangelical and Theological [Debates: Evangélicos y teológicos]. Banner of Truth, Londres, 1967. Reimpresión de la edición de 1890.

_____. Systematic Theology [Teología sistemática]. Banner of Truth, Edinburgh, 1985. Reimpresión de la edición de 1878.

Presbiteriano del sur que representaba una posición fuertemente reformada, Dabney (1820-98) fue profesor de teología en el Seminario Union en Virginia. También fue capellán y más tarde jefe de personal del general Stonewall Jackson durante la Guerra Civil Estadounidense.

Edwards, Jonathan. The Works of Jonathan Edwards [Obras de Jonatán Edwards]. 2 vols. Revisadas y corregidas por Edward Hickman. Banner of Truth, Edinburgh, 1974. Reimpresión de la edición de 1834.

Edwards (1703-58) fue pastor en Northampton, Massachusetts, y, por un mes antes de su muerte debido a una vacuna contra la viruela, presidente de Princeton. Algunos lo consideran el filósofo y teólogo estadounidense más grande. Él no escribió una teología sistemática entera, pero sus obras contienen escritos sobre la mayoría de temas teológicos. Es fuertemente reformado en perspectiva y combina pensamiento profundo con devoción cálida de corazón a Cristo. (Una nueva edición de las obras de Edwards está en proceso de publicación en Yale University Press).

Erickson, Millard, Christian Theology [Teología cristiana], Baker, Grand Rapids, Mich., 1985.

Este es un reciente libro de texto claro y muy exhaustivo de teología sistemática desde una perspectiva bautista. Erickson, que fue decano académico del Bethel Theological Seminary en St. Paul, Minnesota, ahora enseña en el Southwestern Baptist Seminary de Fort Worth, Texas. Este

libro incluye interacción con todas las mayores tendencias en la teología contemporánea no evangélica, así como también material útil para aplicación personal. Erickson también ha publicado una versión condensada de su libro, *Introducing Christian Doctrine* [Introducción a la doctrina cristiana], editado por L. Arnold Hustad (Baker, Grand Rapids, 1992).

Garrett, James Leo. *Systematic Theology: Biblical, Historical, Evangelical* [Teología sistemática: Bíblica, histórica, evangélica]. 2 vols. Eerdmans. Grand Rapids, 1990, 1995.

Garrett es un Bautista del Sur que es profesor distinguido de teología del Southwestern Baptist Theological Seminary de Fort Worth, Texas. Él interactúa extensamente y con una equidad escrupulosa tanto con autores evangélicos como no evangélicos, aunque él mismo está firmemente dentro del campo evangélico. Es bautista en sus convicciones, y sin embargo, da mucho más espacio para representar posiciones diferentes claramente que a argumentar a favor de su propia posición. Con 1530 páginas en total, estos volúmenes son un recurso asombrosamente rico de información histórica, bibliográfica y bíblica sobre cada doctrina que trata.

Geisler, Norman. *Systematic Theology* [Teología sistemática]. 4 vols.

Vol. 1: *Introduction/Bible* [Introducción y Biblia]. Bethany House, Minneapolis, 2002.

Vol. 2: *God/Creation* [Dios y creación]. Bethany House, Minneapolis, 2003.

Vol. 3: *Sin/Salvation* [Pecado y salvación]. Bethany House, Minneapolis, 2004.

Vol. 4: *Church/Last Things* [Iglesia y últimas cosas]. Bethany House, Minneapolis, 2005.

Geisler es decano del Southern Evangelical Seminary en Charlotte, Carolina del Norte. Esta obra prolongada y detallada es la culminación de sus muchos años de enseñar y escribir, recalcando un enfoque filosófico a

la teología, pero también dando atención a las Escrituras, la historia de la doctrina, y sus críticas de las desviaciones modernas de filosofía liberal de la teología ortodoxa.

Griffith Thomas, W. H. *The Principles of Theology: An Introduction to the Thirty-nine Articles* [Principios de teología: Una introducción a los treinta y nueve artículo]. 5ª ed., revisada. Church Book Room Press, Londres, 1956. Primero publicada en 1930.

Aunque este libro está estructurado alrededor de los treinta y nueve artículos anglicanos (o episcopales), funciona bien como un sesudo texto introductorio de doctrina cristiana incluso para los que están fuera de la tradición anglicana. Ha sido usado ampliamente en los círculos evangélicos británicos por muchos años. Griffith Thomas (1861-1924) fue rector de Wycliffe Hall, Oxford y luego profesor de Antiguo Testamento en el Wycliffe College, Toronto. También desempeñó un papel en la fundación del Seminario de Dallas poco antes de su muerte.

Grudem, Wayne. *Doctrina Bíblica. Enseñanzas esenciales de la fe cristiana*. Editorial Vida, Miami. (Condensación de su *Teología Sistemática*).

Grudem, Wayne. *Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine* [Teología sistemática: Una introducción a la doctrina bíblica]. Será publicada próximamente por Editorial Vida.

Henry, Carl F. H. *God, Revelation, and Authority* [Dios, revelación y autoridad]. 6 vols. Word, Waco, Tex., 1976 – 83.

Esta es una obra principal que contiene interacción detallada con cientos de otras posiciones académicas. Henry, (1913-2003) fue un teólogo evangélico destacado con grandes puntos fuertes especialmente en apologetica y teología filosófica.

Hodge, Charles. *Systematic Theology* [Teología sistemática]. 3 vols. Reimpresión, Eerdmans, Grand Rapids, Mich.,

1970. Primero publicada en 1871 – 73.

Esta teología sistemática reformada principal todavía se la usa ampliamente hoy. Hodge (1797-1878) fue profesor de teología sistemática en el Seminario Teológico Princeton.

Horton, Stanley M., ed. *Systematic Theology* [Teología sistemática]. Ed. rev. Gospel Publishing House, Springfield, Mo., 1995.

Horton es Profesor Distinguido Emérito de Biblia y Teología en el Seminario Teológico de las Asambleas de Dios en Springfield, Missouri. Este libro es una colección clara y cuidadosamente argumentada de dieciocho capítulos sobre temas de teología sistemática por eruditos pentecostales.

Lewis, Gordon R., y Bruce Demarest. *Integrative Theology* [Teología integradora]. 3 vols. Zondervan, Grand Rapids, 1987, 1990, 1994. Publicada como un solo volumen en 1996.

Lewis y Demarest son profesores de teología sistemática en el Seminario de Denver en Colorado, que es un seminario bautista conservador. Esta es una obra contemporánea excelente que integra material histórico, bíblico, apologético y práctico con la teología sistemática.

Litton, Edward Arthur. *Introduction to Dogmatic Theology* [Introducción a la teología dogmática]. Ed. por Philip E. Hughes. James Clarke, Londres, 1960. Primera edición publicada en 1882 – 92.

Esta es una teología sistemática anglicana (episcopal) estándar por un teólogo británico evangélico del siglo diecinueve. Litton vivió de 1813 a 1897.

McGrath, Alister E. *Christian Theology: An Introduction* [Teología cristiana: Introducción]. 2 ed. Blackwell, Oxford, 1997.

McGrath es rector de Wycliffe Hall, Oxford, conferencista investigación en teología de la Universidad Oxford, y profesor de investigación de

teología del Regent College, Vancouver. La primera parte de este libro útil (3-127) provee un sumario claro de la historia de la doctrina. La segunda parte (141-235) explica fuentes y métodos en teología. La última parte (239-563) trata en orden temático los temas que ordinariamente se cubren en la teología sistemática, primordialmente con un estudio amplio de puntos de vista antiguos y modernos sobre cada tema.

McGrath no aboga por una tradición teológica en particular en este libro, y más bien explica que «no trata de decirle a sus lectores qué creer, sino más bien procura explicarles lo que se ha creído, y equiparlos para decidir por sí mismos, describiendo las opciones que hay disponibles y sus orígenes históricos» (xvi).

Miley, John. Systematic Theology [Teología sistemática]. 2 vols. Library of Biblical and Theological Literature, vols. 5 – 6. Eaton and Mains, Nueva York: 1892 – 94. Reimpresión, Hendrickson, Peabody, Mass., 1989.

Esta es probablemente la teología sistemática arminiana más académica y extensa jamás escrita. Miley (1813-95) fue profesor del Seminario Teológico Drew en Madison, Nueva Jersey.

Milne, Bruce. Know the Truth [Conozca la verdad]. Ed. rev. InterVarsity Press, Leicester, UK; Downers Grove, Ill., 1998.

Esta guía sesuda, claramente escrita, y evangélica a la doctrina cristiana ha hallado amplio uso entre los estudiantes. Milne enseñó teología bíblica e histórica en el Spurgeon's College de Londres, y después de 1984 al 2001 fue ministro principal de la First Baptist Church de Vancouver, Columbia Británica, Canadá.

Mueller, John Theodore. Christian Dogmatics [Dogmática cristiana]. Concordia, St. Louis, 1934.

Esta es una condensación y traducción de Christliche Dogmatik (Dogmática cristiana) de Francis Pieper por un profesor de teología sistemática del Seminario Concordia, en St. Louis, institución del Sínodo Luterano de Missouri. Es una declaración excelente de la teología luterana conservadora.

Murray, John. Collected Writings of John Murray [Colección de escritos de John Murray]. 4 vols. Banner of Truth, Carlisle, Pa., 1976 – 82.

_____. The Imputation of Adam's Sin [Imputación del pecado de Adán]. Presbyterian and Reformed, Nutley, N.J., 1977. Primero publicado por Eerdmans, Grand Rapids, 1959.

_____. Redemption Accomplished and Applied [Redención lograda y aplicada]. Eerdmans, Grand Rapids, 1955.

Murray (1898-1975) profesor de teología sistemática en el Seminario Westminster de Filadelfia y uno de los defensores modernos más articulados de la teología reformada.

Oden, Thomas. Systematic Theology [Teología sistemática]. 3 vols.

Vol. 1: The Living God [El Dios viviente]. Harper & Row, San Francisco, 1987.

Vol. 2: The Word of Life [El Verbo de vida]. Harper & Row, San Francisco, 1989.

Vol. 3: Life in the Spirit [Vida en el Espíritu]. Harper & Row, San Francisco, 1992.

Oden es un teólogo metodista que ha pasado de sus convicciones teológicas liberales previas a una posición evangélica conservadora. Es profesor de teología y ética en la Universidad Drew en Madison, Nueva Jersey. Su método es «no hacer ninguna contribución nueva a la teología» sino afirmar y documentar la «enseñanza consensual» en la que todas las principales figuras y movimientos de la historia de la iglesia han concordado. Esta es una obra monumental de gran valor, con miles de citas (especialmente de escritores cristianos iniciales) sobre todo aspecto de la teología sistemática.

Olson, Arnold T. This We Believe: The Background and

Exposition of the Doctrinal Statement of The Evangelical Free Church of America [Esto creemos: Trasfondo y exposición de la declaración doctrinal de la Iglesia Evangélica Libre de los Estados Unidos de América]. Free Church Publications, Minneapolis, 1961.

Esta guía a la doctrina cristiana se basa en la ampliamente usada declaración de fe de la Iglesia Evangélica Libre de los Estados Unidos. Olson (1910-2003) fue el primer presidente de la Iglesia Evangélica Libre.

Ott, Ludwig. Fundamentals of Catholic Dogma [Fundamentos de dogma católico romano]. Ed. por James Canon Bastible. Trad. por Patrick Lynch. Herder, St. Louis, 1955. Primero publicado en alemán, 1952.

Este es el libro estándar de la teología católica romana tradicional.

Packer, J. I. Concise Theology: A Guide to Historic Christian Beliefs [Teología concisa: Una guía a las creencias cristianas históricas]. Tyndale House, Wheaton, Ill., 1993.

Este legible volumen hace honor a su nombre porque Packer, anglicano con fuertes convicciones reformadas, es experto para decir mucho en pocas palabras. Hasta su jubilación fue profesor de teología del Regent College en Vancouver, Columbia Británica, Canadá, y sigue siendo uno de los teólogos evangélicos más ampliamente respetados de nuestro tiempo.

Pieper, Francis. Christian Dogmatics [Dogmática cristiana]. 3 vols. Trad. por Theodore Engelder et al. Concordia, St. Louis, 1950 – 1957. Primero publicado en alemán, 1917 – 24.

Esta es la teología sistemática estándar del luteranismo conservador. Pieper (1852-1931) fue teólogo del sínodo de Missouri y profesor y presidente del Seminario Concordia en St. Louis.

Pope, William Burt. A Compendium of Christian Theology [Compendio de teología cristiana]. 2ª ed. 3 vols. Phillips and Hunt, Nueva York, n.f.

Esta obra, primero publicada en 1875-76, es una de las teologías sistemáticas más grandes escrita desde una perspectiva wesleyana o arminiana.

Reymond, Robert L. A New Systematic Theology of the Christian Faith [Nueva teología sistemática de la fe cristiana]. Thomas Nelson, Nashville, 1998.

Reymond es profesor en el Seminario Teológico Knox en Fort Lauderdale, Florida, y previamente enseñó por más de 20 años en el Seminario Covenant en St. Louis. Esta es una teología sistemática detallada, al día, desde una perspectiva reformada. Reymond introduce muchos de sus capítulos con una cita pertinente de la Confesión Westminster de Fe y se coloca a sí mismo firmemente dentro de esa tradición teológica.

Ryrie, Charles, Teología Básica, Unilit, Miami, 1993.

Esta es una introducción a la teología sistemática muy claramente presentada desde una perspectiva dispensacionista, escrita por un ex profesor de teología sistemática del Seminario Teológico de Dallas.

Shedd, William G. T. Dogmatic Theology [Teología Dogmática]. 3ª ed. Ed. por Alan W. Gomes. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N.J., 2003. Originalmente publicada por Charles Scribner's Sons, 1889.

Shedd (1820-94) se colocó claramente en la tradición reformada y enseñó en el Union Theological Seminary de Nueva York. Esta obra se ha usado ampliamente y se la valora en alto grado, aunque previamente estuvo disponible solo una edición de tres volúmenes difícil de usar. Ahora ha sido completamente editada y reorganizada por Alan Gomes, con la adición de claros subtítulos de sección, un glosario extenso, y traducción de todas las citas de lenguajes foráneos. Gomes es presidente del departamento de teología de Talbot School of Theology, Universidad Biola, en La Mirada, California.

Strong, Augustus H. Systematic Theology [Teología sistemática]. Judson Press, Valley Forge, Pa., 1907.

Strong (1836- 1921) fue presidente y profesor de teología en el Seminario Teológico Rochester y, de 1905 a 1910, primer presidente de la Northern Baptist Convention. Este texto se usó ampliamente en círculos bautistas por la mayoría del siglo XX hasta que fue prácticamente reemplazado por Christian Theology [Teología Cristiana] de Millard Erickson (1983 – 85).

Swindoll, Charles R., y Roy B. Zuck, eds. gen. Understanding Christian Theology [Cómo comprender la teología cristiana]. Thomas Nelson, Nashville, 2003.

Diez diferentes teólogos dispensacionalistas (Robert Saucy, J. Carl Laney, John Witmer, Robert Gromacki, Robert Lightner, Robert Pyne, Earl Radmacher, Henry Holloman, Edward Hayes, y John Walvoord) han escrito las diez secciones principales de este libro, que da una excelente declaración reciente de teología desde una perspectiva dispensacionalista. Todos los diez autores tienen vínculos con el Seminario de Dallas.

Thiessen, Henry Clarence. Introductory Lectures in Systematic Theology [Conferencias introductorias de teología sistemática]. Rev. por Vernon D. Doerksen. Eerdmans, Grand Rapids, 1977. Primero publicado en 1949.

Este es un libro de texto de teología sistemática evangélica por el que fue presidente de la facultad de la escuela graduada de Wheaton College. Thiessen es bautista y dispensacional en perspectiva teológica.

Wiley, H. Orton. Christian Theology [Teología cristiana]. 3 vols. Nazarene Publishing House, Kansas City, Mo., 1940 – 43.

Esta es una teología sistemática arminiana reciente por un teólogo respetado de la Iglesia del Nazareno. Probablemente la mejor teología sistemática arminiana publicada en el siglo XX, pero no se iguala a la obra de John Miley en profundidad académica.

Williams, J. Rodman. Renewal Theology: Systematic Theology from a Charismatic Perspective [Teología

renovada: Teología sistemática desde una perspectiva carismática]. 3 vols. Zondervan, Grand Rapids, 1988 – 92. Publicada en un volumen en 1996.

Williams es un erudito carismático que enseña en la Universidad Regent (anteriormente Universidad CBN) en Virginia Beach, Virginia. Esta teología claramente escrita interactúa extensamente con el texto bíblico y otra literatura. Es la primera que se publica desde una perspectiva explícitamente carismática.

¹ Una bibliografía anotada muy útil y de base más amplia, incluyendo notas sobre obras de varios eruditos prominentes de teología liberal, se puede hallar en John Jefferson Davis, *Theology Primer* (Baker, Grand Rapids, 1981), 74-79: ver también su «Brief Guide to Modern Theologians» en las pp. 39 – 55. Además, notas breves valiosas sobre docenas de teólogos importantes de todas las tradiciones teológicas se pueden hallar en Millard Erickson, *Concise Dictionary of Christian Theology* [Diccionario conciso de teología cristiana] (Baker, Grand Rapids, 1986). Ver también Stanley J. Grenz y Roger E. Olson, *20th Century Theology* [Teología del siglo XX]

About the Authors

Wayne Grudem es bachiller en artes de la Universidad de Harvard; maestro en divinidades, de Westminster Seminary; doctor en filosofía de la Universidad de Cambridge. También es profesor de investigación y teología del Phoenix Seminary, en Phoenix, Arizona, y autor de numerosos libros.

Elliot Grudem es maestro en divinidades de Reformed Theological Seminary en Orlando y pertenece al personal de Christ Our Comfort Presbyterian Church (PCA) en Raleigh, Carolina del Norte.

Praise

Estas son verdaderamente veinte creencias básicas que todo cristiano debe saber. Wayne Grudem es un maestro experto con la capacidad de explicar verdades profundas en lenguaje sencillo. Es un hombre de profunda convicción y pasión teológica; y los que leen este libro recibirán a la vez educación y estímulo en la fe.

—R. ALBERT MOHLER, hijo, Presidente,
The Southern Baptist Theological Seminary, Louisville,
Kentucky.

Basado en Teología Sistemática este sumario ciertamente ayudará a los principiantes a captar lo esencial de la fe.

—J. I. PACKER, Regent College, Vancouver, Columbia
Británica.

Al reducir Teología Sistemática de Wayne Grudem a un libro compacto, no pierdo mi entusiasmo por la verdad que él ama y la claridad de sus palabras.

—JOHN PIPER, Bethlehem Baptist Church,
Minneapolis, Minnesota.

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

DOCTRINA CRISTIANA

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2006
Miami, Florida

© 2006 por Wayne Grudem

All rights reserved under International and Pan-American Copyright Conventions. By payment of the required fees, you have been granted the non-exclusive, non-transferable right to access and read the text of this e-book on-screen. No part of this text may be reproduced, transmitted, down-loaded, decompiled, reverse engineered, or stored in or introduced into any information storage and retrieval system, in any form or by any means, whether electronic or mechanical, now known or hereinafter invented, without the express written permission of Zondervan e-books.

EPub Edition © APRIL 2013 ISBN: 978-0-829-77853-3

Originally published in the USA under the title:

Christian Beliefs

© 2005 by Wayne Grudem

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49530, U.S.A.

Traducción: *Dr. Miguel Mesías*

Edición: *Carlos Roberto Peña*

Diseño interior: *Cathy Spee*

Adaptación de cubierta: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

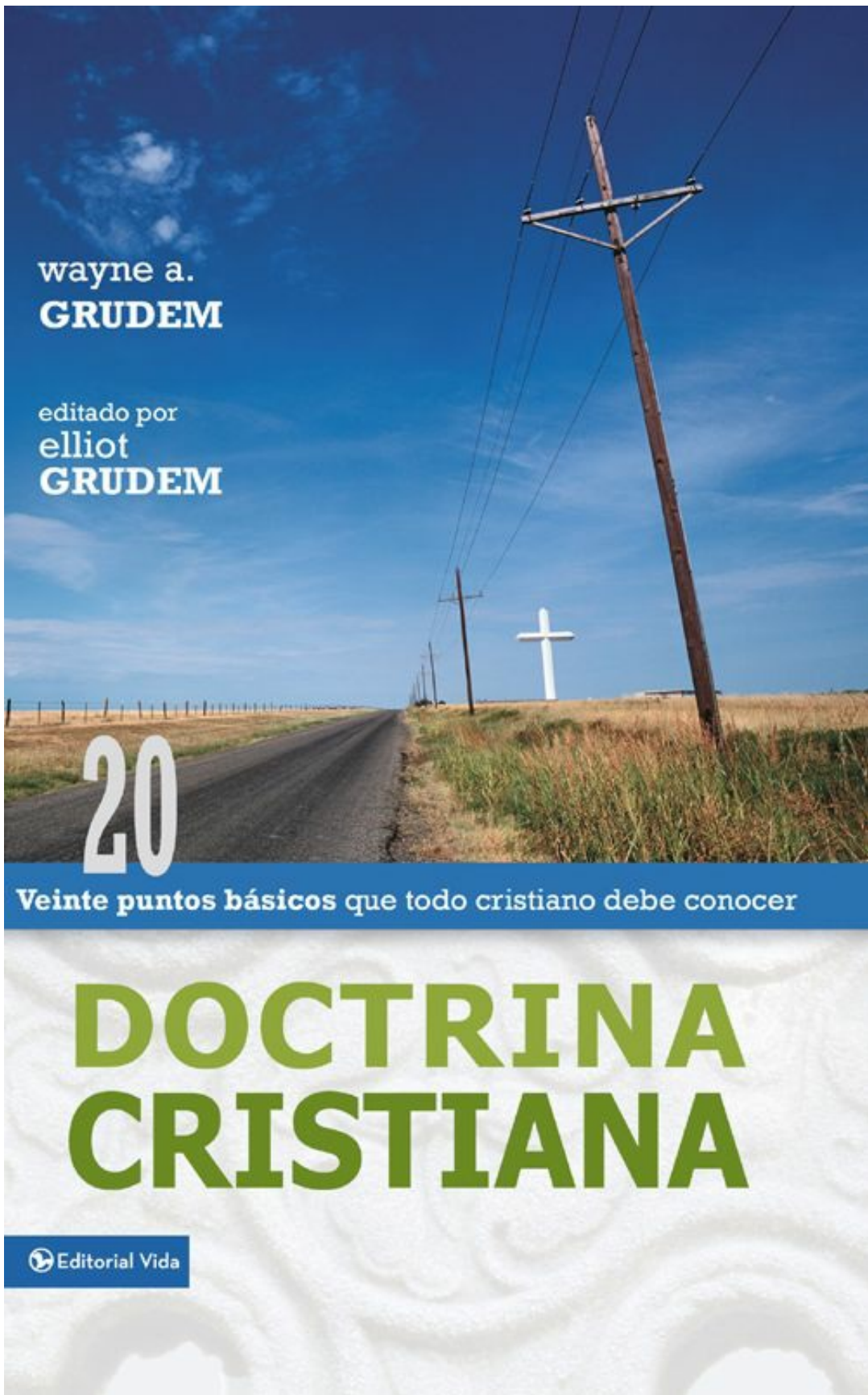
Categoría: Teología cristiana / General

10 11 12 13 ❖ 9 8 7 6 5

About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollinsPublishers, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan (www.zondervan.com) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.





wayne a.
GRUDEM

editado por
elliot
GRUDEM

20

Veinte puntos básicos que todo cristiano debe conocer

DOCTRINA CRISTIANA

 Editorial Vida